







***Cosas  
Nuevas  
y Cosas Viejas,***  
*cribadas y seleccionadas,*



- SEGUNDA PARTE -

*Ricardo Hussey*

*Cosas Nuevas y Cosas Viejas. 2ª PARTE.*  
Ricardo Hussey  
1ª Edición - Febrero 2013

Imprime: *Eben Ezer Artes Gráficas*  
[www.imprentaebenezer.com](http://www.imprentaebenezer.com)  
Diseño y Maquetación: *Adrián Fonseca*

*Distribuido por*  
*Manuel Roselló. Librería la Pesca Milagrosa.*  
*c/ Pintor Zariñena, 5 Bajo - 46003 Valencia.*  
*Teléfono: 96 391 59 90 - 616 343 996*

Depósito Legal:

I.S.B.N.:

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa del autor, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.*

Sobre el Autor.

Introducción.

Cap. 1.- *Cosechas del evangelio de Marcos. El canto del gallo.*

Cap. 2.- *La obediencia. Cristo y Ezequiel.*

Cap. 3.- *El olivo, la higuera, la vid y la zarza; El cuervo, la paloma y Cristo.*

Cap. 4.- *La gran visión de Isaías.*

Cap. 5.- *Los dos relojes y la masa de higos.*

Cap. 6.- *Radicales y drásticos - no blandos y transigentes.*

Cap. 7.- *Agricultura espiritual.*

Cap. 8.- *Albañilería espiritual.*

Cap. 9.- *“Juntadme mis santos”.*

Cap. 10.- *El espíritu detectivesco (1).*

Cap. 11.- *El espíritu detectivesco (2).*

Cap. 12.- *Los terremotos de Dios.*

Cap. 13.- *Una casa.*

Cap. 14.- *El cielo antes y después de la venida de Cristo al mundo.*

Cap. 15.- *El amor supremo de Cristo (1).*

Cap. 16.- *El amor supremo de Cristo (2).*

Cap. 17.- *El amor supremo de Cristo (3).*



## SOBRE EL AUTOR

*Ricardo Hussey nació en Buenos Aires en 1927. Se convirtió al Señor a la edad de 15 años, y poco después de terminar el servicio militar, ingresó en el Centro de Enseñanza Bíblica de la Unión Misionera Neotestamentaria, en Temperley, al Sur de la ciudad de Buenos Aires, donde cursó estudios de 1949 a 1951 inclusive. Fue allí donde conoció a la que iba a ser su esposa, Sylwia Meyler Charles, con quien contrajo matrimonio en Abril de 1958.*

*Muy poco después se trasladó con ella a Inglaterra, y por 13 años fue funcionario de la entonces empresa estatal Aerolíneas Argentinas, en Londres primero, y posteriormente en Manchester. Durante este período nacieron cuatro de sus cinco hijos.*

*Paralelamente a su trabajo seglar, durante 18 meses fue pastor laico de una asamblea Elim, en el condado de Kent, y a poco de ser trasladado por su empresa a Manchester, pasó a ser miembro del presbiterio de una iglesia en Liverpool, en la cual el Señor derramó ricas bendiciones, y de la cual salieron posteriormente siervos y siervas hacia otras partes del Reino Unido, y a muchos otros países también.*

*En Mayo de 1971 renunció a su cargo en Aerolíneas Argentinas, pasando desde entonces a servir al Señor a tiempo pleno. Lideró, junto con su esposa, una comunidad de fe y de vida en el Norte de Gales por casi siete años, y sirvió también con ella como misionero en España por más de diez años, y en la Argentina por cinco años.*

*Desde Octubre de 1994, residió con su esposa en Reading,*

*cerca de Londres, estando integrado en el “Earley Christian Fellowship”, en el cual formó parte del equipo ministerial siendo además, anciano consultivo.*

*Fue también consejero de la iglesia de habla hispana C.E.L. (Congregación de Evangélicos de Londres) fundada por el hermano Claude Shepherd aproximadamente en el año 1960.*

*Después de unos 17 años muy bendecidos en Reading, se trasladó recientemente, en abril de 2012, a la ciudad de Liverpool, asiento de la iglesia madre desde la cual fue comisionado a la obra misionera hace casi 42 años. Ha sido un volver al punto de origen, como el salmón.*

*A menudo acompañado por su esposa, ha seguido realizando por unos buenos años viajes ministeriales a España, donde él y ella son bien conocidos en muchas iglesias por casi todo el país, incluyendo las de los hermanos gitanos, denominadas “Filadelfia”.*

*También realizan en pequeña medida visitas ministeriales dentro del Reino Unido, y en el pasado lo han hecho asimismo con regularidad cada año a Irlanda del Sur y la isla de Chipre.*

*Juan Torres, misionero de la Cruzada Mundial de Evangelización, lo conoce desde hace más de 35 años. En una ocasión, al presentarlo en una iglesia en Valencia donde no era muy conocido, lo hizo diciendo de él que muchos de los siervos de Dios de la actualidad en España han sido formados o enriquecidos por su ministerio.*

*Esta segunda parte de “Cosas Nuevas y Cosas Viejas” es su undécimo libro, constando la lista de los diez anteriores en la solapa de la contraportada.*

*Liverpool, Febrero de 2013.*

## INTRODUCCIÓN

En esta segunda parte, no nos centramos, como en la primera, en personajes célebres y la enseñanza e inspiración brotadas de sus vidas y experiencias.

En ciertos casos, se encontrarán alusiones y comentarios acerca de algunos de ellos, pero eso será más bien incidental, y en consideración a que aportan sobre el tema o los temas del capítulo en que aparecen.

Esto es casi inevitable, porque la Biblia está dispuesta de tal manera que las amonestaciones, exhortaciones, enseñanzas y consejos que configuran la sana doctrina, se encuentran muchas veces entrelazados con la vida de hombres y mujeres que han servido de ejemplo a través de los anales bíblicos.

Continuamos bajo el mismo título - “COSAS NUEVAS Y COSAS VIEJAS” - porque al igual que en la primera parte, estamos extrayendo del caudal acumulado a través de los años, y añadiendo al mismo tiempo cosas nuevas que hemos ido cosechando más recientemente.

Adelantamos al lector que, lo mismo que en algunas de nuestras obras anteriores, no encontrará un tema central como hilo conductor del libro. En cambio, habrá de vernos deslizar por una gran variedad de temas, todos ellos de índole práctica y plenamente aplicables a la vida cotidiana de cada uno.

Somos conscientes de que no todos aprecian esta manera de escribir, prefiriendo en vez un orden sistemático en el cual se desarrolla progresivamente un tema central.

Algunos de nuestros libros anteriores han seguido esa línea, mientras que otros han discurrido por la del presente.

A quienes objeten o desaprueben, les remitimos cortésmente a las mismas Escrituras que el Señor nos ha dado, en las cuales encontramos una gran variedad de temas entremezclados y entrelazados por doquier, quedando librado a cada uno el asimilarlos y absorberlos según su necesidad personal, y su mayor o menor grado de madurez.

En otro orden de cosas, al igual que los anteriores, se habrá de ofrecer a un precio muy módico, que habrá de ponerlo al alcance de prácticamente todo bolsillo. De lo recaudado por la venta, nada será para nuestro propio beneficio, sino que será destinado para la extensión del reino de Dios, según Él nos vaya indicando.

Sólo nos queda agregar que oramos que el lector pueda encontrar cosas de provecho y edificación, para lo cual, como solemos recomendar, será bueno que antes de comenzar la lectura, disponga de unos momentos de oración preparatoria.

# 1

## *Cosechas del evangelio de Marcos. El canto del gallo*

**E**l evangelio de Marcos es el más breve de los cuatro, pero aun así nos encontramos con que contiene un buen número de puntos, detalles y pormenores de sumo interés que no figuran en los otros tres.

Es en realidad bastante escueto. Juan comienza, por así decirlo, en el principio de la eternidad pasada – si cabe la frase – cuando el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios.

Mateo y Lucas por su parte consignan la genealogía de Cristo, con la bifurcación a partir de David, el primero siguiendo la línea de Salomón y el segundo la de Natán. (Ver Mateo 1:6 y Lucas 3:31-32 respectivamente.)

En contraste, Marcos va directamente al grano, diciendo de inmediato en el primer versículo:-

*“Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.”*

Es decir que no se detiene a probarlo o documentarlo, sino que lo afirma como algo que da por sentado y como innegable:- que Jesucristo es el Hijo de Dios, revestido por tanto de deidad y eternidad.

***Cuatro pescadores y Zebedeo, el padre de dos de ellos.***  
(Marcos 1:16-20)

Andando junto al mar, Jesús fija la mirada primeramente

en Simón y su hermano Andrés, que estaban echando la red en el mar.

Sus palabras dirigidas a ellos - *“Venid en pos de mí y haré que seáis pescadores de hombres”* - llevaban el peso de Su gran autoridad y al mismo tiempo un fuerte poder de atracción.

*“Y dejando luego sus redes, le siguieron”* sintetiza el impacto y resultado de esas palabras del Maestro. Dejan atrás, en forma casi instantánea, lo que era su oficio y medio de ganarse la vida, para lanzarse a una aventura nueva, en la cual todo sería distinto y en una dimensión mucho más elevada y totalmente imprevista.

¡A cuántos de nosotros nos ha ocurrido algo similar, por el sólo hecho de que un día Jesús se nos cruzó en el camino, con Su imán incomparable!

Nos maravillamos de ello, y a veces nos preguntamos qué habría sido de nuestras pequeñas y pobres vidas, de no haber mediado ese encuentro, íntimo y vital, que cambió nuestro rumbo y destino de manera tan radical e inesperada.

Avanzando no mucha distancia, divisa a otros dos hermanos - Jacobo y Juan. Éstos no estaban echando las redes, sino que se encontraban en la barca remendándolas.

A ellos también los llama, y el resultado es el mismo. No se detienen a calcular si les conviene o no, sino que, sin vacilar, dejan todo atrás para seguirle a Él.

¡Bendita sencillez de una respuesta de obediencia incondicional, y carente de todo cuestionamiento!

Pero nos podemos preguntar: ¿No era esto arruinarle el negocio a la familia, dejándolo al padre plantado, y privado de sus dos hijos que le eran tan útiles y necesarios?

Aquí es donde Marcos nos da un detalle importante, que no aparece ni en Mateo ni en Lucas: *“...dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros.”* Zebedeo no se quedó solo para llevar adelante la empresa, sino que contaba con jornaleros que le habrán hecho posible continuar sin mayores problemas.

Nos detenemos ahora para rendir un merecido tributo a Zebedeo, el padre de estos dos hermanos.

Cualquier otro en su lugar muy bien podría haber levantado la voz, y en tono de acalorada protesta, preguntarle al Maestro:

“Un momento - ¿Qué haces? Te llevas a mis dos hijos sin contar conmigo para nada, ni te das cuenta de la falta que me hacen y cómo los habremos de echar de menos.”

No hay ningún indicio de que Zebedeo dijese ni aun pensase semejante cosa. Por el contrario, todo indica que lo aceptó de buen grado, a pesar del dolor natural de la separación.

Nos atrevemos a decir que algo en su fuero interno le hacía saber que era un honor para sus dos hijos - y por consiguiente para él también - que fuesen llamados a seguir a semejante Maestro y Señor.

Al mismo tiempo, que sería un grave desatino procurar estorbar o contrariar los designios de ese Maestro y Señor.

Que Dios nos dé a nosotros la gracia y sabiduría de no querer retener para nosotros mismos a nuestros hijos, u otros seres queridos, cuando el Señor los llama a otros horizontes.

Aunque no se la menciona aquí, no queremos pasar por alto una reflexión sobre la esposa de Zebedeo, y madre de sus hijos, cuyo nombre se desconoce.

Hay mujeres que por cierto son maravillosas, pero también hay las que podríamos calificar de “de las otras.” (j)

En la mujer de Zebedeo podemos ver a una madre que ama con gran intensidad a sus dos hijitos queridos.

En alguna manera, y yendo más allá de lo que el texto nos da, pensamos en el tipo de mujer que a algunos pastores les toca tener en su congregación. Muy fervorosas, no se pierden un retiro ni festival de alabanza; en las reuniones de oración son las primeras en orar, y lo hacen también varias veces, a menudo largo y tendido. De la

prudencia y el recato de saber callar, escuchar y dar lugar a otros, muy poco han aprendido.

Muy bien podría ser injusto achacar lo del párrafo anterior a la mujer de Zebedeo, pero sí podemos en cambio ver cómo, con esa intensidad del amor a sus dos hijos, se acerca al Maestro con la petición de que a Su lado se sienten ambos – uno a su derecha y el otro a su izquierda.

Con el riesgo de quizá sonar irónicos para algunos, imaginamos su pedido presentado algo así:

“Este Jacobo maravilloso, al que he criado con tanto cariño; este Juanito tan querido, al cual llevé en mi matriz por nueve largos meses, sabiendo que había algo muy grande para él en la vida –seguro que se merecen ese lugar de honor – por favor, dáselos, Señor.”

Hay cariños que matan, dice un refrán. Ese amor tan intenso y apasionado muy bien puede ser egoísta y ajeno al grano puro de la voluntad divina. Además, puede hacer mucho daño.

Podríamos preguntar: “¿Y Simón Pedro y Andrés? ¿Y Tomás, Bartolomé, Tadeo y los demás? ¿Los empujas a un lado, para poner a tus dos hijitos queridos por encima de todos.”

Nuestro cariño hacia los seres queridos, debe llevar el aplomo que procede de un sano discernimiento espiritual, para no caer en desatinos o aun desvaríos propios de la carne y el ego.

### *Verán lo que nunca les fue contado.-*

En el pasaje que va del versículo 21 al 28 del primer capítulo, Marcos nos cuenta la expulsión de un espíritu inmundo que se encontraba en un hombre que estaba en la sinagoga.

Jesús lo echó fuera con sólo pronunciar – con Su irresistible autoridad, desde luego – las palabras: “¡Cállate y sal de él!” (1:25)

Hemos puesto en el subtítulo las palabras de Isaías 52:15, ya que este episodio suponía el cumplimiento de esa predicción, por lo menos en parte.

En el Antiguo Testamento las alusiones a malos espíritus son en realidad muy escasas, y nunca se consigna una clara y limpia expulsión de uno de ellos.

Por cierto que operaban, pero lo hacían de tal forma que pasaban casi desapercibidos, con esa malicia tan astuta de hacer cuanto daño les fuera posible, pero sin que se supiese de dónde venía.

Hoy día operan con la misma astucia malvada, aunque donde hay creyentes espirituales y llenos del Espíritu, se los detecta y discierne, y a menudo se los echa fuera también.

Es lo que comúnmente se conoce por liberación o exorcismo, y cabe señalar que, al aparecer Jesús en escena, Su persona llena de luz impedía que se pudiesen esconder. Así, se manifestaban tanto en el caso en que estamos, como en muchos otros.

Las expulsiones de malos espíritus que hacía Jesús siempre eran muy notorias para los que se encontraban presentes, y sin que los mismos fueran necesariamente personas de discernimiento espiritual muy agudo. Por el contrario, todo indica que eran hombres y mujeres normales y corrientes, y en nada avezados en la materia.

Sin embargo, ellos se quedaban sin ninguna duda de que un demonio o mal espíritu había salido de alguien.

Acotamos esto, porque en algunas ocasiones hemos estado presentes cuando alguien oró por alguno y luego manifestó, tras hacerlo, que había salido de él o de ella uno o más malos espíritus.

Por nuestra parte diremos cándidamente que no pudimos detectar ni discernir nada en ese sentido, por lo cual nos quedamos con un interrogante: ¿Se había tratado en realidad de una auténtica expulsión de un mal espíritu, o podría haber sido algo supuesto o imaginario?

Desde luego que sabemos que el obrar de demonios y malos espíritus sigue en pleno auge en el día de hoy, pero el punto que queremos recalcar es que cuando Jesús lo hacía era algo que resultaba notorio a todos los presentes.

El terreno del exorcismo o la liberación es en realidad muy escabroso, y quien entre en él deberá hacerlo sabiendo bien lo que hace, y con la plena armadura de Dios.

No debemos dejar de notar que en el mismo primer capítulo, unos versículos antes - el 12 y 13 para ser concretos - se nos cuenta que inmediatamente después de Su bautismo, Jesús fue conducido por el Espíritu Santo al desierto, para enfrentarse con el diablo, al cual, loado sea Dios, venció en forma total.

Es decir que primero la batalla tuvo que ser ganada en Su propia vida.

Esto señala un principio que, tristemente, algunos que son bisoños en la materia, desconocen, y se atreven, sin embargo, a intentar practicar la liberación, con peligro de correr la misma desdichada suerte que los siete hijos de Esceva. (Ver Los Hechos 19:13-16)

Hace un buen tiempo supimos del caso de unos jóvenes que estaban realizando una campaña de evangelización, a la que invitaron al pastor de una iglesia bastante numerosa que había entrado en una etapa de renovación.

A cierta altura se encontraron con una joven que evidentemente estaba poseída por un espíritu inmundo. Por consideración a ese pastor, le encargaron a él que orase por ella, y el resultado que se nos contó fue que, al reprender él al espíritu inmundo, esa joven reaccionó fuertemente, derribándolo a él en tierra.

Esto es algo que en un sentido nos da pesar tener que consignar, pero lo hacemos con el único ánimo de advertir que nadie se introduzca en este terreno sin tener plena conciencia de que el Señor lo llama a hacerlo, que sabe bien lo que hace, y que ha ganado primero la batalla en su propia vida.

Finalmente, y para establecer un sano equilibrio bíblico, volvemos a señalar que el ministerio de la liberación sigue en pie hoy día, y que Jesús afirmó, según consta en el último capítulo de Marcos, que *“Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios.”* (Marcos 16:17)

### *El ciego sanado en las afueras de Betsaida.-*

Damos un salto grande en el evangelio de Marcos, para pasar a este milagro de la sanidad de un ciego, acaecida en las afueras de Betsaida.

Marcos es el único evangelio que lo narra, y no hay ninguna otra ocasión que se consigne en que para sanar a alguien Jesús tuvo que recurrir a dos toques.

El relato contiene varias cosas de sumo interés. En primer lugar, no creemos que la necesidad de dos toques refleje en ninguna manera una deficiencia por parte de Jesús, ni por falta de fe, o por haber pecado en el ciego.

Es una de esas cosas sobre las cuales no resulta provechoso hacer conjeturas, siendo más sabio sencillamente dejarlo para el más allá, cuando hemos de comprenderlo todo en plenitud.

En segundo lugar, notemos cómo Jesús eludía la publicidad. Antes de proceder a sanarlo lo sacó fuera de la aldea, y una vez sanado le dijo que no entrase en la aldea ni se lo dijese a nadie en ella. Huelgan los comentarios sobre esto.

Notemos, no obstante, el tierno amor del Señor, demostrado al tomarlo de la mano y salir de la aldea, caminando a su lado, con la lentitud propia del andar de un ciego.

En tercer término señalamos que el episodio echa de ver que Jesús no era ningún fanático.

*“...escupiendo en sus ojos, le puso las manos encima y le preguntó si veía algo.”* (8:23)

A la respuesta del ciego - *“Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan”* - no le dijo: *“Mal dicho - tendrías que haberte declarado totalmente sanado.”*

En muchas partes esto de declarar a un enfermo sanado se ha puesto bastante de moda. No dudamos que en algún caso particular el Señor pueda guiar a alguien a hacerlo, pero lo malo es que se repite vez tras vez, indiscriminadamente, y en la gran mayoría de los casos la supuesta sanidad no se comprueba por los hechos posteriores.

Esto es grave porque lo convierte a quien actúa de esa forma en un falso testigo de Dios, atestiguando que Él ha hecho algo, cuando en realidad no lo ha hecho. (Ver 1ª. Corintios 15:15)

Pero además puede causar mucho daño y acarrear descrédito al genuino ministerio de sanidad.

Tenemos presente el caso de una joven universitaria que hace unos años estaba afectada de cáncer terminal en una zona al Norte de España. Un evangelista que estaba de visita oró por ella y le exhortó a que se declarase sanada por el Señor.

Por lo tanto, ella pasó a decir a sus compañeros en la universidad que Dios la había sanado, pensando que esto constituiría una expresión de fe que contribuiría a que su sanidad se concretase.

Tristemente, al poco tiempo falleció, dejando el episodio una estela lamentable de descrédito e irresponsabilidad.

En cuanto a la forma en que procedió Jesús, si bien escupirle a alguien señala un fuerte agravio, por cierto que en este caso no lo fue.

La saliva pura, brotada de los labios de Jesús, era, por así decirlo, la palabra líquida de Él, el Verbo eterno de Dios, que llevaba en sí una virtud curativa.

¿En cuántas otras ocasiones usó Jesús este mismo procedimiento?

En ninguna, que sepamos, lo cual nos muestra que nunca repetía mecánicamente las cosas, porque en una oportunidad anterior había dado buen resultado, sino que

se desenvolvía en la frescura diaria de la inspiración del Espíritu para cada cosa.

¡Aprendamos de Él!

### ***El jovenzuelo que huyó.-***

Damos otro salto grande hasta el capítulo catorce, que nos sitúa en la víspera de la crucifixión.

*“Entonces los discípulos, dejándole, huyeron. Pero cierto joven le seguía cubierto el cuerpo con una sábana; y le prendieron; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo.”* ((14:50-52)

Tenemos aquí otro hecho que no aparece en ninguno de los otros evangelios. Dando otra vez rienda suelta a nuestra imaginación, podemos ver representado en esto a un joven bastante engreído, que se creía superior a los demás. Su razonamiento podría haber sido algo así:

*“Yo sabía que el Maestro se había equivocado al elegir a Simón y los otros once. Mira cómo han huido como gallinas cobardes, dejándolo solo.”*

*“No sé cómo no llegó a fijarse en mí.”*

Y queriendo probar la razón que pensaba tener, se pone a seguir al Señor en ese momento crucial, cubriéndose con una sábana – probablemente blanca – como muestra de que era más santo y mejor que los demás.

Mas ¡ay! ¡Qué crudo desengaño le sobrevino muy pronto! La gente que había venido para apresar a Jesús con palos y espadas intenta prenderle, y su reacción muestra bien a las claras que él no era por cierto el valiente que se pensaba. Soltando la sábana se echa a correr, y lo hace con la vergüenza de la desnudez.

No faltan casos de esa índole, que sin tener un verdadero llamamiento del Señor, se creen tenerlo y desprecian a siervos que en realidad lo tienen, sobre todo cuando éstos estando pasando por pruebas o situaciones difíciles.

No obstante, tarde o temprano Dios se encarga de poner las cosas en su debido lugar, honrando a los que él ha

llamado, pero también permitiendo que los hechos den un rotundo mentís a quienes, presuntuosamente, se creen y afirman ser lo que en verdad no son.

### *El canto del gallo.-*

A estas alturas el panorama era muy sombrío. En Lucas 22:53b Jesús afirmó.

*“...Mas ésta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas.”*

Desde la caída de Adán y Eva en un principio, el género humano comenzó a lanzarse en una cuesta abajo muy pronunciada, internándose a ultranza en el mundo del pecado y el mal, y Satanás se erigió en el príncipe de este mundo, con todas sus horribles consecuencias.

Nuestro amado Señor Jesús tuvo que enfrentarse en carne viva con toda esa densa oscuridad, y como dijimos más arriba, la situación a esta altura era francamente sombría y desoladora.

El mismo maligno debe haber pensado que las cosas se estaban desarrollando de forma muy favorable para él y sus huestes infernales. Otra vez damos rienda suelta a nuestra imaginación. Tal vez pensaría y hablaría con sus secuaces de esta forma:

*“A este invasor que nos ha venido de arriba ya lo tenemos en total derrota.”*

*“De los doce compinches que se eligió, uno lo ha traicionado y vendido por unas miserables piezas de plata. Los otros once han huido como cobardes. Al número uno de ellos ya lo vamos a zarandear y lo dejaremos fuera de combate.”*

*“Sólo falta que al cabecilla, enemigo N° 1, lo hagamos quitar de en medio y matar y ¡aquí no ha pasado nada! ¡La invasión habrá fracasado y seguiremos gobernando como siempre!”*

Pero ahora pasamos a la triple negación de Pedro, que figura en los cuatro evangelios.

Para los que tenemos la dicha de dominar la lengua castellana, hay algo muy significativo en el canto del gallo que le siguió de inmediato. Ignoramos si en algún otro idioma se puede seguir el mismo razonamiento y llegar a la misma conclusión – tal vez no sea posible.

Lo cierto es que el Señor podría haber dispuesto otra cosa, por ejemplo, que se desencadenara una tremenda ola de truenos por semejante negación y traición de Pedro, o dar alguna otra señal de su desaprobación y su ira santa.

Pero no – optó por eso – el sencillo canto de un gallo.

Con nuestro estilo particular, algunas veces reñido con la forma seria y formal de las teologías clásicas, esbozamos lo que vemos en ese canto del gallo, como una respuesta a los razonamientos satánicos ya planteados.

“Tú te crees que has ganado la batalla, y que esta invasión celestial termina en derrota.”

“Pero que sepas que bien pronto aquí va **a cantar otro gallo**. El enviado celestial que piensas hacer matar, enterrar y quitar de en medio para siempre, se va a levantar de la tumba triunfante y victorioso, y con todo poder y gloria.”

“Esos Suyos que huyeron, pasarán a ser unos valientes formidables, que con fuego santo habrán de ser una fuerza incendiaria arrolladora e incontenible.”

“Y tu reino, que tú te crees que seguirá en pie como siempre, se ha de desmoronar por completo por la muerte y resurrección del glorioso Crucificado y Su preciosa sangre derramada.”

¡Cuánta gracia y cuán insondable sabiduría hay en nuestro Dios! Nadie como Él para trocar la noche más oscura en un amanecer de maravilloso esplendor; el trago más amargo en una copa dulce de bendición sin par; lo que parece una derrota irreversible, en un triunfo rotundo y glorioso; lo negro en blanco, lo negativo en positivo, y, en fin, volver todo color de Dios y de Cristo, de amor, de luz y de verdad.

No importa en el atolladero en que te puedas encontrar, amado lector. Inclínate importuno, fervoroso y persistente ante el incomparable Dios nuestro, y verás que para ti, y en tu vida, también **¡empezará a cantar otro gallo!**

Para concluir el capítulo, amenizamos con una narración que oímos hace unos años.

Había dos gallineros contiguos. En uno de ellos un gallo bastante tímido y apocado, y en el otro, uno prepotente y agresivo.

Este último a diario saltaba el alambrado para atacar al otro y lo dejaba bastante maltrecho.

El dueño, al percatarse de lo que estaba sucediendo, esperó que oscureciese y sacó del gallinero al gallo débil, y en su lugar puso un feroz gallo de riña.

A la mañana siguiente, el prepotente saltó el alambrado como de costumbre, pensando en volver a hacer de las suyas. Pero para su gran asombro y sorpresa, se encontró con el gallo de riña, que saltó a enfrentarlo y le propinó una paliza tal, que nunca más se atrevió a volver a invadir el gallinero vecino.

Para la batalla en que estamos empeñados, Dios no ha puesto en nosotros un gallo de riña, sino **el formidable León de la tribu de Judá**. Dejando que Él en verdad gobierne nuestra vida, con toda seguridad que seremos más que vencedores.

# 2

## *La obediencia. Cristo y Ezequiel.*

Con ser un tema tan básico y elemental, la obediencia no deja de tener su profundidad, pues alcanza relieves que tocan lo más hondo e íntimo de la personalidad y el carácter.

### *La obediencia en su zenit.-*

Como en todos los demás aspectos de la vida cristiana, en éste de la obediencia nuestro modelo perfecto es el Señor Jesucristo.

Extraemos brevemente de Su ejemplo en primer lugar, para luego pasar a comentar el tema visto desde la perspectiva del ilustre profeta Ezequiel.

*“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.”*

*“Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia, y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.” (Hebreos 5:7-9)*

Debemos comprender bien el sentido de *“aprendió la obediencia”* y de *“habiendo sido perfeccionado.”*

¿Acaso no fue obediente y perfecto en toda su trayectoria, desde un principio?

Desde luego que lo fue, tanto como niño, como joven carpintero y como el Maestro de Galilea. Pero este pasaje se

refiere a la etapa final de Su vida, en que debió pasar por el terrible horno de fuego que se extendió desde el Getsemaní hasta Su muerte en el Calvario.

Nunca antes había tenido que ser obediente ante tanto dolor, quebranto y odio hacia Su persona, y al afrontarlo sin una sola queja, recriminación o lamento, Su obediencia alcanzó el pináculo más alto de la obediencia.

La Suya había sido perfecta en cada etapa anterior, pero en ese tramo final tan duro y cruel, alcanzó el grado máximo y superlativo.

Podemos afirmar con absoluta certeza, que en toda la historia de este mundo no ha habido ningún ser humano que haya alcanzado semejante zenit.

Ese grado de perfección totalmente superlativa, lo capacitó para constituirse a la postre en la cabeza de una nueva raza de hombres y mujeres que llevan desde entonces Su misma estampa de obediente, en contraste con lo que eran anteriormente - hijos de la desobediencia.

Mientras Jesucristo fue el obediente máximo, Satanás, por el contrario, fue y sigue siendo el desobediente máximo. Él intenta por todos los medios atrapar a los hombres y mujeres llevándolos a su terreno - el de la desobediencia.

Pablo expresa esto claramente en Efesios 2:1-2:-

*“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.”*

### ***La obediencia y una profecía asombrosa.-***

Hecha esta breve introducción, pasamos ahora al profeta Ezequiel.

*“Y yo hice como me fue mandado; saqué mis enseres de día, como enseres de cautiverio, y a la tarde me abrí paso por entre la pared con mi propia mano; salí de noche, y los llevé sobre los hombros a la vista de ellos.”* (Ezequiel 12:7)

Aquí vemos su obediencia en hacer algo extraño y que llamaría la atención del pueblo que lo vería hacerlo.

Desviándonos transitoriamente del hilo, acotamos que esto que él tuvo que hacer fue una señal profética de lo que haría el rey de Judá - Sedequías - al intentar huir del asedio de los caldeos.

El versículo 13 agrega que, no obstante su huida, sería apresado y llevado a tierra de los caldeos, **pero no la vería**.

En realidad, ésta fue una asombrosa profecía, cumplida al pie de la letra. En efecto: como castigo por su rebeldía obstinada y crónica, aparte del terrible juicio de ver que sus hijos fueran degollados en su presencia, a él le sacaron los ojos. De esta manera, fue llevado ciego a Babilonia, la tierra de los caldeos. Por consiguiente no llegó a verla, tal cual lo predijo Ezequiel con tanta precisión.

### *La obediencia en medio de la tragedia y el dolor.-*

Retomando el hilo, en Ezequiel 24:18 vemos la obediencia del profeta a un nivel de mucha mayor exigencia.

*“Hablé al pueblo por la mañana, y a la tarde murió mi mujer; y a la mañana hice como me fue mandado.”*

En esa forma tan lacónica - “hice como me fue mandado” - expresa su obediencia a un mandamiento muy particular y exigente del Señor.

Como vemos por el contexto, el Señor le da noticia de que de golpe le iba a quitar el deleite de sus ojos, pero que no debía endechar ni llorar, ni dejar que corrieran sus lágrimas. Además de eso, debía reprimir el suspiro, como así también prescindir del luto de mortuorios y demás señales de luto.

Teniendo todo eso en cuenta, él resume su obediencia de esa forma tan escueta. A pesar del profundo dolor que le embargaba, sólo dice:

*“Hablé al pueblo por la mañana, y a la tarde murió mi mujer; y a la mañana hice como me fue mandado.”*

Esto echa de ver una serena y sufrida resignación que es casi increíble. Con el corazón sangrando de dolor, pero no abre su boca para quejarse ni lamentarse, sino que procede con toda calma a cumplir con lo que se le ha dicho, como si no hubiera pasado nada.

En esto, por cierto que Ezequiel fue un ejemplo dignísimo. “Ezequiel, pues, os será por señal” se nos dice en el versículo 24<sup>a</sup>, y por cierto que nos es una señal triple que merece nuestra mayor consideración.

La primera la da el contexto. Por la idolatría y la rebeldía contumaz y persistente de Su pueblo, Dios iba a castigarlos, permitiendo que los caldeos profanasen el santuario, en que tanto se gloriaban, y llevasen cautivos o matasen a sus hijos e hijas.

No obstante, las circunstancias serían tales que no podrían comer pan de enlutados, ni hacer los lamentos propios de tales ocasiones. Es decir, que harían tal cual él había hecho al fallecer su mujer.

La segunda señal, en realidad se hace extensiva a tantos de nosotros que, a menudo, en medio de dificultades, presiones o problemas agudos, ponemos el grito en el cielo.

¡Qué severa reprensión nos trae su obediencia puntual de no llorar ni lamentarse para nada, a pesar del dolor que le aquejaba!

Y la tercera es de otro orden. Refiriéndose a su esposa y compañera, no le dice el Señor:

“He aquí que quito de golpe a la fea, o gordinflona de tu mujer.”

En lugar de eso le dice “*el deleite de tus ojos.*”

No sabemos cuántos años de vida matrimonial llevaba Ezequiel, pero no nos parece que era recién casado. Con todo, su esposa seguía siendo el deleite de sus ojos, tal como lo había sido al conocerla en un principio y elegirla como su prometida y futura esposa.

Como siervos de Dios, emulemos su digno ejemplo. Veamos siempre a la mujer que el Señor nos ha dado como

bella y hermosa, y no tengamos ojos ni corazón para ninguna otra, puesto que, lamentablemente, en este terreno muchos han fallado, para su propia ruina, la de su hogar y su ministerio.

### *El galardón de la obediencia.-*

En realidad, en un sentido la obediencia es como una siembra, de la cual se deriva siempre una buena cosecha.

Nuestro amado Señor ha derivado de Su obediencia suprema una cosecha riquísima y de proyecciones eternas. Al igual que todo otro siervo obediente, Ezequiel recibió un completo galardón por su fiel y cumplida obediencia.

Recorremos un sendero algo sinuoso para llegar a él.

En los primeros capítulos del libro que lleva su nombre, Ezequiel, después de la grandiosa revelación del trono y la majestad de Dios, fue viendo, al ser llevado por el Espíritu, las abominaciones y la terrible prostitución idolátrica que imperaba en el pueblo de Dios de ese entonces.

Partiendo del capítulo 8, versículo 6, empezamos a ver sus tristes y dolorosos efectos.

*“Me dijo entonces: Hijo de hombre, ¿no ves lo que éstos hacen, las grandes abominaciones que la casa de Israel hace aquí para alejarme de **mi santuario**? Pero vuélvete aún, y verás abominaciones mayores.”*

Siguiendo en la lectura vemos un gradual y creciente alejamiento del Señor, asqueado por tanta abominación.

*“Y la gloria del Dios de Israel se elevó de encima del querubín, sobre el cual había estado, al **umbral de la casa.**”*

*“Entonces la gloria de Jehová se elevó de encima del querubín al **umbral de la puerta...**” (10:4b)*

Finalmente, en 11:23 figura lo siguiente:

*“Y la gloria de Jehová se elevó de en medio de la ciudad y se puso sobre el monte que está al oriente de la ciudad.”*

Ante tanta abominación y maldad, sintiéndose profundamente rechazado, el Señor se retira con Su gloria, no sólo del templo, sino también de la ciudad.

No obstante, como una muestra más de Su amor y misericordia, que son inagotables e incansables, se ubica en un lugar muy significativo: en un monte cercano que está al oriente de la ciudad.

Allí permanece Su gloria, esperando con benignidad y paciencia, sabedor que ha de venir – precisamente de ese oriente – el tiempo de un nuevo y glorioso amanecer.

Seguimos ahora a muy grandes rasgos la trayectoria de Ezequiel. Por un buen número de años – quizá entre quince y veinte – él continúa fielmente en su ingrata labor de profetizar a un pueblo rebelde que tenía ojos para ver y no veía, y oídos para oír, pero no oía.

Hacían caso omiso de sus reprensiones y de las visiones que él les transmitía. A veces afirmaban que esos castigos que él preanunciaba eran para un tiempo muy lejano, no para el presente en que ellos estaban. (12:27)

En una ocasión el Señor le hace saber que él era para ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; oírían sus palabras, pero no las pondrían por obra. (33:32)

No obstante, Ezequiel continúa inalterable, fiel a su Dios y a la misión que se le había encomendado.

El Señor, fiel galardonador de los que le aman y obedecen de verdad, tenía preparado un premio para él – lo que bien sabía que suponía su más caro y dichoso anhelo.

Sabía que ese anhelo no era un chalet en la montaña, con piscina de lujo para disfrutar de una jubilación cómoda y regalada; tampoco era que se le diese otra esposa, tan hermosa o más que la primera, si bien a ésta, sin duda la echaba mucho de menos en su viudez.

Como siervo auténtico del Señor, lo que había prendado su corazón no era ni podía ser otra cosa, que esa gloria sublime y suprema, de ese Dios tan maravilloso que se le había manifestado en un principio. Eso era para él, sin lugar a dudas, lo más sagrado, puro y glorioso, y lo único que podía colmar plenamente sus más profundos anhelos.

Consecuente con ello, como decimos unos quince o

veinte años más tarde, esa gloria que se había retirado y situado en el monte al oriente de la ciudad, ahora regresa con todo su esplendor y magnificencia.

*“...y he aquí la gloria del Dios de Israel, que venía del oriente, y su sonido era como el sonido de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria.”*

*“Y la gloria de Jehová entró en la casa por la vía de la puerta que daba al oriente. Y me alzó el Espíritu, y me llevó al atrio interior, y he aquí que la gloria de Jehová llenó la casa.” (43: 2,4 y 5)*

Por ver otra vez esa gloria sin par brillando en su debido lugar en todo su fulgor, y sentirse sumergido e inmerso en ella, todo el sacrificio, la prueba y el dolor porque había atravesado bien valían la pena.

Había llegado a la cima más alta en su carrera tan distinguida. Con ese galardón tan especial y maravilloso, quedaba plenamente satisfecho y realizado, y sus más caras aspiraciones quedaron colmadas con creces.

Sí, caro lector, obedecer fiel y cumplidamente al Altísimo merece la pena, puesto que nos reditúa los más altos intereses y los tesoros más preciosos y sagrados.

Por el contrario, el no hacerlo acarrea pérdidas y perjuicios muy grandes, que a veces pueden resultar irreparables.

Que nos ubiquemos sabia y firmemente, y para nuestro bien, en la parcela de los verdaderos obedientes, como Jesús y Ezequiel, y nunca en la del malvado desobediente máximo, enemigo declarado de nuestras almas.



# 3

*El olivo, la higuera, la vid y la zarza;  
El cuervo, la paloma y Cristo en nosotros.*

**L**o extenso de este título, seguramente hará que algún lector piense en la forma en que Miguel de Cervantes Saavedra titulaba algunos de sus capítulos del Quijote.

¡Por cierto que no nos anima ningún deseo de tratar de imitar o emular a un genio de semejante fuste!

En cambio, sencillamente basándonos en un pasaje de Jueces 9 y otro de Génesis 8, presentaremos una serie de reflexiones sobre las seis primeras cosas que van en el título, para desembocar finalmente - ¿cómo no? - en la persona de Cristo.

Esto último en razón de que, así como se suele decir que todos los caminos llevan a Roma, en el terreno de la interpretación de las Escrituras, todas las verdades de alguna forma u otra, convergen en la persona del Hijo amado de Dios.

*“En el rollo del libro está escrito de mí.”* (Salmo 40.7 y *“para que en todo tenga la preeminencia.”* (Colosenses 1:18)

Algunos encontrarán la forma en que discurre el capítulo, en algo, o bastante reñida con la homilética y exegética más pulidas.

No obstante, no creemos que haya nada que se desvíe de la verdad bíblica, y lo que está en nuestro ánimo, más que ofrecer una pieza teológica prolija y esmeradamente presentada, es estimular, edificar, consolar y desafiar al lector, por medios de verdades y principios importantes que se desprenden de cada uno de los puntos del título.

La parábola de la cual partimos se encuentra, como hemos dicho, en Jueces 9, y fue pronunciada por Jotam, el hijo menor de Gedeón, y el único sobreviviente, ya que sus sesenta y nueve hermanos fueron cruelmente asesinados por Abimelec, hijo también de Gedeón, pero por su concubina que estaba en Siquem, no en Ofra, donde él residía.

Los puntos que iremos tomando, tanto del pasaje en que estamos como de la parte de Génesis 8 que tomaremos más tarde, no los trataremos en relación directa con el contexto de los dos relatos, sino de forma alegórica. Empero, el lector verá que el trazado alegórico que iremos presentando no contraría en absoluto ningún principio o verdad de las Escrituras.

Confiamos que, en cambio, ofrecidos de una manera particular y más bien original, sirva para realzarlos y conferirles un saludable frescor, pero sin perder su carácter práctico.

### *El olivo.-*

*“Fueron una vez los árboles a elegir rey sobre sí, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros.”*

*“Mas el olivo respondió: ¿He de dejar mi aceite, con el cual en mí se honra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles?”* (Jueces 9:8 y 9).

¡Cuántas veces sucede, de muy distintas maneras, algo de la índole de lo que nos sugiere claramente este pasaje!

Ofertas tentadoras que ofrecen algo aparentemente grandioso, o sumamente lucrativo, pero que acarrearían un abandono del lugar y la función que Dios le ha asignado a uno.

El olivo hizo gala de gran sabiduría y prudencia con su respuesta tan acertada. Sabía muy bien cuál era el fin para el cual había sido creado, y lo consideraba muy por encima de la falsa grandeza que se le proponía.

Recordamos el caso de un consiervo entrañable, que fue usado por el Señor hace unos años para levantar una preciosa iglesia en una importante ciudad.

En una ocasión determinada, nos contó que había recibido una oferta de un trabajo seglar que, supuestamente, sólo le exigiría unas horas de trabajo por las mañanas, y que le reportaría un ingreso de cien mil pesetas mensuales, lo cual, en aquel entonces, representaba una suma considerable.

Con todo, considerando muy atinadamente que aceptar esa oferta equivaldría a traicionar su vocación - esas fueron sus palabras textuales.- optó por rechazarla. Estamos seguros que fue un gran acierto de su parte.

Digamos también que el Señor se encargó de que a él no le faltase nada, ni quedase perjudicado en lo más mínimo por haber tomado esa decisión.

El mundo del comercio y los negocios tiene un algo engañoso en el cual uno fácilmente puede caer atrapado. En efecto: tras un comienzo en que parece, y se promete que sólo va a demandar unas pocas horas diarias, insensiblemente uno se puede ir encontrando con que en realidad es algo con un apetito muy voraz, que por medio de múltiples complicaciones, contrariedades e imprevistos, va exigiendo más y más. Así se llega, sino en todos los casos, por lo menos en muchos de ellos, a un punto de saturación en el que uno termina hipotecado en cuanto al reino de Dios, estando imposibilitado de darle su exclusiva o preferente atención.

Otra tentación algo distinta es la que a veces se presenta en el terreno eclesial. Hemos conocido casos de supuestos siervos, que han querido abrir una obra nueva en un lugar

determinado. Al no tener mayor éxito, tratan de captar creyentes de otras iglesias.

Lo hacen a veces alegando que ellos están más ungidos que el pastor o los pastores que esos creyentes tienen.

En otras ocasiones, la oferta puede consistir en otorgarles un lugar más importante que el que tienen en su iglesia cuna, ya sea como líder de alabanza, el diaconado, o aun el cargo de anciano o copastor.

Desde luego que esto supone una gruesa falta de ética, y cualquiera que reciba semejante tipo de oferta hará muy bien en desecharla de plano, y perseverar en el lugar en que el Señor lo ha colocado (ver 1<sup>a</sup>. Corintios 12.18) sin dejarse seducir por falsas ofertas de supuestos beneficios, ventajas o grandezas.

### ***La higuera.-***

Al fallar su intento ante el olivo, los árboles se dirigieron a la higuera, que con mucho acierto, igualmente les contestó negativamente.

*“¿He de dejar mi dulzura y mi buen fruto, para ir a ser grande sobre los árboles?” (9:11)*

Como sabemos, la higuera es un emblema de Israel como nación, y son muchas las ocasiones en las que se la menciona en las Escrituras, sobre todo en el Antiguo Testamento, pero también en el Nuevo.

Un caso muy particular y significativo en cuanto al fruto de la higuera, es el de la sanidad que se operó en el rey Ezequías, y que se nos narra en 2<sup>a</sup>. Reyes capítulo 20, como así también en Isaías 38.

*“El profeta Isaías se le presentó, estando el rey enfermo de muerte, diciéndole: Jehová dice así: ordena tu casa, porque morirás y no vivirás.” (Isaías 38:1)*

Ezequías no tomó esta palabra como final e irrevocable, sino que de inmediato, con el rostro hacia la pared, derramó su alma ante el Señor, suplicándole con raudales de lágrimas que le prolongase la vida.

No creemos que haya sido por temor a la muerte, sino más bien porque, debido a su edad no muy avanzada – contaba solamente treinta y nueve años – todavía podía servir a Dios y a su patria por unos buenos años más.

Su oración fue oída, y el Señor le envió a Isaías con un nuevo mensaje:

*“Jehová Dios de David tu padre dice así: He oído tu oración y visto tus lágrimas; he aquí que yo añado a tus días quince años.”* (38:5)

El medio de que se valió el Señor para sanarlo fue muy especial y particular – no lo volvemos a encontrar en los anales bíblicos en ninguna ocasión, anterior ni posterior.

*“Y había dicho Isaías: Tomen masa de higos y pónganla en la llaga, y sanará.”* (38:21)

Esa masa de higos – desde luego que con la bendición de lo alto – tenía la función de actuar como una suave compresa que abrazaba la llaga –posiblemente una gangrena muy avanzada – destilando gota a gota la dulzura del higo, a la par que quitando poco a poco todo el pus y la infección, hasta que su piel quedó como la de un niño recién nacido.

Este milagro tan singular lo hemos comparado a menudo, figurativamente hablando, con la terapia del maravilloso amor de Cristo para con el corazón dolorido y quebrantado.

Debemos tener presente que hay dos cosas muy distintas. Por una parte, el corazón de piedra, frío y duro, para el cual el remedio bíblico es un trasplante, trocándolo por uno nuevo, cálido y tierno; por la otra, el corazón quebrantado, para el cual Jesús fue ungido para sanarlo, según Lucas 4:18.

Este último, al traerlo delante del Señor, se lo debe hacer con una actitud de auténtica contrición y humildad, sin rencor ni encono contra quienes lo pueden haber herido a uno; igualmente, sin excusas ni atenuantes por los fallos cometidos por uno mismo, sino acogién dose totalmente a la

misericordia y bondad del Señor, como quien sabe muy bien que nada se merece de Él.

Cuando el Señor ve de veras semejante actitud en un alma dolida y acongojada, nos atrevemos a afirmar que sus ruegos le resultan irresistibles.

Su respuesta no será la de echarle nada en cara, ni recriminarlo por sus fallos y errores, ni nada de esa índole.

Así como la masa de higos no irrita ni rasguña, no corta ni fricciona, sino que con constancia, ininterrumpidamente, va soltando continuas gotas de dulzura – así actúa ese amor ternísimo y delicado de nuestro bendito Cristo. Derrama benditas caricias de amor, acompañadas de promesas de restauración plena, y asegurando que todavía tiene un futuro de bien y de dicha para quien se encontraba como un fracasado, derrotado y desahuciado.

Si algún lector o lectora se encuentra en ese estado de corazón quebrantado, le instamos a que, con humilde contrición, derrame su alma ante el Cristo del amor tierno y comprensivo como ninguno. De seguro que de Él irá recibiendo gradualmente, gota a gota, la bendita terapia de la masa de higos.

Antes de pasar al punto siguiente, debemos ocuparnos de algo significativo que brota de la señal que el Señor le dio a Ezequías de que sería sanado.

*“He aquí yo haré volver la sombra por los grados que ha descendido con el sol en el reloj de Acaz diez grados atrás. Y volvió el sol diez grados atrás, por los cuales había ya descendido.” (37:8)*

Aun cuando esto encierra un rico y precioso simbolismo, reservamos una buena parte del mismo para el capítulo quinto, en el cual volveremos a referirnos al rey Ezequías y su milagrosa sanidad.

Aquí sólo nos limitamos a señalar que el retroceso del reloj nos habla de la maravillosa gracia del Señor para restaurar, cuando se han perdido preciosos años de la vida en cosas estériles y sin valor.

*“Y os restituiré los años que comió la oruga, el saltón, el revoltón y la langosta, mi gran ejército que envié contra vosotros.”(Joel 2:25)*

### ***La vid.-***

También les falló la higuera, así que pensaron en la vid.

*“Pues ven tú, reina sobre nosotros,”* a lo cual la vid les contestó:

*“¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles? (9:12-13)*

Sabia como los dos anteriores, no quiso saber nada de delirios de grandeza, prefiriendo con todo tino y cordura quedarse donde el Creador la había puesto, y para el buen fin que tenía asignado.

Nuestro Señor Jesús nos dijo en Juan 15:5 *“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.”*

No obstante, debemos tener presente que, a menos que seamos de sangre hebraica, no somos ramas naturales, sino injertadas, tal cual consta en Romanos 11:17-19.

Si bien en este pasaje el símil que se toma es el olivo, esto no nos debe confundir, ya que la aplicación práctica a que vamos resulta igualmente válida.

Hace poco más de dos décadas, estando el autor junto con su esposa como misionero en la lejana Argentina, en un buen número de ocasiones hizo visitas ministeriales a la provincia de Mendoza, que es muy rica en viñas y viñedos.

En una de esas visitas recuerda haber leído un libro que se le prestó que versaba sobre los injertos. Del mismo aprendió la diferencia entre hacer un injerto en la vid, y hacerlo en otros árboles, tales como el manzano o el peral.

Para estos últimos, según el libro en cuestión, basta tomar una vara y descortezarla, para luego injertarla en un corte hecho a tal efecto en el tronco, colocándole la venda acostumbrada para fijarla debidamente. Normalmente eso es suficiente, afirmaba el libro, para lograr un injerto satisfactorio.

Sin embargo, con la vid, más que meramente descortezar la vara, se hace necesario llegar con el corte al mismo centro de la misma, significativamente llamado el corazón. Sólo así se ha de conseguir un buen injerto que dé buenos resultados.

Esto guarda una estrecha relación práctica con algo muy importante de la vida espiritual. En efecto: para que estemos debidamente injertados en Él, la vid verdadera, es necesario que la espada viva y filosa de la verdad, penetre y corte en lo más hondo de nuestras entrañas aquello que ha sido mundano y pecaminoso.

A menudo uno se encuentra con casos de creyentes que nunca terminan de afirmarse, como si estuvieran nadando en dos aguas distintas, o bien con continuos altibajos.

Aunque a veces puede haber otras causas, en muchos se debe a esta razón, es decir, que bien dentro del ser hay cosas que no han sido tocadas y cortadas por la espada viva y eficaz de la palabra de Dios.

Que nos aseguremos de no retener nada de lo viejo, sucio y corrompido o torcido de la pasada manera de vivir, que eso sólo sirve para acarrearlos fracasos y desdichas de todo orden.

Pero bien podemos preguntarnos en cuanto al corte en la vid misma: ¿Cómo se hace, o cómo fue hecho eso?

La respuesta es que ese corte ya fue hecho hace casi dos mil años, cuando en la arena del Calvario nuestro bendito Señor fue horadado en sus manos y pies por los clavos de Su crucifixión, y traspasado en Su costado por la lanza del soldado romano.

¡Dolorosas pero benditas heridas del Crucificado, merced a las cuales hemos podido ser injertados eternamente en Él, para llevar fruto sano, santo y eterno!

### *La zarza.-*

Ya que no les quedaba otra, optaron por extenderle el ofrecimiento a la zarza. Ésta - ¿cómo no? - lo aceptó de buen grado, pero por la forma en que se desarrolla el relato en

todo el resto del largo capítulo nueve de Jueces, vemos los resultados caóticos y desastrosos que ello produjo.

La zarza es silvestre, y, si bien tiene hojas grandes y llamativas, no sirve como alimento, sobre todo por las muchas espinas que tiene.

Se puede hacer una tortilla de espinaca o de acelgas, pero ¿ay de quien intente hacerla con zarza!

De aquí pasamos al pasaje de Génesis 8:6-12.

### ***El cuervo.-***

*“Sucedió que al cabo de cuarenta días abrió Noé la ventana del arca que había hecho, y envió un cuervo, el cual salió y estuvo yendo y volviendo hasta que las aguas se secaron sobre la tierra.”*  
(8:6-7)

Es bien sabido que el cuervo es un ave de presa, al igual que el águila y otras similares, que van en busca de carne de cadáveres para devorarlos. (Ver Job 39:27-30 y Lucas 17:37)

Este “yendo y viniendo” del cuervo nos hace pensar en vidas de creyentes carnales, que muchas veces se ven afectadas por poderes demoníacos, con síntomas de pesadillas, temores anormales, ligaduras de distintas clases, etc. sin que se den cuenta del por qué.

Casi siempre la razón no es otra que su carnalidad, que de por sí atrae a esos pajarracos espirituales, los cuales a menudo con picotazos crueles, los tienen a mal traer.

No moran dentro de ellos de forma permanente, sino que vienen y van, haciendo de las suyas.

Más de una vez hemos sabido de casos de quienes, para solucionar el problema, proceden a reprender, y, supuestamente, expulsar esas fuerzas demoníacas.

Como resultado, se experimenta un cierto alivio, pero más tarde se advierte que el mismo es transitorio, y a poco se repite el problema.

La causa de que así sea, estriba en el hecho de que no se ha procedido a tratar con la raíz, sino más bien con las

consecuencias es decir, no con la causa, sino con los efectos.

Para ilustrarlo mejor, en nuestra prédica oral en varias ocasiones hemos utilizado un sencillo ejemplo aclaratorio.

Hace algo más de cuatro décadas, en una de nuestras primeras visitas a España, nos alojamos en La Línea de la Concepción (Cádiz).

En aquel entonces, la basura, sobras de comida, etc., se solían colocar por la noche en bolsos de plástico sobre la acera para que el camión recolector se las llevase.

Sentados a la mesa disfrutando de una agradable tertulia, descubríamos, no obstante, que los gatos del entorno bien pronto se acercaban, oliendo las sobras de comida, y dejaban un tendal muy desagradable.

Recordando esto, hemos dicho que en tales casos, reprender y gritarle a esos gatos que se marchasen no habría sido el remedio más eficaz, toda vez que, al rato, volverían para seguir causando estragos.

Resulta hartamente evidente que lo único sensato habría sido quitar esa basura y esas sobras de la acera, y dejarla bien limpia, de forma que esos gatos no encontrasen en ella nada que los atrajese.

Esto va en consonancia con Efesios 4:27 -“*ni deis lugar al diablo.*”

A pesar de ser todo esto tan sencillo y elemental, llama la atención que algunos no lo entiendan, y, en vez de aconsejar a que se proceda a poner la casa en orden quitando cuanto sea de la carne, se lanzan a la agotadora y estéril tarea de reprender a los demonios y mandarles que se vayan.

Haciéndonos eco de las palabras de Pablo en 2<sup>a</sup>. Timoteo 2:7, consideremos bien lo antedicho, y el Señor nos dé entendimiento en todo.

### ***La paloma.-***

El resto del pasaje de Génesis 8 en que estamos, tiene que ver con la paloma ante el descenso gradual de las aguas.

Al permitir Noé que saliese a volar, la primera vez,

después de revolotear bastante, regresó al arca, seguramente bastante cansada, no habiendo hallado dónde sentar su pie.

Fue entonces que Noé hizo algo muy sencillo y lógico, pero muy significativo.

*“Entonces él extendió su mano, y tomándola, la hizo entrar consigo en el arca.” (8:9b)*

Simbólicamente, vemos en esto el mundo hostil y pecaminoso en que nos encontramos, y en el cual no hay ningún lugar para el Espíritu Santo de Dios.

Sin embargo, en la verdadera iglesia de Cristo, representada por el arca, por cierto que hay lugar para Él, y como Noé en aquel entonces, le damos la más cara y sentida acogida, diciendo:

¡Bienvenida, bendita Paloma de Jehová!

Siete días más tarde Noé volvió a enviar la paloma fuera del arca. *“Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico.”*

Vemos un progreso, y algo que parece un detalle sin ninguna importancia, pero que sin embargo no deja de ser significativo.

El olivo no es de los árboles más altos; el eucalipto, el roble, el cedro y muchos más, tienen mucha más altura. La paloma bien podría haberse traído en el pico una hoja de cualquiera de ellos. No obstante, al traer una del olivo le daba a entender a Noé que las aguas ya habían descendido considerablemente. Noé, claro está, lo entendió así.

Además, hay un fino detalle adicional: la paloma no trajo una hoja de algarrobo, ni siquiera la de un peral o un manzano, sino de un olivo, en estrecha relación con el aceite de la unción.

Un oportuno recordatorio de que cuanto hagamos, de hecho o de palabra, para que tenga validez a los fines eternos, deberá imprescindiblemente estar ungido con ese aceite fresco y santo de la unción. Busquemos que ella esté presente en todas nuestras labores para el Señor.

Pasaron otros siete días y Noé volvió a enviar la paloma. Nuestra mente, que como ya habrá advertido el lector a veces tiende a ser algo ocurrente, se pregunta si tal vez ¿no será que de este relato tan interesante, haya surgido la inspiración de la suelta de palomas, que las entidades colombófilas suele efectuar regularmente, para el recreo y la satisfacción de sus aficionados?

Lo cierto es que esta vez la paloma no volvió al arca. Por fin encontró dónde posarse, y esto, insensible pero inevitablemente nos lleva al punto siguiente y final.

### *Cristo.-*

Juan el Bautista, al anunciar a Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, declaró que él, anteriormente no lo había conocido, pero que el que lo había enviado le había dado una clara señal.

No tenía que preocuparse por el color del cabello, si era de poca o gran estatura, delgado o de peso normal. Lo único que tenía que hacer era esperar el momento en que apareciese un hombre sobre el cual descendía el Espíritu y que permanecía sobre él. (Juan 1:33) Ése sería el que él esperaba.

Este descenso del Espíritu fue en forma corporal, como paloma, según nos dice Lucas 3:22. De ahí la relación que estamos trazando, en la cual resalta el hecho de que permaneció sobre Él.

Fue en la ocasión de Su bautismo en agua, y como sello de Su unguimiento para toda la magna obra que tenía por delante.

Resulta maravilloso pensar que ese bendito Espíritu del Dios viviente pudo reposar sobre la persona del Hijo Amado, y permanecer en Él de ahí en más, por todo el resto de Su trayectoria terrenal.

Nunca una hora de apatía o desgano; nunca un deseo de tomarse un día libre para andar a su antojo; nunca una palabra fuera de lugar, de la cual tuviera que arrepentirse más tarde, y pedir disculpas a alguien por haberle ofendido.

En fin, en todo y por todo, una vida de la más acabada perfección – una vida como ninguna otra jamás se ha visto, ni se verá, en el planeta tierra en que estamos.

Es una parte importante de la obra del Espíritu Santo el revelar la hombría perfecta y gloriosa de Cristo a los Suyos. Lo hace con el doble fin de que, por una parte lo admiremos y amemos más, y por la otra, sintamos un noble y santo anhelo de ser como Él.

Cuando lo contemplamos por el Espíritu en Su bendita gracia y hermosura, insensiblemente algo de Su persona maravillosa se va plasmando gota a gota, hora a hora, día a día, en nuestro carácter y disposición.

Pablo escribió bastante en ese sentido.

*“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”* (2ª. Corintios 3:18)

*“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.”* (Gálatas 2:20) *“...para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...”* (Efesios 3:17)

*“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo.”* (1ª. Corintios 11:1)

Son varias formas distintas de enfocar el mismo tema de que la semejanza de Cristo se plasme en nuestras vidas, que, como hemos puntualizado en reiteradas oportunidades, es el fin primordial para el cual hemos sido creados y redimidos.

Sólo una vida como la de Él – el varón perfecto – nos puede llevar a sentirnos y sabernos plenamente realizados. Toda vez que por nuestros hechos o palabras distemos de serlo, supondrá desde luego una buena dosis de frustración, desánimo, o aun desengaño.

No obstante, si nos reponemos y perseveramos con fe y firmeza, comprobaremos la fidelidad del Espíritu Santo, Quien nos alentará y seguirá llevando adelante gradualmente Su obra para ese fin primordial de que

seamos conforme a la imagen de Cristo, el primogénito entre muchos hermanos. (Romanos 8:29)

Al acercarnos al final de este capítulo, experimentamos la osada satisfacción de haber logrado en él nuestra pieza más reñida con los dictados de la homilética normal y corriente, tal como se la inculca en los institutos de enseñanza bíblica. Hace algo más de unos seis decenios también la aprendimos nosotros, pero, también unos buenos años ha, aprendimos a no atarnos a ella.

¡Sepa perdonarnos el lector que pudiera ser muy apegado a ella!

Concluimos con una oración telegrama.

Padre Celestial – zarza y cuervo **no**; olivo, higuera y vid, **sí**; Paloma también; y sobre todo, **Cristo en mí. Amén.**

# 4

## *La gran visión de Isaías.*

**A**un cuando en este capítulo aparece como protagonista la persona del gran profeta Isaías, el tema no gira en torno a él, sino a la maravillosa visión que tuvo.

Como siempre, sacaremos conclusiones prácticas aplicables en la actualidad, tanto para la vida individual de cada creyente, como en el nivel colectivo o conjunto de la iglesia local, y el ministerio en general.

Lo hacemos con la convicción de que no basta analizar y desmenuzar lo sucedido en el pasado para aumentar nuestro conocimiento bíblico.

Pablo nos dice en 2ª. Timoteo 3:16-17:-

*“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.”*

Tanto de forma expresa y explícita, como a través de alegorías o símbolos, la bendita palabra de Dios contiene un caudal inagotable para esos fines que nos señala Pablo.

Hacemos la salvedad de que las alegorías o símbolos deben estar correctamente trazados, para lo cual la misma Escritura nos da unos claros parámetros. Por supuesto que no podemos trazarlos a nuestro propio arbitrio, sino que

deben apuntar a verdades claramente presentadas en el resto de las Escrituras.

### ***Un tiempo para cada cosa.-***

*“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora.”* (Eclesiastés 3:1)

*“En el año que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo.”* (Isaías 6:1)

Dios tiene un tiempo asignado para cada cosa. Significativamente, esta visión tan grandiosa tuvo lugar al morir el rey Uzías, ese rey que, habiendo sido prosperado maravillosamente, cayó en la trampa del enaltecimiento para su ruina, ya que le llevó a cometer una seria y grave desobediencia, como consecuencia de la cual tuvo el triste fin de morir como un leproso desdichado, apartado de la sociedad.

Al mismo tiempo, inmediatamente después de su muerte, comenzó a reinar otro, su hijo Jotam, del cual en la primera parte de esta obra, hemos visto que fue un rey ejemplar, que exhibió muchas cualidades y virtudes encomiables en los dieciséis años de su reinado.

Muchas veces, las manifestaciones y el trato de Dios en nuestras vidas persiguen ese doble propósito: por un lado, quitar o hacer morir algo viejo, inútil, y a menudo malsano o maligno, para establecer, en cambio, algo nuevo, útil y fructífero.

### ***La visión celestial y sus repercusiones en el templo.-***

El pasaje que nos ocupa - Isaías 6:1-8 - por cierto que está muy trillado; mucho se ha escrito, y mucho se ha predicado y enseñado oralmente sobre él.

Sin embargo, a no pocos parece que se les ha pasado por alto algo muy importante. Con ser una visión celestial del Señor sentado en un trono sublime en las alturas, la misma, no obstante, nos presenta repercusiones inmediatas en el

templo, al cual se alude desde un principio en el primer versículo. Igualmente, en el versículo cuarto se nos habla de los quiciales de las puertas y de la casa, lo cual confirma con toda evidencia lo que venimos puntualizando.

Lo que se nos dice en Hebreos 3:6, i.e. “...*Cristo sobre su casa, la cual casa somos nosotros*”, y también en otros pasajes afines, nos da un buen asidero para la aplicación concreta de esta visión en el sentido ya señalado.

Veamos como se van presentando esas repercusiones.

***“...y sus faldas llenaban el templo.”***

Evidentemente las faldas forman parte de las vestiduras del Señor. Cuando nos son descritas en visiones, tales como las de Daniel 7:9 y Marcos 9:3, el color es siempre blanco blanquísimo, como la nieve.

Muy bien podrían ser púrpura, denotando la realeza del Señor; o celeste, como indicio de ser Él el Ser Celestial Supremo; o carmesí, como un recordatorio de la preciosa sangre derramada para nuestra redención, o bien el dorado, propio de los atributos divinos provenientes de Su eterna deidad.

Sin embargo, ninguno de esos; en los dos casos el blanco blanquísimo es el color por el cual ha optado.

Casi ni hace falta decir que es un indicativo, sencillo, pero claro y elocuente, de Su santidad inmaculada. Y el hecho de que las faldas de esas vestiduras blancas llenaban el templo, no puede sino poner de relieve ese propósito de que la hermosura de Su santidad impregne Su santo templo.

Es por ello que se nos dice y se nos reitera: “*Sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir.*” (1ª. Pedro 1:15)

Es por eso también que Pablo escribe en 2ª. Corintios 7:1 “*Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.*”

Es la misma razón por la cual el apóstol Juan escribe en 1ª. Juan 3:3 *“Y todo aquél que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.”*

La limpieza, transparencia y rectitud en todos los órdenes de la vida, no son algo optativo, para algunos más destacados o consagrados. Antes bien, es algo claramente establecido por Dios en Su palabra para todos y cada uno de Sus hijos.

Toma plena conciencia de ello, querido lector, que a muchos que han desatendido y desconsiderado esta verdad, les ha costado muy, pero muy caro.

### ***Los serafines.-***

*“Por encima de él había serafines...”*

Se considera que los serafines son ángeles de alto rango, ligeramente inferiores a los querubines. Éste es el único pasaje en toda la Biblia en que se habla de ellos, y aquí se habla de solamente dos, aunque eso no quiere decir que no haya más, quizá muchísimos; no sabemos a ciencia cierta.

Como un detalle que reviste importancia, debemos notar que con dos de sus alas cubrían sus rostros. No es normal que uno cubra su rostro, a no ser que se sienta avergonzado o no quiera ser descubierto.

Con todo, en este caso creemos que había una razón más poderosa y elevada. Se ha afirmado, y estimamos que con buen fundamento, que los serafines son seres muy hermosos. Así, su cercanía al trono del Altísimo muy bien podría volverse en un arma de doble filo, que hiciera que la mirada se fijase en ellos y su gran hermosura, y no en el único que debe ser el objeto de nuestra contemplación y admiración – el incomparable, eterno y maravilloso Dios, de quien procede todo lo bueno, bello y noble.

Con sano recato, cubrían sus rostros con dos de sus alas, para evitar que sucediese semejante cosa, lo cual constituye un claro y saludable recordatorio para todo hijo y siervo de Dios. Sobre todo en la hora del éxito y la fama, que se tenga

especial cuidado de que no se lo mire y admire a uno indebida o desmedidamente, sino que todas las loas y la gloria se tributen de verdad al que es el único digno de recibirlas.

*“Y uno al otro daba voces, diciendo: Santo, Santo, Santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria.” (6:3)*

Al igual que a los cuatro seres vivientes en Apocalipsis 4:8, lo que más les impactaba era la santidad temible y terrible, a la par que inmaculada y purísima, de Jehová de los ejércitos, el Dios todopoderoso.

Esto robustece la gran importancia de nuestro punto anterior, en el que comentamos que Sus faldas llenaban el templo.

La voz del serafín también proclamaba la grandeza de Jehová de los ejércitos, como el Creador de una tierra impregnada de Su gloria, en la que millares de maravillas en los tres reinos - mineral, vegetal y animal - despliegan con gran elocuencia Su inigualable sabiduría, poder y magnificencia.

La voz era tan potente que los quiciales de las puertas se estremecieron.

Esa santidad y esa gloria sin par, al ser proclamadas con unción y poder de lo alto, inevitablemente hacen temblar las puertas de nuestra vida toda. Sería totalmente incoherente que ante algo tan sacrosanto y glorioso, nos quedásemos fríos e impasibles. Debe haber, necesariamente, un sano y saludable temor y temblor, ante una santidad tan impactante y una majestad tan augusta.

*“...y la casa se llenó de humo.” (6:4b)*

Esta es otra repercusión, y una que a primera vista nos puede resultar inesperada y llenar de sorpresa.

En nuestra sencillez, creemos que no exenta de lógica, interpretamos que en la casa hubo un incendio. ¿De qué otra forma podría haberse llenado de humo?

Peo el incendio no era de los comunes que causan terribles estragos. Era el incendio provocado por el fuego del altar, del cual se desprenden tantas cosas sustanciosas y de gran importancia.

El verdadero fuego del altar es purificador y arde con sus llamas voraces, consumiendo la escoria, la madera, el heno y la hojarasca.

En no pocas ocasiones, anonadados por el trato personal de Dios en sus vidas, muchos creyentes han tenido que hacer un incendio en su patio, jardín o terraza, quemando libros indignos de estar en la biblioteca de hijos de Dios; o bien artículos o prendas de un pasado tenebroso, (ver Judas 23), o cosas relacionadas con el ocultismo, en el cual de una forma u otra se ha intervenido en el pasado.

En otros casos, no el fuego literal, sino el de la prueba y el dolor, destinado a eliminar la escoria que ennegrece el oro, e impide que brille con su fulgor radiante.

En Zacarías 13:9 nos encontramos con una predicción que va precisamente en esa línea.

*"Y meteré en el fuego a la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré; Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios."*

Ya comentamos en una obra anterior, sobre los incendios que a veces se producen en vastas praderas del Canadá. Como medida preventiva, se avisa con toda urgencia a los propietarios de granjas y haciendas situadas en el camino que han de seguir las llamas en su avance, que creemos que generalmente es de Oeste a Este.

Al enterarse de ello, cada uno hace un incendio controlado alrededor de su vivienda y demás lugares de importancia, en un radio de unos cien metros de largo, cuidando bien de quemar todo lo que sea propenso a ser quemado dentro del círculo resultante.

Cuando unas horas más tarde las grandes llamas del

incendio se acercan, casi siempre imponentes y con una altura de uno o dos metros, se produce algo singular y significativo.

Al llegar al lugar de esos incendios previos, esas llamas no pueden avanzar ni un centímetro más, y se detienen totalmente impotentes.

¿La razón?

El fuego no puede quemar por segunda vez donde ya ha quemado.

Este ejemplo enriquece y amplía nuestra comprensión de las palabras de Pablo, relacionadas con sobreedificar sobre el fundamento que es Cristo, o bien con oro, plata o piedras preciosas, o con madera, heno u hojarasca.

*“Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.”*(1<sup>a</sup>. Corintios 3:15)

Que sepamos, bajo la mano divina, atravesar por el fuego en esta vida presente, para que cuanto sea de madera, heno u hojarasca quede consumido, y no tengamos que sufrirlo en el más allá, con gran consternación y lamento para nuestra alma.

*“Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.”* (6:5)

Veamos ahora las repercusiones que tuvo la visión sobre el profeta.

Por sus palabras de ser hombre inmundo de labios, no hemos de entender que de su boca procedían obscenidades, groserías o cosas de mal gusto, rayando en lo sucio o vulgar.

En parte, sería como un identificarse con el pueblo de Israel y de Judá, que sin lugar a dudas eran inmundos de labios.

Pero hay además otro sentido en que debemos interpretarlo. Cuando se manifiesta auténticamente la

presencia de Dios, o se nos da una genuina visión de lo alto, hay en ello una pureza indescriptible, algo tan inmaculado e impecablemente límpido, que, como contraste, al volver a lo normal y corriente de ese mundo, cuanto oímos y vemos nos parece sucio, crudo, feo o aun inmundo.

Recordamos la noche de un fogón en un campamento juvenil, cerca de la localidad de Esquel, en el Oeste de la República Argentina, lindando con Chile.

En esa ocasión, el Señor se manifestó de una manera muy singular, tras una exposición breve y sencilla de Su palabra

Los corazones de los jóvenes fueron tocados profundamente por el Espíritu de Dios, y en todo el campamento hubo una presencia tan especial del Señor, que imperaba una sagrada quietud. Aun al entrar en nuestra tienda para acostarnos, casi llegada la medianoche, todo era un silencio y un estado de recogimiento tal, que uno casi no se atrevía a hablar.

Poco más tarde, llegó con retraso un joven que estaba inscrito, pero que no pudo estar de un principio. Totalmente ignorante de lo que había sucedido, saludó en voz alta, casi con un grito y desde lejos, a algunos de los demás jóvenes.

El efecto de oír esa voz, en tanta discordancia con lo que había acontecido, fue verdaderamente muy chocante. En medio de una atmósfera tan sagrada, era algo que sonaba muy fuera de lugar, aun cuando sólo eran palabras de un saludo, sin nada insultante ni de mal gusto.

Resulta interesante acotar que, en lugar de las palabras "soy muerto," la traducción literal, al pie de la letra de Young dice: "*estuve quieto.*"

Esto nos brinda otro aspecto, el cual es distinto de estar o sentirse como muerto. En efecto: cuando hemos tenido el privilegio y la dicha de experimentar una manifestación viva y real de la presencia divina, hay un algo en el fuero interno que desea prolongarlo lo máximo posible.

Consciente de que cualquier palabra, gesto o movimiento torpe o fuera de lugar podría disipar eso tan hermoso y sublime, uno busca permanecer quieto, en el recogimiento más tierno y reverente, para no hacer nada que pudiera interrumpir eso tan precioso que se está viviendo.

Sepamos atesorar esas ocasiones tan especiales, conservando siempre un espíritu muy sensible a lo celestial.

En cuanto a las palabras *“soy muerto,”* del texto que estamos usando de la revisión 1960 de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, las mismas guardan una estrecha concordancia con la experiencia del venerable anciano apóstol Juan en la isla de Patmos.

*“Cuando le vi, caí como muerto a sus pies.”*(Apocalipsis 1:17)

La grandeza y la gloria del Señor, al manifestarse aun en forma parcial, nos hacen sentir diminutamente pequeños, indignos e incapaces, provocando muchas veces que nos desplomemos a Sus pies, completamente anonadados y sin fuerzas para nada.

Es cuando llegamos a ese punto, que Su tierno amor hacia nosotros se vuelve a manifestar, con Su toque restaurador y lleno de bondad, y Sus palabras *“No temas.”*

Tal lo que le sucedió a Juan, e igualmente a él junto a Pedro y Jacobo tras la transfiguración (ver Apocalipsis 1:17b y Mateo 17:7)

Aunque con el mismo efecto de restaurarlo para que pudiese seguir adelante, la forma en que esto le sucedió a Isaías fue distinta.

Posiblemente fue un gesto que se le hizo desde el trono, lo que bastó para que uno de los serafines supiese lo que tenía que hacer.

*“Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado.”* (6:6-7)

Otra muestra de lo que dijimos en un principio, en el sentido de la estrecha relación de la visión del trono con el templo, la da el hecho de que ahí estaba el altar, con los carbones encendidos. Eso era, sin duda, lo que llenaba la casa de humo, como ya adelantamos.

Ese carbón encendido que tomó el serafín era parte de una ofrenda del todo quemada, purificada por el fuego de que estaba impregnada. Tenía en sí la doble virtud de algo totalmente consagrado, y también purificado, virtud ésta que se le comunicó a Isaías mediante el toque en su boca.

Notemos los dos aspectos – el de la culpa, y el del pecado. Algo que se debe tener en cuenta es que con cada acción pecaminosa, siempre hay una culpabilidad. Es decir, que no es solamente el pecado en sí, sino también la culpa por haber transgredido el mandamiento divino.

Es por eso que en el ritual levítico, además del sacrificio por el pecado, estaba el sacrificio por la culpa. (Ver Levítico 7:1 y 5, y 7)

Es muy importante que no sólo se limpie del pecado, sino que la culpa sea quitada también. De otra manera, la conciencia lo acusaría a uno y quedaría un sentir de culpabilidad.

En cuanto al humo del altar, aquí tenemos algo muy especial y precioso. Muchas veces en el texto de Levítico encontramos las palabras: *“ofrenda encendida, de olor grato a Jehová.”*

El humo de la ofrenda no era algo tóxico ni perjudicial, sino algo muy distinto.

La física nos enseña que la materia es indestructible – podrá cambiar de estado – de líquido a sólido y viceversa, o de sólido a gaseoso, etc. – pero nunca se elimina y deja de ser. Así, la ofrenda de nuestra vida presentada al Señor sobre el altar, como se lo simboliza por el holocausto sobre el altar, sube hacia Dios. De algo terrenal y de aquí abajo, se transforma, sublima y eleva, para llegar al mismo trono en las alturas. Allí, por así decirlo, con gran deleite el Señor

abre bien grande las fosas nasales y la aspira, terminando así en el mismo pecho y corazón de Dios.

¡Bendita gracia, la de poder brindarle con la ofrenda del todo quemada de nuestras vidas, lo que lo satisface profundamente, y se anida dentro de Su mismo ser, para permanecer allí por toda una eternidad!

Después oí la voz del Señor que decía: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” (6:8<sup>a</sup>)

Tras el toque del carbón encendido - no antes - se pudo hacer oír la voz del llamamiento.

Notemos el uso del singular - el Señor - y el plural - nosotros - al igual que en Génesis 1:26, denotando claramente la Trinidad.

Después de semejante manifestación divina como la que acababa de presenciar y experimentar, Isaías no pudo menos que responder de inmediato: “Heme aquí, envíame a mí.” (6:8b)

En la misión W.E.C. (Cruzada Mundial de Evangelización) había un dicho en boga cuando se trataba de ir a trabajar a un lugar inhóspito y difícil. Con cierta ironía se solía decir: el hombre indicado para esto es una mujer!

Alguien lo ha dicho de otra forma: “Heme aquí, Señor; envía a mi hermana.”

En un tono más sobrio ahora, hemos de señalar que este llamamiento, al cual respondió en primer lugar Isaías, ha sido usado por el Señor a través de los siglos para desafiar a muchos siervos y siervas a que vayan a trabajar en Su viña.

Creemos que, en realidad, es un desafío extensivo a todo hijo de Dios; un desafío a aceptar y asumir el ir por Él y en Su nombre.

Esto lo decimos con la salvedad de que para muchos no será un desplazamiento geográfico hacia otras tierras, sino que en el mismo lugar de residencia vayan a almas necesitadas, desanimadas, hambrientas y sedientas, o bien maltrechas, acongojadas o enlutadas, para llevarles la

palabra del Señor – el mensaje glorioso del evangelio, el aliento que necesitan para continuar, o el bálsamo de los dulces consuelos de Dios.

Al responder a ese llamamiento, al cual también lo llamamos desafío, no se ha de esperar que en seguida habrá de deparar grandes cosas.

A menudo se oye decir a algunos: *“Yo sé que el Señor tiene grandes cosas preparadas para mí.”* Al oírlas, uno detecta a veces una nota de sutil envanecimiento, que puede ser peligroso.

El autor recuerda el tiempo en que, guiado por el Señor, dejó el trabajo seglar que tenía, para abrazar el ministerio a tiempo pleno.

El primer día no recibió una profecía altisonante – como podría ser: *“Hoy se inicia una etapa nueva y gloriosa en tu carrera, en que comenzarás a ver grandes cosas, como nunca antes en tu vida.”*

Nada de eso; pasó algo muy distinto. Mi esposa en esos días estaba indispuesta y no podía atender a nuestro cuarto hijo, que entonces sólo contaba tres o cuatro años de edad.

Por lo tanto, una hermana en Cristo amablemente se hizo cargo de él, pero el día que el autor dejó su empresa y quedó libre – es decir, el de su debut en el servicio a tiempo pleno, la hermana en cuestión se marchó y dejó de hacerlo.

¡De manera que esa fue la primera labor que le tocó por designio divino! Cuidar a ese niño, que era de mucho comer, cambiar sus pañales, cargados de abundantes deposiciones, lavarlo y bañarlo, etc.

Fue algo que recuerda con mucha gratitud, que le hizo empezar por el primer peldaño, para escalar posiciones lenta y gradualmente, pero procurando ser fiel en lo poco y en lo pequeño desde un principio.

El subir a lo alto con mucha prontitud a muchos les ha acarreado el vértigo del triunfalismo y las grandezas, y a la postre, han quedado mal parados.

La aparentemente pequeña labor que Dios te

encomiende, amado lector, será importante y digna de tu mejor esfuerzo, por la sola razón de que la haces para Él, el Rey de reyes, aun cuando otros no te vean o no la valoren.

El mandato a Isaías al responder afirmativamente al desafío que había recibido, era el de ir a un pueblo que, en cuanto a las palabras del Señor, era sordo y ciego, y su corazón no estaba bien dispuesto.

La cita de este pasaje que encontramos en Mateo 13:14-15 dice así:

*“De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyen pesadamente, y han cerrado sus ojos.”*

Aun de los fariseos y de los intérpretes de la ley, Jesús afirmó que Dios tenía designios de perdón y de bien para ellos, pero que los habían despreciado, no siendo bautizados por Juan. (Ver Lucas 7:30)

Señalamos esto, porque el texto de Isaías podría entenderse de otra forma, mientras que las Escrituras nos recalcan en muchas partes que Dios no quiere la muerte del impío (Ezequiel 18:23 y 32) sino que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. (1ª. Timoteo 2:4)

De todos modos, el mandato o la comisión que recibimos nosotros, que vivimos en el tiempo del régimen actual de la gracia, es muy superior, pues estamos bajo un mejor pacto, basado en mejores promesas. (Hebreos 8:6)

Es un mandato de proclamar la inmensa y maravillosa misericordia de Dios, expresada en la cumbre más alta, cuando en la cruz del Calvario, Su Hijo amado se ofreció voluntariamente para redimirnos de la perdición eterna.

Sepamos responder afirmativamente a ese llamamiento tan digno y noble, para llegar así a ser unos benditos enviados del Señor.

En conclusión, vemos en este pasaje de Isaías 6 que hemos comentado, una secuencia o un orden muy sencillo, pero a la vez muy importante.

Primeramente viene la revelación de lo alto; ella debe necesariamente proceder del Señor entronizado, y no de nosotros. Como resultado de ello, suceden dentro del templo - la casa, la cual somos nosotros, Sus hijos -todas esas cosas que hemos tratado; finalmente, las mismas trascienden los límites del templo y se propagan hacia fuera, al mundo necesitado.

# 5

*Sanidades duraderas, prolongaciones de misericordia,  
los dos relojes, y la masa de higos.*

**E**l capítulo 38 de Isaías, en que se nos narra la enfermedad del ilustre rey Ezequías, y su sanidad milagrosa, contiene cosas muy sustanciosas.

Al comentarlas, inevitablemente tendremos que repetir, por lo menos en parte, algo de lo ya dicho en el capítulo 3, al hablar de la higuera.

Como ya vimos, Ezequías contaba escasamente treinta y nueve años de edad, cuando cayó gravemente enfermo, y el profeta Isaías vino a decirle, de parte del Señor, que debía ordenar su casa por cuanto iba a morir.

Esto nos muestra y recalca, como primer punto importante, la transitoriedad de la vida y la necesidad de que vivamos con mucha prudencia y sabiduría, aprovechando al máximo cada oportunidad que se nos brinda para hacer el bien y para andar en la plena voluntad del Señor. Al mismo tiempo, debemos desechar todo lo que sea pérdida de tiempo, ajeno al reino celestial e indigno de un hijo de Dios.

Además hay un segundo punto que, en algunos casos, no parece tenerse debidamente en cuenta. Al tomar conocimiento de que se acerca el fin de nuestra peregrinación terrenal, debemos ser conscientes y

responsables, y dejar las cosas bien arregladas y en su debido lugar.

Esto es aplicable sobre todo a quienes han de dejar atrás una viuda, o hijos o familiares dependientes y necesitados. Específicamente, hay situaciones en que es necesario dejar un testamento, legando con claridad a quien o quienes corresponda, los bienes muebles o inmuebles y el saldo de cualquiera cuenta bancaria de que se pudiera disponer. De otra forma, después del deceso se pueden presentar pleitos y querellas muy desagradables.

Aun en los casos en que los medios de que se disponga sean escasos o aun exiguos, todo hijo de Dios tiene la obligación moral de prever y proveer, en la medida en que sus posibilidades lo permitan, a fin de no dejar a su mujer o hijos menores desamparados.

En ese sentido el apóstol Pablo nos da una fuerte y solemne exhortación y advertencia en 1ª. Timoteo 5:8

*"...porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo."*

Esto no sólo debe interpretarse en el sentido de ganarse el pan dignamente para sustentar a su hogar estando en vida, sino también con miras a cuando tenga que partir al más allá.

Entre otros registros bíblicos en esta línea, está el de Ahitofel, un sabio consejero del rey en tiempos de David y la revuelta de su hijo Absalón.

Su muerte fue lamentable, al suicidarse, profundamente frustrado y consternado por no haberse seguido su consejo. No obstante, fue muy responsable, poniendo su casa en orden antes de hacerlo.

También tenemos el ejemplo de Abraham, el primer patriarca, que al acercarse el final de su trayectoria tomó medidas muy concretas y acertadas en cuanto al futuro de Isaac, el hijo de la promesa que le había dado a luz Sara al cumplir él los cien años de edad. (Ver Génesis 24:1-8 y 25:5 y 6)

Como vemos, la palabra de Dios nos da los consejos divinos para absolutamente todo – tanto para lo material y lo práctico, como para lo espiritual y eterno. Hagamos de ella nuestra guía en toda alternativa que la vida nos depare.

### *Sanidades duraderas y prolongaciones misericordiosas.-*

Aun cuando creemos recordar habernos referido a esto en alguna obra anterior, estimamos oportuno volver a reflejarlo ahora, ya que guarda una cierta relación con el relato en que estamos.

Evidentemente, hay sanidades físicas que el Señor efectúa por medio de Su toque milagroso, que perduran por unos buenos años, y aun por el resto de la vida. Tal la del rey Ezequías, que le permitió vivir otros quince años.

Sin embargo, hay otras de una índole particular, que persiguen un fin distinto, muy concreto e importante, y que solemos denominar *prolongaciones de misericordia*.

Se trata de casos de personas que habiendo conocido al Señor, han llegado a un estado en que albergan rencor o amargura contra otros, o sencillamente están apartados de la fe, o muy fríos espiritualmente hablando.

En más de un caso hemos sabido de personas en esas condiciones, a las cuales se les ha dado un diagnóstico que prevé que sólo les quedan unas semanas, o uno o dos meses de vida.

La inminencia de la muerte ha servido para que busquen con sinceridad y urgencia al Señor, arrepintiéndose de corazón y pasando así a un estado de paz interior y terapia espiritual. Muy poco después de esto han partido para el siglo venidero.

Es muy importante que se discierna este propósito, porque en algunos casos, después de orar por la sanidad física de la persona en cuestión, y continuando ella en vida, se ha proclamado que el Señor la ha sanado, en virtud de que sigue viva, pesar de que se ha sobrepasado el tiempo

estipulado por el diagnóstico médico,

Posteriormente, pasado un tiempo no muy largo, se produce el fallecimiento, y la proclamación de la supuesta sanidad queda contradicha, con el consiguiente desánimo y desconcierto.

Por falta de la debida madurez y discernimiento espiritual, se hace el ridículo y queda de alguna forma desacreditado el ministerio de sanidad, que en realidad, lo sabemos bien, sigue en pie y en plena vigencia. Sin embargo, sepamos que siempre discurre dentro de los parámetros de la voluntad y sabia soberanía de Dios para cada caso particular.

### *Los dos relojes.-*

Como ya vimos, el Señor concedió el milagro de que el reloj se atrasase diez grados, como una señal para Ezequías de que iba a sanar. Una señal ésta, que estaba en consonancia con la prolongación de su vida que le había prometido. Era como si el Señor detuviese el reloj de su vida y lo atrasase por nada menos que quince años.

Esto nos lleva a presentar una verdad que, tal vez, a muchos no se les ha ocurrido ni se lo han imaginado.

Esta verdad es que, alegóricamente, a cada uno de nosotros Dios ha asignado dos relojes. Desde luego, no relojes pulsera, de mesa, de pared u otro tipo de los corrientes en la vida diaria.

El primero es el reloj del largo de nuestra vida, predeterminado por Él, el Ser Supremo y Creador.

El otro es el de las labores y el servicio que Él ha preparado, para que los cumplamos mientras estamos en vida en esta tierra.

Debemos tenerlo muy claro que no nos ha traído al mundo para que vivamos a nuestro aire, y hagamos lo que se nos da la real gana, sino para que realicemos las buenas obras preparadas por Él para cada uno de nosotros de antemano, según Efesios 2:10.

*“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”*

Hemos afirmado muchas veces que esto nos debe conmover profundamente:- que el Creador Supremo, al cual le debemos la vida, aun antes de que hubiésemos nacido, tenía previstas y programadas buenas obras para cada uno de nosotros.

Esto supone que, sin ser grandezas para convertirnos en un superman, o en “el hombre de la hora”, le confieren, sin embargo, a nuestra vida, un contenido útil, fructífero y con derivaciones eternas.

La diferencia entre esto, y hacer las cosas a nuestro antojo y sin la guía divina, es realmente abismal.

Sepamos buscar Su rostro con ahínco, para comprender debidamente qué es lo que Él quiere que hagamos, y lo que no quiere que hagamos.

Volviendo sobre los dos relojes, en muchos casos, mientras el primero ha avanzado mucho, el segundo ha quedado muy atrás, o bien ni siquiera ha empezado a funcionar.

¿Qué es lo que primero lo pone en funcionamiento?

Los judíos le preguntaron a Jesús: *“¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?”* a lo cual el Maestro les replicó: *“Ésta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.”* (Juan 6:28-29)

Ése es el primer paso - creer de todo corazón en Jesucristo para perdón de nuestros pecados, y recibirlo como Salvador y Señor.

De ahí en más, cumpliendo la voluntad de Dios cada día, y haciendo las tareas que nos ha asignado, ese segundo reloj irá avanzando.

Como en todas las cosas, Jesucristo en esto fue nuestro ejemplo perfecto. Él pudo decir con estricta y absoluta verdad: *“He acabado la obra que me diste que hiciese”* (Juan 17:4)

Al expirar en la cruz, Él exclamó a gran voz: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46).

En ese momento Sus dos relojes – el de los 33 ó 34 años de vida que tenía asignados, como el de la obra que se le había encomendado - ¡y qué obra magna, colosal y maravillosa! - dieron, por así decirlo, la campanada de la medianoche al unísono.

¡Ninguno como él en Su perfección tan hermosa como admirable!

¡Cuantos de nosotros hemos sido torpes y necios, malgastando el tiempo, o desaprovechando preciosas oportunidades de hacer el bien que se nos han presentado!

Gracias al Señor por Su gran misericordia, que en la vida de muchos de nosotros ha podido detener o retrasar el primer reloj, a la par que impulsar el segundo a fin de que avanzase, y a su tiempo, alcanzase al primero.

¿Cómo van tus dos relojes, amado lector? ¿Se te ha disparado el primero, dejando al segundo muy atrás?

De ser así, antes de que sea demasiado tarde, clama al Señor con sincera instancia, como lo hizo el rey Ezequías, y Él podrá ayudarte para remediar la situación, a fin de que puedas completar el resto de tu vida con los dos relojes a la par.

### *La masa de higos.-*

Como este punto ya lo tratamos, por lo menos en parte, en el capítulo tercero, no nos extenderemos mucho sobre él.

Concisamente, la masa de higos aplicada al rey Ezequías, no tenía en sí las propiedades curativas necesarias para sanarlo de su enfermedad, que muy posiblemente fuese una gangrena muy grave y avanzada.

Lo que le dio la virtud para ello, fue el poder de Dios que respaldaba Su palabra que disponía que se la aplicase.

Con ese poder de la gracia divina, esa masa operó como una compresa que abrazaba todo el lugar de la dolencia de forma constante, y al mismo tiempo suave y delicada. Al

hacerlo, iba destilando una gota tras otra de su exquisita dulzura, lo que, a la postre, surtió el efecto de ir quitando gradualmente la infección, hasta dejar el lugar afectado completamente curado.

Nos resulta muy caro y precioso el simbolismo de todo esto, al punto que lo hemos expuesto verbalmente en varias oportunidades, y ahora lo hacemos por escrito por segunda o tercera vez.

En ese abrazo de la masa de higos no había nada irritante, ni que cortase o rasguñase. Como dijimos más arriba, era suave y delicado, así como lo es el ternísimo amor de Cristo para con el corazón maltrecho y quebrantado.

No hay en Él reproches ni recriminaciones; solamente caricias de dulzura celestial que reaniman, quitan el sentir de ser un fracasado, desahuciado o derrotado, a la par que encienden en el pecho nuevas esperanzas y fe, hasta que uno se pone en pie, y sabiéndose sanado, se dispone a reiniciar la marcha con ansias de servir, luchar y vencer.

Una aclaración final sobre por qué algunos que están angustiados o quebrantados, cuando acuden a Cristo en busca del bálsamo deseado, parecen no recibirlo.

La razón principal es que lo hacen con autocompasión, es decir, con lástima de sí mismos, como víctimas inocentes de las injusticias de la vida, los infortunios porque han atravesado, o el maltrato o la traición de que hayan sido objeto.

Como no pocas veces hemos señalado, la autocompasión no agrada al Señor. Es algo que cuando uno está triste, dolorido o angustiado, provoca una cierta satisfacción para el alma, pero la misma es muy efímera, engañosa y estéril.

La forma correcta de presentarse ante Él es con un corazón genuinamente contrito y humillado; aun cuando uno haya tenido muchos sinsabores y adversidades, no usarlos como argumento o razón para que el Señor lo bendiga. En lugar de ello, uno debe acercarse a Él reconociendo sus muchas faltas y pecados – que, sin duda,

todos los hemos tenido – y acogíendose a la misericordia divina, totalmente inmerecida.

Cuando se lo hace con esta actitud correcta de un verdadero arrepentido, Él no tarda en derramar sobre el corazón herido y quebrantado los dulces bálsamos de Sus benditos consuelos.

Recordemos otra vez que, al regresar el hijo pródigo, no le dijo a su padre que se encontraba muy mal, desnutrido, sucio, acongojado y sin medios. Todo eso era verdad, pero era la consecuencia o el efecto de su desobediencia.

En cambio, le dijo: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.”*

Como ya hemos puntualizado anteriormente, en esta parábola el precioso Maestro despliega admirablemente Su genio maravilloso, entrelazando a través del relato las verdades más certeras e importantes.

Ésta de no confundir causa y efecto, señalando la necesidad del arrepentimiento por el pecado, y no la tristeza o el mal que se ha cosechado del mismo, es algo de primordial importancia que debe quedar bien comprendido.

De lo contrario, si se procede sobre la base inversa, sólo conducirá a grandes desengaños.

Y tengámoslo muy claro – todo esto se aplica tanto para el arrepentido que regresa al redil, como para el de corazón quebrantado y maltrecho.

# 6

*Radicales y drásticos, no blandos y transigentes.*

**P**asamos ahora a ocuparnos de los capítulos veintisiete y parte del veintiocho de Isaías. No los comentaremos de forma expositiva, abarcando todo el texto, versículo por versículo. Además de resultar muy extenso, tendría muchas partes relativas al Israel de aquel entonces, que, en realidad, no son prácticamente aplicables a la vida espiritual del presente, que eso es lo que nos interesa.

En cambio, iremos tomando una a una varias citas que nos brindan abundante material en este último sentido. Las mismas se encuentran entremezcladas y entrelazadas con sentencias reprobatorias y de condenación para con el pueblo infiel, a la par que con preciosas promesas de aliento y consuelo para con el remanente fiel.

*“Abrid las puertas, y entrará la gente justa, guardadora de verdades.”*

*“Tú guardarás en completa paz a aquél cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado.” (26: 2-3)*

Al abrir los siervos de Dios las puertas de la gracia y del amor, de la luz y la esperanza eterna, quienes buscan el bien, la justicia y la verdad, encontrarán lo que buscaban y anhelaban, y habrán de atravesar los umbrales y no quedarse afuera, a la intemperie, en el frío y la oscuridad.

Ésos que buscan el bien y la verdad, *inicialmente* no siempre serán en sí justos ni guardadores de verdades. Serán la misma necesidad y el vacío de sus vidas, que les harán sentir que hay un algo mejor, justo y verdadero. Lo habrán de buscar, a veces hasta inconscientemente, pero lo habrán de reconocer y aceptar plenamente cuando se les presente y proclame.

Esas puertas, en la hora actual del régimen de la gracia, se abren de una sola forma: por medio de la proclamación límpida, clara y ungida de todo el vasto y bendito consejo de Dios.

Esta proclamación, claro está, puede ser de forma personal o pública, oral o por escrito, y de las más diversas maneras.

No faltarán quienes la desconsideren y rechacen, pero de seguro habrá aquellos corazones necesitados, ávidos de todo lo que ese consejo nos ofrece, que lo recibirán de muy buen grado.

Esta exhortación va seguida de la inestimable promesa de ser guardado *en perfecta paz*. La misma va dirigida a aquéllos cuyos pensamientos se centran y perseveran en el Señor, lo hacen porque confían en Él, y obtienen como premio esa bendita paz que sobrepasa todo entendimiento.

En medio del ajeteo diario y las muchas vicisitudes de la vida cotidiana, es fácil dejar que la mente se ocupe febrilmente de los problemas no resueltos, y de las dificultades que se enfrentan. Sobre todo de noche, al acostarse, si uno continúa de esa forma, muy probablemente quede con inquietudes y ansiedades que hasta le habrán de robar el sueño.

Es entonces que hay que ejercitar firmemente la voluntad, para deponer todas esas preocupaciones y enfocar la mente de forma resuelta en el Señor y en Sus caminos de vida y de paz.

No siempre es fácil hacerlo, ya que los problemas y las

luchas a veces nos asedian y agobian. No obstante, si se persevera en dejarlo todo a un lado y en aferrarse a lo celestial, se llegará a un punto de paz interior, que incluso ayudará a conciliar el sueño.

El autor en muchísimas ocasiones se ha valido para ese fin de las palabras de Juan 14: 20:-

*"En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros."*

Lo ha hecho, y lo hace aún, no como una mera repetición del texto, sino desmenuzando, por así decirlo, algo del riquísimo contenido de cada una de las tres partes del versículo, y "metiéndose" dentro del mismo.

Resulta notable la diferencia que encuentra entre esto y dejar que la mente corra y cabalgue con rienda suelta, ocupándose de lo terrenal. Es por eso que cuadra aquí también la exhortación de Colosenses 3: 1-2:-

*"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios."*

*"Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra."*

A veces parecería que todo el medio ambiente terrenal que nos rodea pugnase por ganar la batalla, invadiendo y conquistando nuestra mente. Es por ello que debemos habituarnos a cultivar con firmeza y perseverancia los sabios consejos de la palabra de Dios, y no servir con nuestra mente a lo terrenal, sino a lo celestial.

*"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta." (Romanos 12: 2)*

Esta renovación de nuestra mente y entendimiento, nos emancipa del dominio de la vida y la forma de ser de este siglo malo, transportándonos a la bendita esfera de la voluntad divina, que constituye el más alto bien para nuestra vida.

A renglón seguido de esta promesa en que hemos estado, tenemos otra exhortación.

*“Confíad en Jehová perpetuamente, porque en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos.” (26: 4)*

En el original hebreo el término preciso es “la Roca de los siglos.”

Al volcar estas líneas en nuestro manuscrito, nos encontramos en Calpe, Alicante, lugar bien conocido, entre otras razones, por el Peñón de Ifach, que constituye un atractivo especial para muchos que visitan la localidad.

Nos agrada contemplarlo, y pensamos a veces que es semejante al Peñón de Gibraltar, aunque más bien en miniatura. Al mismo tiempo, pensamos que este último es como una muy diminuta miniatura del gran Creador de todo el universo. Aun cuando oculto a los ojos naturales, todo cuanto ha creado, tanto en el globo terráqueo en que vivimos, como en las estrellas, constelaciones, galaxias y demás universos situados en las vastas profundidades del espacio, todo eso, decimos, nos habla con la mayor elocuencia, de Su eterna deidad y formidable omnipotencia.

¿En quién otro podemos confiar, con buen fundamento, que nos ayude a capear los temporales, a vencer en la lid y nos lleve a la dicha eterna del más allá?

Por cierto que en ningún otro. De modo que con ánimo resuelto y firme voluntad, nos hacemos eco de esta exhortación, y confiamos en Él, en todo y para todo.

Como en tantas otras páginas de las Escrituras, en este capítulo 26 de Isaías se salta de un tema a otro de una forma que desatiende los principios normales de ilación y continuidad. Sólo podemos decir, con gustosa sumisión, “Sí, Padre, porque así te agradó darnos la Biblia.”

En los versículos siete al once pasamos de pronto a un contraste entre el justo y temeroso de Dios y el malvado.

*“El camino del justo es rectitud; tú, que eres recto, pesas el camino del justo.”*

Es el camino de optar por el bien y la honradez, en el cual uno se priva deliberadamente de los beneficios (falsos por

cierto) que podría derivar de lo que la mayoría hace, ya sea con fines de lucro indebido o mal habido, el placer o la lujuria.

¡Qué dulce y grato aliciente resulta el saber que el Juez Supremo lo pesa y valora debidamente con Su sello aprobatorio!

Los dos versículos siguientes – el ocho y el nueve – profundizan sobre la intimidad del justo y sus más caros anhelos.

*“También en el camino de tus juicios, oh Jehová, te hemos esperado; tu nombre y tu memoria son el deseo de nuestra alma.”*

*“Con mi alma te he deseado en la noche, y en tanto me dure el espíritu dentro de mí, madrugaré a buscarte; porque luego que hay juicios tuyos en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia.”*

¡Qué profundidad y cuánta riqueza hay en estos dos versículos!

Se trata de una vida que sólo espera en Dios y en el camino de Sus justos juicios. Su nombre y la feliz memoria de Su maravillosa persona, y de Sus hechos benditos colman la aspiración más honda de su alma y se los anhela más que toda otra cosa.

Pero aun va más allá; por encima de Sus justos juicios y la memoria de Sus hechos y Su grandeza, está ÉL MISMO, a Quien se desea en las viglias de la noche, cuando la mayoría duerme pesadamente. Allí el alma, altamente agraciada, lo sigue deseando con clamores y caros anhelos, y mientras le dure el aliento no conocerá otro rumbo en la vida que el de madrugar a buscarlo a Él, la Fuente Eterna de toda luz y de todo bien.

¡Qué dicha tan grande, poder ser de esta estirpe tan singular y bienaventurada!

Que estas reflexiones nos sirvan para agudizar de verdad nuestra percepción de lo espiritual y celestial, que es tan precioso y sublime, y está tan por encima de lo banal y terrenal de este mundo.

No sólo los moradores de este mundo, (versículo 9b) sino también los siervos del Señor, hemos aprendido justicia a través de los justos juicios de Dios.

Éstos cobran una gran diversidad y se adaptan a la gran variedad de vicisitudes y encrucijadas de la vida, y más que punitivos, son correctivos. Ése es su fin primordial, es decir, corregir nuestras injusticias y deficiencias, e instruirnos entera y cumplidamente en el camino recto y limpio de la justicia.

El autor tiene muchos recuerdos de su aprendizaje en este terreno. Uno de ellos data de unas cuatro décadas, cuando lideraba una comunidad de fe y de vida.

Tras un período inicial de mucha bendición, un buen número de hermanos y hermanas se acercaron con el fin de unirse a la congregación, que no era muy grande.

Algunos de ellos, descontentos en sus iglesias, expresaron su gran satisfacción al sentir la presencia viva del Señor, añadiendo, más bien solapadamente, que donde ellos solían congregarse las cosas no eran así; o bien que no había amor, o que no “estaban en el Espíritu” o cosas semejantes.

Habiendo todavía cierta inmadurez de nuestra parte, los recibimos de buen grado, y sin tomar la precaución de consultar con el liderazgo de la iglesia de la cual procedían.

Pasó lo que casi siempre pasa. Después de un período no muy largo de “luna de miel”, empezaron a crear problemas, manifestar descontento, críticas y protestas, al punto que uno llegó a desear que nunca hubiesen venido.

La lección quedó bien aprendida, y de ahí en más cualquier solicitud de traslado se trató con los dos siguientes requisitos:-

- 1) Consultar primero al pastor o liderazgo de la iglesia anterior, lo cual, después de todo, resulta una cuestión de ética y respeto ministerial. Sin su aprobación no se los debía recibir.

- 2) Comprobar que sus relaciones con los hermanos de su lugar de procedencia quedaban sanas y limpias, es

decir, exentas de contenciones, disputas y heridas no sanadas.

Esta lección le sirvió de mucho, y a través de los años posteriores ha podido aconsejar en su ministerio translocal a pastores jóvenes o bisoños, para así evitarles caer en el mismo error.

Este error en realidad es caer en la trampa de escuchar los halagos y lisonjas con que vienen, sin advertir que traen la mala semilla de una trayectoria dudosa o turbia.

Pasamos ahora al versículo diez del pasaje que estamos comentando, que está en abierto contraste con los tres anteriores, ya que en el mismo se pasa a referirse al malvado.

Después de los picos elevados que vimos anteriormente, no resulta del todo agradable descender a considerar las bajezas del malvado. Desde luego que no entraremos en detalles innecesarios sobre su proceder, ya que ello no sería edificante y hasta podría resultar contraproducente.

Aclaremos que por malvado se entiende la persona que, teniendo a su alcance hacer el bien y lo que es recto y honrado, escoge deliberadamente hacer lo contrario.

Esto lo debemos diferenciar de quien peca, pero contra su voluntad, quizá dominado por un vicio o una fuerza interior que no puede superar. Este último necesita ser liberado, pero no se lo debe catalogar como malvado.

En cuanto a lo desagradable de este contraste, debemos tener en cuenta, con todo, que el Señor se vale del contraste muchísimas veces en las Escrituras, como un medio muy eficaz para que verdades y principios importantes queden bien recalcados, y así se comprendan y asimilen debidamente.

*“Se mostrará piedad al malvado, y no aprenderá justicia; en tierra de rectitud hará iniquidad, y no mirará a la majestad de Jehová.” (26:10)*

Tenemos un caso que ilustra muy bien esta afirmación en

un hombre de la familia de la casa de Saúl, llamado Simei. Cuando David huía a raíz de la revuelta de Absalón, le arrojó piedras, maldiciéndolo fuertemente. (2ª. Samuel 16: 5-8)

No obstante, al regresar David tras la muerte de Absalón, Simei se postró ante él, disculpándose y reconociendo que había obrado mal, y David lo perdonó. (2ª. Samuel 19: 18-23)

Posteriormente, acercándose la fecha de su fallecimiento, David encargó a su hijo Salomón que le sucedió en el trono, que tuviese en cuenta lo sucedido y obrase según su sabio criterio. (1ª. Reyes 2: 8-9)

Oportunamente, Salomón ordenó a Simei, que era un hombre que contaba con servidumbre y buenos medios de vida, que se edificase una casa en Jerusalén y no saliese de allí a ninguna parte, so pena de que si lo hiciera sufriría la pena de muerte.

Simei afirmó que esa sentencia del rey era buena y que él la acataría, habitando así en Jerusalén por muchos días. Sin embargo, pasados tres años, dos siervos de Simei se escaparon y huyeron a Gat, en tierra de los filisteos.

Al tomar conocimiento de ello, Simei, sin reparar para nada en el acuerdo con el rey, ensilló su asno y fue adonde estaban sus siervos y los trajo de vuelta a Jerusalén.

Ni qué decir que, enterado de esto, el rey Salomón hizo cumplir lo estipulado en el acuerdo, haciendo que Simei muriese por mano de Benaía, jefe del ejército.

La moraleja que se desprende de esto es: El malo no puede permanecer en la ciudad santa. O bien, como reza la cita que hemos puesto: *“Se mostrará piedad al malvado, y no aprenderá justicia; en tierra de rectitud hará injusticia y no mirará a la majestad de Jehová.”*

### ***El siervo auténtico - radical en cuanto al mal.-***

Volviendo ahora a los versículos 8 y 9, de los cuales expusimos sobre los picos elevados del siervo auténtico, pasamos ahora a relacionarlo con un par de pasajes de los dos capítulos que estamos tratando - el 26 y el 27.

Los mismos nos presentan una actitud muy radical en cuanto a las fuerzas que conspiran contra nuestra alma, y la forma en que se las debe enfrentar.

*“Jehová Dios nuestro, otros señores fuera de ti se han enseñoreado de nosotros; pero en ti solamente nos acordaremos de tu nombre.” (26:13)*

Identificándose con el pueblo rebelde e idólatra, reconoce que otros señores ajenos se habían enseñoreado de ellos, y tras expresar su esperanza en su Dios y Salvador, pasa a afirmar en el versículo siguiente:

*“Muertos son, no vivirán; han fallecido, no resucitarán; porque los castigaste, y destruiste y deshiciste todo su recuerdo.” (26: 14)*

Ésa es la forma drástica y terminante en que deben tratarse esos señores ajenos – esas fuerzas carnales, egoístas y/o mundanas, que batallan contra el alma.

En el capítulo siguiente tenemos otra cita que va en una línea semejante.

*“De esta manera, pues, será perdonada la iniquidad de Jacob, y éste será todo el fruto, la remoción de su pecado; cuando haga todas las piedras del altar como piedras de cal desmenuzadas, y no se levanten los símbolos de Asera ni las imágenes del sol.” (27: 9)*

Muchas veces, por el castigo recibido, se arrepentían y dejaban de lado la idolatría. No obstante, los altares quedaban en pie, y con el correr del tiempo volvían a reincidir.

El Señor buscaba absoluta sinceridad de parte de ellos, y la única forma de mostrarla práctica y realmente era que esos altares se pulverizasen y no quedase nada de ellos.

No debemos ser blandos y flojos con los enemigos de nuestra vida espiritual.

Si lo somos, casi seguramente que nos ocurrirá lo mismo que a la mayoría de las tribus de Israel con los antiguos habitantes de la tierra de Canaán. No los arrojaron y quitaron de en medio, como el Señor les había mandado en

reiteradas ocasiones, sino que permitieron que siguieran habitando en la tierra, a veces hasta en medio de ellos.

Cuando cobraban fuerzas, los hacían tributarios y siervos; pero no siempre sucedía así, y al debilitarse o aun descuidarse, esos enemigos los acosaban y a veces los hacían retirarse hasta los montes y no los dejaban descender a los llanos. (Ver Jueces 1: 27-35)

Por si a alguno le cupiesen dudas sobre el tema, lo remitimos a dos citas del Nuevo Testamento, que hablan con el mismo idioma radical.

***“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros...”*** (Colosenses 3:5)

Notemos que no dice “tened a raya”, “sujetad”, “domad” o “tratad de dominar”, sino de la manera más tajante “haced morir.”

*“...porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.”* (Romanos 8:13)

En el blanquinegro típico de la verdad bíblica, se nos dice aquí que una de dos: o matamos al pecado y las obras de la carne, o ellas terminarán por estrangular y matarnos a nosotros, espiritualmente hablando.

¿Cómo hacer morir las obras de la carne?

No por nuestros gritos, reprensiones ni demás esfuerzos, sino por el Espíritu. Es sólo el poder del Espíritu Santo que puede hacerlo, pero para que lo haga, necesita imprescindiblemente que nos situemos en perfecta alineación con Él.

Esto significa que, plenamente conscientes de que son nuestros enemigos declarados, los aborrezcamos y con total sinceridad y fe anhelemos que desaparezcan de nuestras vidas irrevocablemente y para siempre.

Muchísimos hijos de Dios pueden atestiguar fehacientemente que, al alcanzar esa disposición de ánimo y de corazón, el Espíritu Santo ha sido pronto en venir a poner fin al dominio que anteriormente ejercían sus vicios y

enemigos, de manera que quedaron totalmente liberados de ellos.

De esta forma, han podido comprobar la fiabilidad de la promesa de Jesús - *"si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres"* (Juan 8: 36) Al mismo tiempo, han podido coincidir con el apóstol Pablo en el testimonio que nos da en Romanos 8: 2 -

*"Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte."*

¿Puedes tú, caro lector, dar el mismo testimonio?



# 7

## *Agricultura espiritual.*

*"...vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios."  
(1ª. Corintios 3:9)*

**E**n este versículo, Pablo, refiriéndose a la iglesia de los corintios en particular, pero por extensión a toda verdadera iglesia del Señor, usa el doble simbolismo de labranza de Dios y edificio de Dios.

Del primero habla escuetamente en el contexto, diciendo *"Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios."* (3: 6)

Del segundo lo hace con mayor amplitud, al hablar del fundamento y la sobreedificación. (3: 10-15)

En este capítulo nos ocupamos del primero de los dos simbolismos, el de la labranza. De ahí el título de Agricultura Espiritual que le hemos dado.

Aunque también tomaremos otras Escrituras, la mayor parte se desprenderá del rico contenido alegórico que nos brindan los últimos siete versículos de Isaías 28.

Los hijos de Dios contamos con muchas pruebas fehacientes de que la Biblia es la palabra inspirada de Dios. A nuestro juicio, este pasaje también apunta en ese sentido. En efecto: aquí tenemos un capítulo en que el Señor reprende a Su pueblo rebelde y le reprocha su gran infidelidad, intercalando en el versículo 16 una preciosa promesa de poner en Sión la piedra fundamental, probada,

angular y estable, para pasar otra vez a advertir a los impíos del grave juicio que les aguarda.

A renglón seguido, a partir del versículo 23, sin dar explicaciones a ninguno ni presentar excusas a nadie, salta de improviso a un terreno totalmente distinto, y que no guarda ninguna relación con lo que antecede.

Nos preguntamos: ¿Qué escritor humano procedería de esta forma?

El autor mismo, nunca haría semejante cosa, que supondría el riesgo de que más de un lector perplejo se preguntase: ¿Quién está hablando de generales? (j)

Sin embargo, la Biblia, en no pocas partes, nos presenta esta anomalía de saltar repentinamente de un tema a otro que no parece guardar ninguna relación con lo que precede – algo que está a todas luces reñido con las normas corrientes de la exposición, ya sea por escrito u oral.

Pero al Señor le ha placido hacerlo así, y como Pablo afirma en 2ª.Timoteo 3:16 *“Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia.”*

Esta Escritura de la parte final de Isaías 28 por cierto que tiene una rica utilidad en los cuatro sentidos que señala Pablo. La misma se deriva del simbolismo que nos brinda, recordando que en muchísimas partes de la Biblia nos encontramos con ejemplos y figuras de cosas externas, pero que nos hablan de las que son internas y eternas – las que hacen a nuestra vida espiritual

Comencemos, pues, a considerar el pasaje en cuestión.

### ***La preparación de la tierra.-***

*“Estad atentos y oíd mi voz; atended, y oíd mi dicho. El que ara para sembrar, ¿arará todo el día?” (28: 23-24)*

Hilvanamos con Jeremías 4: 3 –

*“Porque así dice Jehová a todo varón de Judá y de Jerusalén: Arad campo para vosotros, y no sembréis entre espinos.”*

Si viésemos a un agricultor con una alforja de semilla de primerísima calidad, echándola a mano llena en un campo duro y seco, cubierto de espinos, cardos y ortigas, por cierto que pensaríamos que el hombre no está en su juicio cabal.

Evidentemente, es absolutamente imprescindible que antes de sembrar se are y se labre la tierra.

El arado de un campo es en un sentido un terremoto en miniatura, que cumple primordialmente tres funciones.

La primera es la de romper y abrir la tierra dura y seca, penetrando profundamente en ella con la cuchilla del arado.

La segunda es la de desarraigar todos los espinos, cardos, ortigas y abrojos, y la tercera la de hacer que aflore a la superficie la tierra tierna y húmeda que yace por debajo, y que generalmente es rica en sustancias minerales que han de nutrir toda planta que se cultive en ella.

Desde luego que, simbólicamente, esto responde a lo que solemos llamar el quebrantamiento del Espíritu, que efectivamente elimina la sequedad y dureza, desarraiga la maleza que uno ha permitido crecer en el alma, y llega a la profundidad del ser, donde hay algo tierno que se abre a lo espiritual y celestial.

Después de arar todavía quedan arduas labores. Las principales son: quitar las ortigas, espinos y abrojos desarraigados, que de otra manera volverían a brotar por doquier; romper los terrones que ha ido dejando el arado, para que no se endurezcan con el calor del sol y el viento y resulte imposible trabajar con ellos; nivelar la superficie, eliminando esos altibajos que inevitablemente se han ido formando.

A todo esto, todavía hay que agregar el abonar y fertilizar la tierra, y disponer que esté en condiciones realmente favorables para la siembra. Como vemos, una tarea sumamente laboriosa y ardua.

De ahí la pregunta: El que ara para sembrar, ¿arará todo

el día? – que interpretamos como si dijese ¿Se pasará toda la vida arando? ¿Se agotarán todas sus fuerzas quebrando terrón tras terrón?

Y todo esto, sin ver todavía ningún fruto como premio a tanto esfuerzo.

Pablo bien dice en 1<sup>a</sup>. Corintios 9: 10 *“porque con esperanza debe arar el que ara.”* Además, la palabra de Dios nos da otra promesa que sirve de mucho estímulo en Amós 9:13 –

*“He aquí, vienen días, dice Jehová, en que el **que ara alcanzará al segador.**”*

Quien esto escribe recuerda la época, hace ya unos buenos decenios, en que se encontraba en esa ardua tarea de ser quebrantado por el Señor, aunque, desde luego, reconocía que lo estaba haciendo con amor y para su bien. Además, nunca le faltaban los consuelos del Señor, que le daban renovadas fuerzas para perseverar.

No obstante, fue un trayecto largo que a veces le parecía que no tendría fin. Al mismo tiempo, oía a hermanos más jóvenes hablar de “viajar el mundo entero para Cristo”, o bien referirse en términos altisonantes a sus giras ministeriales.

Lamentablemente, a algunos de ellos que no habían pasado por ese proceso de ser humillados bajo la poderosa mano del Señor, más tarde no les fue bien y tuvieron serias dificultades.

Cuando se alcanza el éxito muy pronto o por una vía fácil, siempre hay el riesgo de caer en un triunfalismo y un engreimiento, que a la postre acarrearán resultados muy desfavorables.

Animamos al lector que se encuentre en esta ardua etapa de arar y labrar la tierra, a que persevere con tesón y fidelidad; de hacerlo, verá que a su debido tiempo se ha de cristalizar la hermosa promesa de Amós 13:9 que hemos consignado más arriba.

### ***La siembra.-***

Una vez que la tierra ha sido debidamente labrada se procede a sembrar.

Se nos da el ejemplo de cinco variedades: el eneldo y el comino, por una parte, que son para dar sabor, y el trigo, la cebada y avena por la otra, y a las cuales se califica genéricamente de grano, y que son para nutrir y alimentar.

Se describe cómo para los dos primeros se derrama la semilla, mientras que al trigo se lo dispone en hileras, y a la cebada y la avena se las ubica en el lugar más indicado para una buena germinación y crecimiento.

Al mismo tiempo, el profeta Isaías se cuida bien de señalar que, detrás de todo esto está el Creador sapientísimo, que le hace saber al hombre de campo cómo mejor aprovechar las bondades y las propiedades de lo que Él ha creado.

De las cinco variedades citadas tomamos ahora las dos primeras:- el comino y el eneldo, siendo este último una especie de eneldo, de color negro, según otra traducción. De ellos se nos dice que *“con un palo se sacude el eneldo, y el comino con una vara.”* (28: 27b)

Como ya dijimos, ambos sirven para sazonar y dar sabor. Usando un poco la imaginación, y sin pretender que esté implícito en el texto, vemos en esto a creyentes superficiales o inmaduros, que gustan de lo sabroso, de lo que entusiasma y emociona, de lo llamativo - lo que llama fuertemente la atención.

Por su grado de inmadurez, a menudo incurren en errores, haciendo cosas fuera de lugar, hablando precipitadamente o con imprudencia, y cosas de esa naturaleza.

Para ellos, el trato divino en sus vidas ha de ser la disciplina del palo o de la vara. Por cierto que no lo emplea el Señor con agrado, sino por necesidad, como el medio más eficaz para corregirlos y hacer que entren en razón y comiencen a madurar.

Se encuentran en un grado, si no incipiente, de escaso desarrollo espiritual, y del trato con el palo y la vara – que equivale al castigo correctivo para escarmiento – hemos de decir que reflejan al mismo tiempo algo malo y algo bueno.

Malo por ese estado de subdesarrollo que ya hemos puntualizado; bueno, porque es muestra y prenda de que son hijos de verdad y no bastardos.

El Señor los disciplina por ser Sus hijos, mientras que a otros que no lo son, en muchos casos les pasa por alto sus pecados y maldades, aun cuando – que no nos quepa la menor duda – en el siglo venidero tendrán que rendir cuentas, a menos que medie un arrepentimiento previo, real y sincero. (Ver Hebreos 12: 5-11 y 1ª. Corintios 11: 30-32)

Ahora pasamos a las otras tres variedades, englobadas en el común denominador de grano.

El trato de Dios con ellas es el de la trilla, que es muy distinta del palo y la vara. Con todo, resulta a veces hasta doloroso y, en general, requiere que se lo enfrente y atravesese con fe y entereza.

¿Por qué es a menudo doloroso?

Porque se trata de separar y quitar la paja, la cual es perjudicial y con frecuencia estorba el obrar del Espíritu en nuestra vida.

En el orden natural, la paja surge primero, y a su tiempo, el grano empieza a aparecer en medio de la paja, y se encuentra rodeado por ella.

Esa labor de separarla y quitar de en medio esta última, necesariamente se hace ardua y, como decimos, a veces resulta dolorosa.

Pero felizmente, en el versículo 28 del pasaje en que estamos, hay una triple promesa realmente alentadora.

1) *“...ni lo comprime con la rueda de su carreta.”*

El Labrador Celestial (ver Juan 15:1b) conduce Su carreta con toda pericia, evitando cuidadosamente que

sus gigantescas ruedas aplasten y desmenucen el preciado grano.

A veces las presiones y tensiones de la trilla son tan fuertes, que uno puede llegar a temer que algo se quiebre y se rompa, o sencillamente, y con cierta exageración, que “no quede nada de uno.”

En relación con esto, otra vez le debemos al libro de Amós una reconfortante promesa. Aun cuando el símil que emplea es distinto – el del zarandeo – termina con la preciosa afirmación de que **no caerá en la tierra ni un solo granito.** (Amós 13:9b)

2) “...ni lo quebranta con los dientes de su trillo.”

Los dientes del trillo están dispuestos de tal manera, que se prestan eficazmente para separar la paja, pero sin quebrantar ni dañar el grano.

Como decimos, esto es algo que nos debe servir de mucho estímulo y también de consuelo.

3) “...no lo trillará para siempre.”

Esto da pie a que se abrigue la esperanza de que ha de llegar un día en que ya no seguirá siendo necesaria la trilla. Tal vez quede un residuo ínfimo de paja, la cual se podrá aventar, y para lo cual nos agrada aplicar el simbolismo del soplo del Espíritu, suave y placentero, sobre todo en comparación con la trilla.

En este aspecto, el autor ha tenido recientemente – en Enero de 2011 – una experiencia personal sencilla pero instructiva. Llevando, como de hecho lleva, varias décadas atravesando por la trilla con cierta regularidad, en más de una ocasión ha anhelado que ahora – ya – ésta sea la última.

Así las cosas, se encontró con la pregunta que en Jeremías 45: 5 el Señor le hace a Baruc, el escribiente del profeta:

*“¿Y tú buscas para ti grandezas?”*

Esta pregunta la había desmenuzado y comentado ampliamente en oportunidades anteriores, tanto por escrito como oralmente. Pero ahora se le presentaba de manera diferente, como algo aplicable a sí mismo, aun cuando no en términos de grandezas tales como grandes milagros, el ser un gran gigante de la fe, ni nada por el estilo.

¡Ya los años lo han templado, y esos “delirios de grandeza”, propios a veces de la juventud y la inmadurez, han quedado atrás y disipados hace un buen tiempo!

La grandeza a que aspiraba era la de llegar a estar exento de las pruebas, contrariedades o problemas apremiantes que caracterizan a la trilla, argumentando que a su edad le correspondía una etapa menos ardua, libre de dolores y quebrantos - “no más para mí; llevo años en la trilla.”

La respuesta que el Señor le hizo interpretar a través del contexto fue que tantos otros están pasando por cosas mucho peores, como los afectados por tsunamis, fuertes terremotos e inundaciones; además de ello, muchos creyentes están siendo perseguidos, encarcelados y aun torturados en muchos lugares, ¡y él pretendía estar lo más orondo, libre de toda ansiedad y turbación!

Con resignación ha sabido aceptar y acatar el dictamen del sapientísimo Labrador Celestial, en la confianza de que en cada nueva trilla que se presente, habrá de recibir toda la gracia necesaria para sobrellevarla con bien, como hasta ahora.

Al mismo tiempo, secretamente, no pierde la esperanza de que algún día - tal vez no demasiado lejano - pueda ver fielmente concretada la promesa “*No lo trillará para siempre.*”

Este pasaje que hemos comentado, que es tan fecundo en verdades relevantes y de índole muy práctica, culmina con una afirmación que constituye un digno broche de oro.

*“También esto salió de Jehová de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría.”*

Por cierto que el consejo y la sabiduría que vienen de lo alto son de preciosa inspiración, y satisfacen profundamente los más caros anhelos del alma que de veras ama a Dios.

Resumiendo sobre todo lo que precede, quienes están todavía en la etapa del palo y la vara, que se empeñen en progresar hasta alcanzar la de la trilla; y quienes están en ésta, que perseveren fielmente, como lo está procurando hacer quien esto escribe.

#### ***El grano de trigo por excelencia.-***

*“De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.”*  
(Juan 12: 24)

Como casi todas las demás verdades importantes de la Biblia, ésta del grano de trigo nos lleva a Cristo, a Quien, con toda propiedad, se lo puede llamar el grano de trigo por excelencia.

No obstante, lo fue con una sola y gran diferencia: de Él no hubo necesidad de quitar ninguna paja - era grano puro y a carta cabal.

Con todo, a pesar de no haber en Él ninguna necesidad de ser trillado, tuvo que atravesar, en cambio, por el horno horroroso que se extendió por largas horas desde el Getsemaní hasta Su muerte en el Calvario - horno éste, de cuya inconmensurable magnitud nunca podremos tener plena comprensión y conocimiento, mientras nos encontremos en nuestra condición actual de seres finitos, avanzando hacia el más allá eterno.

De no haberlo Él atravesado, habría quedado como un ejemplo maravilloso e impecable - como el varón más

santo, valiente y noble que ha habitado en este mundo, pero, como Él mismo lo dijo, *solo*.

Y desde luego que para nosotros, los demás mortales, no habría cielo ni nada de la vastísima herencia que nos ha legado con Su sacrificio de caer *en la tierra y morir*.

Esto nos motiva a estarle tierna y profundamente agradecidos, y a brindarle lo mejor de nuestro amor y devoción. Y si algún lector todavía no lo ha hecho, sea éste el momento en que lo recibe de corazón como el Salvador y Señor de su vida,

En conclusión, el pasaje de Isaías 28 que hemos considerado culmina con el precioso versículo final que hemos señalado. No obstante, en el rico tema de la labranza y la agricultura espiritual, la cima más alta se encuentra en esta profunda y gloriosa afirmación de Jesucristo – afirmación que se encarnó en Su persona de la manera más total y absoluta.

Pero notemos que a continuación de esa afirmación, Jesús agregó:

*“El que ama su vida la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará.”*

*“Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, el Padre le honrará.”* (Juan 12: 25-26)

Esto da a entender muy claramente que un verdadero siervo del Señor, de alguna forma u otra, habrá de experimentar el morir como el grano de trigo, a fin de poder llevar mucho fruto.

En vez de atemorizarnos, esto es algo que debe conceptuarse como la gran honra de seguir de verdad en las pisadas del Maestro, sabedores, por otra parte, de que Su gracia nos sostendrá y sustentará en todo momento y ocasión.

# 8

## *Albañilería espiritual.*

*"...vosotros sois...edificio de Dios." (1ª. Corintios 3: 9)*

**E**ntramos ahora en el desarrollo de este segundo simbolismo o figura que nos da Pablo, no sin antes señalar que en numerosos pasajes de las Sagradas Escrituras le ha placido a Dios hablarnos de esa forma, es decir, a través de símbolos o alegorías.

Además, y como bien sabemos, el mismo Señor Jesús a menudo se valió de las parábolas. El fin perseguido es que las verdades espirituales y celestiales queden así claramente ilustradas, para una mejor comprensión a través de las cosas materiales y terrenales – de lo que se puede ver y tocar.

En Mateo 16: 18 Jesús dijo:- *"Yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca **edificaré mi iglesia.**"*

Queda bien subrayado y entendido que Él sólo edifica Su iglesia, no la de ningún otro.

En uno de los muchos simbolismos que Él empleó, en Lucas 6:48, hablando del hombre que viene a Él, oye Sus palabras y las pone por obra, Jesús afirmó: *"Semejante es al hombre que al edificar una casa **cavó y ahondó** y puso el fundamento sobre la roca."*

Vivimos en tiempos peligrosos, en que muchos que andaban por el camino y parecían prometer mucho, se han

extraviado, o bien han quedado maltrechos y fuera de combate.

Corresponde, por lo tanto, que no seamos superficiales en nuestra vida cristiana, sino que *cavemos y ahondemos*.

Por cierto que no se trata solamente de hacer una profesión de fe, experimentar un cierto cambio o mejoría, pasar por las aguas del bautismo, e integrarse en una iglesia como asistente y oyente.

Eso, casi inevitablemente, dejaría debajo de la superficie formas y costumbres de la pasada manera de vivir, carnales, egoístas y mundanas, que a la larga aflorarían trayendo graves perjuicios.

Por ende, corresponde que tomando el pico de la oración y la búsqueda sincera de Dios, uno se ponga a cavar y desenterrar la tierra suelta, la arena movediza, y aun restos de basura, que se encuentran sepultados a no mucha profundidad.

A eso cabe agregar el quitar todo eso de en medio a palada limpia, hasta que sólo quede la roca firme, sobre la cual se podrá edificar con solidez.

Las exhortaciones de las epístolas, sobre todo las paulinas, aun cuando sin usar el mismo simbolismo en que estamos, abundan en el mismo sentido de quitar lo viejo y carnal.

Veamos algunas de ellas:-

*"En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre."* (Efesios 4: 22-24)

*"Quítese de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia."* (Efesios 4: 31)

*"...como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir."* (1ª. Pedro 1: 14-15)

En el pasaje de 1<sup>a</sup>. Corintios 3 a que hemos aludido en un principio, Pablo habla de sobreedificar sobre el fundamento que como perito arquitecto él había puesto, el cual es Jesucristo.

Lo hace advirtiendo que cada uno que sobreedifica mire bien cómo lo hace, ya que la obra de cada uno será probada por fuego. (Ver 3: 10-15)

Si bien esto lo relaciona con la sobreedificación de una iglesia – en ese caso la de Corinto a la cual estaba dirigida la epístola – la exhortación se hace extensiva al aspecto personal, en el cual uno sobreedifica en su propia vida sobre la misma base o fundamento, que es Jesucristo.

Redondeando sobre el tema, debemos reiterar que es necesario ese cavar y ahondar que hemos puntualizado, pues de otra forma la sobreedificación estará sobre una base precaria e inconsistente, con serio riesgo de derrumbarse eventualmente.

Al mismo tiempo, la sobreedificación debe ser con material bueno y sólido. En el versículo 12 se mencionan dos clases de materiales: los buenos, a saber oro, plata y piedras preciosas, y los malos – madera, heno y hojarasca. Lo que más los diferencia es que aquéllos resisten el fuego, pero éstos no.

En el pasaje en cuestión, el fuego con que serán probados se relaciona con el juicio en el más allá, pero antes de eso no cabe duda de que, en el presente, la obra de cada uno también es probada de una manera u otra, bien quedando sólidamente en pie, o bien desmoronándose.

Hoy día hay en boga muchas formas de sobreedificar que resultan interesantes, novedosas y atractivas. Con frecuencia nos encontramos con personas ya sea inmaduras, o bien propensas a absorber cuanto cosa nueva oigan o vean. Sin examinarlas debidamente, las abrazan abiertamente, y poco a poco se van deslizado hacia un terreno totalmente reñido con la verdad de las Escrituras.

Es por ello que recomendamos enfáticamente, que cada uno se cuide bien de ceñirse a las directrices bíblicas que nos han sido claramente trazadas, en particular por nuestro Señor Jesús, pero también por Sus apóstoles Pablo, Pedro, Juan, Santiago y Judas, en sus respectivas epístolas.

### *Nehemías.-*

Siempre sobre el tópico de la edificación, el libro de Nehemías nos brinda un abundante caudal de enseñanza práctica.

El tema central del libro es la reedificación del muro que rodeaba a Jerusalén, que estaba derrumbado y sus puertas quemadas a fuego.

Su razón de ser era la de constituir una clara demarcatoria, y una pared de contención de todo lo profano e inmundo, para evitar que contaminase la ciudad santa.

Los enemigos lo habían echado en tierra y quemado las puertas, con el triste resultado de que la ciudad estaba siendo invadida y contaminada por esos enemigos, con todas sus costumbres y abominaciones paganas.

La tarea de reconstrucción fue ardua y azarosa, ya que Nehemías tuvo que enfrentar serias dificultades de todo orden, especialmente por las asechanzas de los enemigos, que veían con muy malos ojos lo que se estaba haciendo.

Por cierto que demostró ser un valiente de verdad, luchando con temple y la más firme resolución, en medio de las intensas presiones y amenazas que venían de todas partes.

Como a cierta altura los enemigos planeaban atacar y penetrar en la ciudad, dispuso que se situasen centinelas que custodiasen día y noche, en particular en los lugares más bajos y vulnerables.

Nuestra tarea de sobreedificación no deja de ser una lucha, que a veces resulta sin cuartel. El enemigo declarado de nuestras almas, con sus ojos de lince, busca las debilidades y los puntos flojos de cada uno, con el ánimo de

vulnerarlos y dañarnos y destruirnos.

Es por eso que cada uno debe tomar plena conciencia de aquellos puntos en que pueda ser débil, y reforzarlos con una vigilancia preventiva permanente. Así se evitará muchos quebrantos, fracasos y derrotas, que de otra forma le sobrevendrían.

### ***El lodo suelto.-***

En otro orden de cosas, en el libro de Ezequiel en más de una oportunidad el profeta habla de los que recubrían la pared con lodo suelto. (Ver Ezequiel 13: 10-15 y 22:28)

Lo hace relacionándolo con los falsos que profetizaban paz, como si todo estuviera bien, aun cuando el Señor estaba muy disgustado con Su pueblo, que seguía persistiendo en su camino de desobediencia e idolatría.

A veces, se persiguen cosas aparentes y sin verdadera sustancia ni solidez, aunque aparenten éxito y bendición, cuando la conducta y el testimonio dejan mucho que desear, o están franca y abiertamente contaminados.

Debemos cuidarnos mucho de que no se nos engañe con ese lodo suelto. El Señor decía por intermedio de Ezequiel que enviaría lluvia torrencial, piedras de granizo y viento tempestuoso, y no quedaría nada de la pared ni de los que la recubrieron.

¡Líbrenos Dios de que nos acontezca semejante cosa!

### ***La plomada.-***

*“Jehová entonces me dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije: Una plomada de albañil. Y el Señor dijo: He aquí, yo pongo una plomada de albañil en medio de mi pueblo...” (Amós 7: 8)*

La plomada es un invento muy antiguo. Creíamos que, con los adelantos de la tecnología, ya no se usaría más, quedando desplazada por algún instrumento más moderno.

No obstante, un maestro aparejador nos ha asegurado que todavía se la sigue usando hasta el presente.

Como sabemos, consiste en una cuerda de la cual pende

un cono de metal, que por su propia gravitación traza una línea vertical recta, con la cual se debe coincidir en la construcción de la pared o el muro.

Cualquier desviación, ya sea en la parte interior o exterior de la pared, queda denunciada de inmediato, y el albañil debe proceder en seguida a corregir la alineación de los ladrillos que ha ido colocando.

Espiritualmente, la plomada nos habla de una vertical correctamente trazada, en el sentido de una relación prioritaria y correcta con el Padre celestial. En la misma, la voluntad de Dios ha de ser lo primordial en la vida, con una conducta limpia y transparente, una rectitud irreprochable, y un servicio esmerado y tesonero, basado en el amor a Su persona santa.

En 1ª. Pedro 4: 17 se nos dice que “... es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios....”

Este juicio no debe entenderse necesariamente como la comparecencia ante el tribunal de Cristo en el más allá, si bien esta interpretación no debe quedar descartada.

Puede también aplicarse fundadamente a un juicio dentro del ámbito de la misma iglesia, o en la vida individual, por medio del cual se desecha y quita de en medio lo que sea incoherente, incorrecto o indigno, para reemplazarlo con las virtudes y cualidades contrarias.

La plomada de la palabra de Dios, con sus múltiples advertencias, amonestaciones y exhortaciones, es el medio más indicado y eficaz. Aplicada con oración y una tierna dependencia del Espíritu, puede asegurarnos que la vertical de nuestra vida quede correctamente trazada y establecida.

#### *A cordel y a nivel.-*

Volvemos al capítulo 28 de Isaías, en cuyo versículo 16 encontramos una maravillosa promesa:

*“He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere no se apresure.”*

Tanto Pablo en Romanos 9: 33 como Pedro en 1<sup>a</sup>. Pedro 2:6 , citan esta escritura, relacionándola directamente con el Señor Jesús, la roca y la piedra angular sobre la cual se edifica la verdadera iglesia.

Piedra probada y aprobada, pues se demostró estar a prueba de todo el poder de las tinieblas; angular en el sentido de un ángulo bien recto, con la vertical fiel y firmemente trazada, en una unidad perfecta con el Padre y Su voluntad para cada día, y la horizontal de amar al prójimo y a los Suyos hasta el fin con un amor perfecto; preciosa como ninguna otra, y totalmente estable y fiable.

Todo esto hace que todo aquél que en Él cree, no ha de andar a los sobresaltos ni a las corridas precipitadas de aquí para allá; por el contrario, con serena calma, sin prisa, pero también sin pausa, habrá de andar con Él a todo lo largo del derrotero.

Tras poner punto final al versículo, Isaías cambia súbitamente el tono. De promesa tan significativa pasa a una severísima advertencia, que aun más que eso, es una latente amenaza a los rebeldes e inicuos que se escudaban en el escondrijo de la mentira y la falsedad.

*“Y ajustaré el juicio a **cordel**, y a **nivel** la justicia; y granizo barrerá el refugio de la mentira, y aguas arrollarán el escondrijo.”*  
(28: 17)

Como vemos, Isaías se encontraba en una situación análoga a la de Ezequiel, bien que este último, cronológicamente, profetizó un buen tiempo después.

Aplicando el versículo recién citado a la experiencia personal y el trato de Dios con cada uno, podemos sacar algunos puntos de interés y sumo valor.

El autor recuerda la primera y única vez que vio cómo un albañil empleaba el cordel. Tenía escasamente siete u ocho añitos, y estaba mirando con curiosidad cómo los albañiles trabajaban dentro de una vivienda en construcción.

En un momento determinado, uno de ellos se situó en el

lugar donde, al parecer, había que colocar una puerta. Tomó una cuerda que había sumergido en polvo de ladrillo rojizo, y la ató a dos pequeñas columnas que había levantado con un par de ladrillos cada una, estirándola para que quedase bien tirante.

A continuación tiró de la cuerda hacia arriba, tensándola al máximo, y la soltó, con el resultado de que dio de inmediato en el suelo, marcando una línea rojiza absolutamente recta.

Esto lo llenó de sorpresa y admiración por ser algo tan bonito y que nunca había visto antes, pero bien pronto todo quedó sepultado en el olvido.

Unos doce lustros más tarde, al leer este capítulo de Isaías, recordó vívidamente el pequeño episodio, y pudo vislumbrar una aplicación práctica muy importante.

Visualizando dos columnas - la de la fe en la palabra de Dios que vive y permanece para siempre por un lado - y la de la entrega total de la vida al Señor por la otra; al mismo tiempo, el Espíritu Santo motivándolo a uno a estirarse al máximo en la búsqueda de Dios.

En una hora determinada, quizá con ayuno y dándose a todo esto con todas las fuerzas del ser, un tirón hacia arriba para tensar el cordel aun más, y de inmediato la hermosa raya recta rojiza, con el poder de la sangre latente en la misma, como prenda de que ahora se puede levantar la nueva puerta en condiciones totalmente satisfactorias.

En más de una ocasión nos ha tocado experimentar ese precioso ajuste del Espíritu a cordel, con sus felices consecuencias para el desarrollo y progreso espiritual.

Nos consta que en la actualidad, en vez del cordel se utiliza el tiralíneas, y que la raya que traza es azul, no roja. No obstante, esto no quita validez a la analogía, la cual, como dijimos, resulta plenamente aplicable.

En cuanto al nivel, es otro instrumento que, tanto el albañil como el carpintero, se valen de él para muchas de las tareas que hacen.

Como sabemos, tiene una burbuja que cuando está situada bien en medio de dos pequeñas rayas perpendiculares a distancia de escasamente un centímetro la una de la otra, y sin tocar a ninguna de las dos, nos hace saber que el nivel es correcto.

Cuando hay algún desnivel, por pequeño que sea, la burbuja lo atestigua, negándose a situarse en esa posición ideal, por más que se intente que lo haga.

¡El nivel no engaña, ni se deja engañar!

Lo que hemos visto en esto son otras dos columnas imprescindibles. Una, la de la humildad y mansedumbre no fingidas, a las que el Señor nos exhorta a que aprendamos de Él - (Mateo 11: 29); la otra, la de la santidad y pureza en el andar cotidiano, sin las cuales nadie verá al Señor. (Hebreos 12: 14)

Muchos no les dan a estas dos columnas la debida trascendencia, con el resultado de un envanecimiento, a menudo inconsciente, o bien un testimonio manchado, que termina por dejarlos tristemente heridos y descalificados.

Repetimos: la burbuja no miente, no engaña y no puede ser engañada. Sepamos interpretar debidamente estas verdades tan prácticas, y apropiarnos cabalmente, permitiendo al Señor que nos ajuste a cordel y a nivel, para que cuanto edifiquemos tenga, por Su gracia, firmeza y solidez.



# 9

## *“Juntadme mis santos”.*

*“Juntadme mis santos, los que hicieron conmigo pacto con sacrificio.  
Y los cielos declararán su justicia, porque Dios es el Juez.”*  
(Salmo 50 :5-6)

Estos dos versículos se encuentran dentro de un salmo que empieza por proclamar la grandeza del Señor, el Dios de dioses. Posteriormente pasa a reprender a Su pueblo infiel, y en particular al malo – al impío, intercalando en el versículo catorce y en el veintitres una exhortación a tributarle alabanza, y ordenar correctamente el camino delante de Él.

Llama la atención que dentro de ese marco, nos encontremos con los dos versículos citados más arriba. Los mismos contienen un consejo y una exhortación, que podemos interpretar con toda propiedad, como algo de relevancia latente para cada célula local de la iglesia universal de Cristo.

En efecto, la aplicación práctica tanto vale para una iglesia en decadencia, como para una que se halle en estado estacionario, e igualmente para la que, estando en una etapa de crecimiento y progreso, aspira a superarse más todavía.

Pasamos a desgranar estos dos preciosos versículos, tomando de forma sencilla cuatro puntos.

### *Juntadme.-*

El pronombre reflexivo me, que se añade a juntad, denota claramente que es un juntar a **ÉL**, el Dios Supremo.

Para más abundamiento, no se trata de juntarlos en un lugar determinado, como podría ser, por ejemplo, la Plaza Mayor, o aun el mismo edificio en que se celebran las reuniones, aunque de hecho esto podría ser, pero como algo externo necesario, nada más.

El juntarse o unirse debe ser de forma bien definida al Señor, recordando que *“el que se une al Señor, un espíritu es con él.”* (1ª. Corintios 6: 17)

Al mismo tiempo, ese juntarse de ninguna manera debe interpretarse como un venir cada uno con su propia opinión, y sus puntos de vista de cómo se deben, y cómo no se deben hacer las cosas.

En 1ª. Corintios 12: 18 tenemos una afirmación de importancia capital, a la cual, nos tememos que con frecuencia no se le presta la debida atención.

*“Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo como él quiso.”*

El concepto o la actitud que a veces se suele tener es que *“me gusta esta iglesia por la forma en que se lleva la alabanza,”* o *“porque en ella hay una juventud muy simpática,”* por citar solamente un par de ejemplos

Digamos de la forma más tajante que esto no cuadra para nada en el orden divinamente establecido.

Naturalmente que siendo la iglesia, entre muchas otras cosas, un hogar espiritual, lo normal es que donde nos coloque nos sintamos cómodos y a gusto, como estando en nuestro propio hogar.

Sin embargo, siendo, como hemos visto, que es Dios el que elige y nos ubica, no cabe en absoluto que de buenas a primeras uno se marche porque algo que ha pasado no le ha caído bien, o porque ha oído de una nueva iglesia donde parece haber más bendición.

A veces puede haber un cambio de ubicación por razones valederas, tales como un traslado a otro punto por razones de trabajo, o bien porque se reciba un claro llamamiento a desempeñar una función en un sitio distinto, como podría ser abrir un nuevo punto de misión. Igualmente ese llamamiento podría ser a desempeñarse dentro del ámbito de otra iglesia, en la cual los servicios que se prestasen podrían ser de provecho.

En cualquier caso, la salida siempre deberá ser dentro de un marco de corrección, con el apoyo y la bendición de la iglesia que se deja atrás, y nunca como resultado de contenciones o fuertes desacuerdos.

Esto último, lamentablemente sucede con bastante frecuencia en algunas partes, y deberá tenerse muy en cuenta que quien se marche de esa forma llevará una mala semilla, que en no pocos casos habrá de reproducir según su especie y género.

Ahora bien, ser miembro verdadero de una iglesia buena y sana supone una serie de privilegios, los cuales de por sí, y como no podría ser de otra forma, también conllevan una serie de obligaciones.

En cuanto a los privilegios, pueden asistir libre y gratuitamente a las reuniones y disfrutar del uso de todas las instalaciones y artefactos del edificio de reuniones.

Todas esas facilidades no brotaron por cierto de la nada, sino casi siempre, de muchos esfuerzos y aun sacrificios.

Además, recibe apoyo y consejería, consuelo y aliento, que se les dispensan desinteresadamente y con amor y bondad.

Tiene el privilegio de diezmar y ofrendar, pero no se le obliga a ello; es algo puramente voluntario, aunque debe hacerse la salvedad de que si no lo hace, será él mismo el más perjudicado, al perderse la bendición que reciben todos los que dan al Señor y a Su obra de buen grado.

Considerando todo ello, y teniendo bien presente que es el mismo Señor Quien lo ha colocado en ese lugar,- en esa

célula local de Su iglesia universal - corresponde desde todo punto de vista razonable y de la lógica más elemental, que se brinde con lo mejor de sus fuerzas y posibilidades.

Así, ha de ofrecerse para servir de acuerdo con sus talentos y capacidades, y ha de orar por su iglesia y procurar constituir un aporte favorable, cuidando bien de no enredarse en chismes o críticas; antes bien, su hablar ha de ser de estímulo y de apoyo franco y leal al pastor o el liderazgo, y todo el resto de sus hermanos.

En cuanto a este último particular - el de hablar para bien y no quejarse ni criticar - hemos de decir que una de las armas más poderosas que ha usado el enemigo a través de los siglos para causar estragos en la iglesias, ha sido y sigue siendo la lengua larga, descontrolada y criticacona.

Hace poco nos llegó de la Argentina una anécdota anónima, imaginaria, pero impregnada de gran verdad.

La misma cuenta que en una determinada carpintería había un fuerte malestar, por estar las distintas herramientas frontalmente enfrentadas entre sí, criticando y acusándose mutuamente.

Así las cosas, decidieron celebrar una asamblea para buscar una solución. Los cargos que se formularon en la misma eran bastante fuertes y muy variados.

Del martillo, por ejemplo, se dijo que no hacía más que dar golpes por todas partes con su PIN PAN tan desagradable. Del tornillo, que había que presionarlo mucho y creaba problemas "por tener muchas vueltas." Del papel de lija, que era áspero y causaba mucha fricción, echando además un polvillo que a menudo entraba en las fosas nasales, y hasta causaba muchos estornudos.

El metro no quedó exento, siendo fustigado por medir y catalogar a los demás, y contarse él mismo como el único perfecto. La sierra por su parte disgustaba de tal forma que se la tildó de "carnicero de madera", cortando a troche y moche con un ruido muy chocante, y dejando un tendal de aserrín que luego otros tenían que barrer.

Y así sucesivamente, a su tiempo le tocó el turno al atornillador, las tenazas, los alicates, etc.

De repente se oyó un ruido; era el maestro carpintero que abrió la puerta y entró para comenzar su tarea diaria.

La asamblea quedó interrumpida, y en medio de un silencio absoluto, se le vio quitarse la chaqueta y colocarse el mono. En seguida empezó por tomar unos listones, medirlos, cortarlos, cepillarlos, lijarlos y pulirlos.

Después, con su habitual destreza se dispuso a unirlos en una sola pieza, encolándolos debidamente, y finalmente, después de varias horas de ardua labor, procedió a barnizar, quedando por fin un mueble hermoso y de muy buena calidad.

Como la jornada ya llegaba a su fin, secándose el sudor de la frente se quitó el mono, y con una mirada de satisfacción reflejada en el rostro se puso la chaqueta, y tras echar llave a la puerta, se marchó.

Al quedar otra vez a solas, las herramientas reanudaron la asamblea, y el nivel tomó la palabra.

“El Maestro, sin palabras, nos ha dado a todos una soberana lección, que nos debe dejar avergonzados. Tomando a cada una, y haciendo caso omiso de sus fallos y defectos, se ha valido de las cualidades que ha visto en unas y otras, para lograr, al final del día, esta hermosa pieza que tenemos por delante.”

“Por lo tanto, propongo que desde hoy aquí quede totalmente desterrado el fijarse en los defectos y fallos ajenos y hablar de ellos; por el contrario, que sólo habremos de ver y apreciar las cualidades y virtudes de cada una, y así el Maestro podrá lograr resultados aun mucho mejores que el que ha conseguido hoy.”

La propuesta del nivel fue aceptada por unanimidad, y desde ese día la transformación operada en la carpintería fue sorprendente.

A buen entendedor...

Desde luego que esta transformación tan maravillosa y halagüeña, en la práctica eclesial no se logra por una sola propuesta aprobada por unanimidad. Para que realmente se cristalice es preciso que haya una búsqueda sincera y ferviente de Dios, con un espíritu de autocrítica severa de uno mismo, pero acompañada de una actitud bondadosa y de misericordia y perdón para con los fallos y errores ajenos.

Un par de ejemplos ilustrará la forma en que, con fervor y toda instancia, se ha de buscar ese estado ideal de verdadera y estrecha unidad, recordando bien que así nació la iglesia en Pentecostés, y así debe seguir, si ha de ser la fuerza expansiva e impactante que el mundo necesita ver.

El primero es el de dos hermanos de diferentes denominaciones, que a menudo discutían sobre temas de doctrina en que discrepaban.

De repente sobrevino una gran persecución, ambos cayeron presos y fueron destinados a celdas contiguas. Allí, por cierto que bien pronto quedaron olvidadas sus diferencias de criterios, y se sintieron entrañablemente unidos, procurando alentarse mutuamente en medio de la fuerte prueba que se encontraban enfrentando. (Ver Juan 17: 21 y 23)

Un segundo ejemplo, todavía más fuerte que el primero, es el de un matrimonio con un hijito, digamos de unos cinco años, que padece de una enfermedad gravísima y está al borde de la muerte.

Como marido y mujer, han tenido cada tanto alguna pequeña rencilla y tal vez una que otra discusión acalorada, por diferencia de opiniones o cualquier otra causa. Pero en esta situación crítica, todo eso queda de lado y olvidado, y ambos se unen de la manera más estrecha y entrañable para:

1) Orar juntos de rodillas, clamando al Señor por esa criaturita tan preciosa y amada – que la sane y restaure por completo.

2) Hacer cuanto esté a su alcance, incluso velando por

la noche, para contribuir al restablecimiento tan deseado.

Creemos que ésta es la forma en que una iglesia deseosa de restauración o de una mayor bendición, debe buscar al Señor: como algo absolutamente prioritario, y con toda sinceridad y tesón.

En suma, un acercarse y juntarse al Señor unidos de la manera más estrecha y entrañable. Y por supuesto que cuanto sea celos, envidias, rivalidades, malestar, amargura y cosas afines, queden totalmente desterradas.

### *Mis santos.-*

Al nacer de nuevo, pasamos a ser hijos de Dios, (no por creación, sino en virtud de nuestro nuevo nacimiento); también creyentes, hermanos unos de otros, corderos y ovejas, y aún reyes y sacerdotes.

¡Cuán vasta y gloriosa es la herencia que nos ha tocado!

Pero para el caso particular que estamos tratando, la palabra clave que se consigna por la inspiración del Espíritu es santos.

Dios desde luego que no quiere que lo seamos con una religiosidad artificial, dando muestras de beatería, ni tampoco como quienes se suscriben a una determinada y estricta escuela de la santidad.

Si se quiere, que seamos personas normales y corrientes, que incluso en su momento pueden disfrutar de una cierta dosis de buen humor, sano y limpio, desde luego.

Sin embargo, en el andar cotidiano y sus muchas vicisitudes y encrucijadas, personas limpias y transparentes, que no toleran ni festejan lo obsceno, ni el chiste verde, ni la trampilla, ni la burla; antes bien, se conducen con toda limpieza, honradez e integridad.

Eso es lo que Dios exige de Su pueblo, de los Suyos. Él sabe muy bien que quien consiente suciedades, mentiras y engaños - lo entienda o no lo entienda - le está dando lugar al diablo, con todas sus nefastas consecuencias.

Es por esa razón que Él señala que ese juntarse a Él, debe ser de santos varones y mujeres, apartados de todo mal, para estar en limpia y total disponibilidad ante Él. (Tito 2: 11-14)

Recordemos que en Su estupenda oración sumo sacerdotal de Juan 17, una de las cuatro peticiones fundamentales que Jesús hizo fue "*santifícalos.*" Las tres restantes fueron "*guárdalos,*" "*que sean uno*", (esta última en estrecha relación con el punto anterior), y "*que estén conmigo*" en la gloria del siglo venidero.

Por cierto que Él sabía, y sabe, a la perfección y más que ninguno, qué es lo que realmente interesa para el bien de Su iglesia.

No pidió grandezas de prodigios y señales, con resurrección de muertos, y demás cosas de esa índole, bien que son muy de desear en el tiempo y las circunstancias de la soberana voluntad divina.

En cambio, pidió esas tres primeras para nuestra peregrinación actual, con miras a la cuarta en el más allá.

Maduremos, pues, en nuestra comprensión, y concordemos con Jesús en nuestra visión, oración y metas a buscar.

### ***Los que hicieron conmigo pacto con sacrificio.-***

El instinto natural es buscar una vida cómoda y regalada, exenta de grandes esfuerzos y de sacrificio. Sin embargo, esa clase de vida tiende a llevarnos a ser cristianos superficiales, tibios y mediocres.

El esfuerzo, el sacrificio, y muchas veces la prueba y el dolor, bien enfrentados, tienen la virtud de ennoblecernos, madurarnos y capacitarnos para alentar, consolar o socorrer a quienes estén atravesando por situaciones difíciles.

En no pocas ocasiones, Jesús nos advirtió que, quien quiera seguirlo, deberá negarse a sí mismo y tomar su cruz a diario.

Asimismo, a la iglesia de los laodicenses le dio un

consejo que debe hacerse extensivo a toda iglesia y a todo siervo e hijo del Señor.

*“Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico.”* (Apocalipsis 3: 18<sup>a</sup>)

Él desea que seamos ricos, no sólo para nuestro bien, sino también para que podamos enriquecer a otros.

Esta riqueza no consiste en una gran abundancia de bienes, ni de tener una cuenta millonaria en algún banco, sino en vivir y recrearnos en la dicha de los valores más altos de lo celestial e imperecedero.

El perdón de nuestros pecados y la salvación son totalmente gratuitos - un don de Dios, totalmente inmerecido, que se nos brinda de pura gracia, sobre la base de un arrepentimiento sincero, y de una fe personal y viva en la muerte y resurrección de Jesucristo.

Pero esta riqueza - este oro de que se nos habla en el versículo citado -es algo distinto, algo *que se compra de Él*.

El precio que se ha de pagar es el ser refinado en el fuego de la prueba, en la que necesariamente habrá el esfuerzo, como asimismo el negarse a uno mismo, el sacrificio y de alguna manera, también el dolor.

No obstante, no podemos ni debemos buscar meternos nosotros mismos en problemas o situaciones difíciles, procurando alcanzar ese objetivo.

Sólo el Señor sabe con absoluta certeza lo que ha de ser indicado y eficaz para cada uno con el fin de lograrlo.

Hacer un pacto de sacrificio significa ponerse seria y formalmente de acuerdo con Él, para responder afirmativamente a cualquier mandato Suyo, aunque el mismo conlleve esos ingredientes que venimos señalando de esfuerzo, sacrificio y aun de dolor o sufrimiento.

Visto desde otro punto de vista, esto supone lo que Pablo afirma en Efesios 2: 10:-

*“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”*

Ya hemos dicho anteriormente que debemos tomar plena conciencia de que el Señor, por anticipado, tiene buenas obras programadas para cada uno de Sus hijos redimidos. Esto nos debería motivar a todos sobremanera, impulsándonos a descubrir cuáles son las que ha preparado para cada uno.

Para esto se debe estar en absoluta disponibilidad ante Él para lo que Él disponga, no lo que le gustaría a uno.

Al desenvolverse todo esto en una relación personal con Él, irán surgiendo cosas y situaciones – algunas de ellas seguramente que muy inesperadas! – en que se deba actuar de una forma u otra, y que no nos quepa la menor duda que varias o muchas de ellas exigirán esfuerzos, pagar el precio, sacrificio, y alguna vez también el sufrimiento.

Con todo, no debemos asustarnos, pues en cada caso nos acompañará Su gracia, y se comprobará que “sus mandamientos no son gravosos” tal como reza en 1<sup>a</sup>. Juan 5: 3b.

En suma, un decirle a Él con toda sinceridad y verdad:

“Señor, renuncio a ser un comodón o un mediocre, que elude el compromiso y la entrega total. Toma de veras mi vida en Tus manos; dispón el camino en que he de andar, y aquello que debo hacer.”

“Librame del error de tratar de emprender cosas que no son Tu voluntad para mí. Estoy dispuesto a pagar el precio, sabiendo que Tú me habrás de sustentar y apoyar para que pueda sobrellevar airosamente cualquier prueba, esfuerzo y negación de mí mismo que se vayan presentando.”

*“Y los cielos declararán su justicia porque Dios es el Juez.”*

¿Cómo aplicamos estas palabras a todo lo que antecede?

Pensemos en que en una iglesia determinada, tanto el pastor o los ancianos que la lideran, comienzan a ver un gran cambio en todo el panorama.

Advierten en uno y otro hogar que hay una diferencia sustancial en todos los sentidos. Ya no se oye una sola

palabra de crítica o de queja, y los chismes que antes afloraban por doquier, ahora están totalmente ausentes en la conversación,

En cambio, la misma ha cobrado un tono muy distinto, tornándose edificante, y señalándose a menudo las buenas cualidades de otros hermanos, y dando gloria a Dios por lo que ha hecho y está haciendo en sus vidas.

La lectura de novelas baratas o de libros indignos de ser leídos por un hijo de Dios, como así también los largos ratos ante el televisor mirando programas inapropiados o viendo películas obscenas, y mucho más que antes era normal y corriente, ahora ha desaparecido por completo.

Con frecuencia, en la sobremesa, después de ese hablar nuevo y distinto, se pasa a orar, con gratitud y alabanza, y encomendando al Señor cada evento del resto del día.

En el nivel personal, la oración ahora se ha vuelto una constante en cada uno, subiendo al trono de la gracia a diario, con acentos de amor, fe y un sano fervor, plegarias y ruegos que brotan de lo más profundo del corazón.

Se ora un buen rato antes de salir para las reuniones, presentando a los siervos directivos, a todos los demás hermanos y hermanas, y aquellos inconversos que pudieran asistir, para que la bendición de lo alto repose sobre cada uno, de forma personal y también conjunta.

En algunos casos, tal vez no pocos, esto también va acompañado del ayuno que se practica sin alardes, y como un compromiso, secreto hasta donde sea posible, de fidelidad al Señor.

Miembros que antes daban muestras de tibieza y apatía, han pasado a estar completamente comprometidos, y hay un manifiesto interés en las almas que todavía no son salvas.

Además de todo ello, la conducta cotidiana refleja una tónica nueva, en la que se evita todo lo que sea malgastar el tiempo o las oportunidades.

Paralelamente a ello, ha surgido una muy saludable inquietud por vivir y actuar con absoluta limpieza y transparencia en todos los órdenes de la vida:- ni chistes verdes, ni cosas de mal gusto; nada que no sea estrictamente honrado en el terreno de las finanzas y de la economía; nada que suponga un vestir indecoroso y mucho menos indecente, y, en fin, todo cuanto se dice, hace y piensa, dentro de un marco de total corrección, brotado de un deseo muy grande de agradar al Señor, viviendo en la hermosura de la santidad.

Ahora bien, ante todo esto, ¿puede pensar el lector que el Señor permanecerá impávido, y no hará ni dispondrá nada que corresponda a tan feliz y bendito estado de cosas?

Por cierto que tal cosa es totalmente inconcebible. Ante tan precioso comportamiento de Sus hijos, de seguro que *“los cielos declararán su justicia”*, dado que *“Dios es el Juez”* y por cierto que no es ni podrá ser nunca un juez injusto.

Muy por el contrario, habrá de premiar con creces a Sus hijos obedientes, serviciales y muy temerosos de Él.

No queremos dar a entender con esto que seguro que habrá resurrección de muertos, portentosos milagros y conversiones multitudinarias, pues éstas son cosas extraordinarias que sólo Él sabe, en Su total soberanía y omnisciencia, cuándo, dónde y cómo deben acontecer.

Pero que habrá galardones maravillosos, algunos de ellos tal vez sorprendentes e inesperados - de eso, que no nos quepa la menor duda.

En conclusión, lo dicho:- si la exhortación de los dos versículos que hemos tomado se asume y se pone por obra cumplidamente, en la iglesia donde suceda con toda certeza que habrá una gran bendición en todos los aspectos.

Sepa cada pastor, anciano o líder, asimilar todo esto debidamente, y no permitir de ninguna manea que caiga en saco roto.

# 10

## *El espíritu detectivesco. (1)*

**H**ace unos buenos años, el autor oyó a un buen siervo del Señor afirmar, con todo acierto, que debemos indagar en las cosas de Dios y Su palabra con un espíritu ávido y anhelante, relacionándolo con la forma en que procede un detective.

¿Qué hace un detective?

Tomando la lupa y cuanto otro medio razonable esté a su alcance, se pone a examinar y seguir cuidadosamente cada pista que encuentre, a fin de alcanzar conclusiones y tomar las decisiones que correspondan.

En este capítulo y en el siguiente nos proponemos hacer algo que en cierta forma va en ese sentido. No será por cierto para descubrir a un delincuente, ni para esclarecer un crimen o delito.

Será, en cambio, para descubrir facetas y aspectos variados de la persona y el carácter de Jesucristo, el gran personaje que es el centro de nuestra vida, y la piedra fundamental que Dios ha puesto como cabeza del ángulo en la edificación del templo eterno que está efectuando.

El propósito perseguido en este ejercicio, será el de visualizar y comprender algo más de Su grandeza infinita. Esto hará que lo admiremos y amemos cada vez más, y nos ayudará a asemejarnos más a Él poco a poco cada día, y a servirle mejor.

Por supuesto que todas y cada una de las pistas que tomemos y examinemos, brotarán de la palabra de Dios, fuente inagotable de inspiración y revelación de las grandes claves y verdades espirituales y eternas.

Tomaremos el doce de la docena redonda, como un buen número que al Señor parece agradarle, por la forma en que está reflejada en muchas ocasiones en las Escrituras.

1) *“Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto.”* (Marcos 9: 2)

De esta pista descubrimos que, durante Su ministerio terrenal, además de ser el admirable Maestro de Galilea, el médico divino que sanaba a los enfermos y que liberaba a los endemoniados - Jesús - fue un buen *alpinista*.

No sólo vemos esto en la oportunidad de la transfiguración, a la que corresponde la cita que hemos consignado.

Cuando llamó a sí a los doce discípulos que estableció como apóstoles, no lo hizo desde el llano, sino habiendo subido al monte. (Ver Marcos 3: 13)

El llamado sermón del monte, en consonancia con el hecho de que se trataba de una enseñanza mayor y mejor que todo lo que se había oído y conocido hasta entonces, lo pronunció no en el llano de lo normal y corriente, sino subiendo al monte.

En Lucas 22: 39 se nos dice que *“saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos.”* Y en el capítulo anterior, versículo 37, leemos: *“y de noche, saliendo, se estaba en el monte que se llama de los Olivos.”*

Sus ascensos tan asiduos a este monte particular - el de los Olivos - figurativamente, no podemos menos que relacionarlos con Su firme propósito de mantener y renovar la santa unción que reposaba sobre Él, de manera que estuviese siempre fresca y fuese siempre eficaz.

Como ya hemos dicho en varias ocasiones, la palabra de Dios abunda en símbolos de lo espiritual, trazados a través de lo natural. La analogía del alpinista que siempre se

desplaza hacia las alturas es digna de tenerse muy en cuenta.

Por cierto que no la hemos de interpretar en el sentido de ponernos a escalar montañas, tales como la Sierra Nevada, Guadarrama o Navacerrada, por citar tres de las más conocidas de nuestra querida España.

Verdad es que, hace unos buenos años, quien esto escribe en varias oportunidades subió a una montaña situada detrás de la vivienda en que residía con su esposa e hijos, en el Norte de Gales.

Además del beneficio de un ejercicio físico muy apropiado, le permitía ver y contemplar el panorama de una forma totalmente distinta y además, respirar el aire puro de las alturas, en contraste con la contaminación que a menudo encontramos en el llano.

Aprovechaba asimismo la oportunidad de proclamar, a veces a viva voz, las verdades de la fe y la victoria total del Crucificado, todo lo cual hacía que descendiese bendecido, renovado y fortalecido.

No siempre las circunstancias nos permiten hacer tal cosa, pero sí podemos hacerlo en el reino espiritual. Se trata de renunciar a las bajezas de la mediocridad, y, remontándonos a las alturas del amor, la bondad, la nobleza, el negarnos a nosotros mismos para ayudar, consolar, o bendecir a otros, y muchas otras formas que, alegóricamente, representan subir al monte.

Todo esto, fundamentado, claro está, sobre una buena relación personal con el Señor, sustentada por la oración perseverante y en el Espíritu.

2) *"Y en gran manera se maravillaban, diciendo: **Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar.**"*  
(Mateo 7:37)

Ésta es una pista doble, la cual, confirmada por muchas otras de los evangelios, nos hace verlo como un *especialista*, a la vez que un *perfeccionista*.

No tenemos ningún caso, por ejemplo, de una persona sanada por Jesús, y que a la media hora se haya vuelto a enfermar; ni de una tarea que Él haya emprendido, para luego dejarla a medio hacer.

Todo cuanto hizo, lo hizo a la perfección, como un verdadero especialista, y esto lo resumen bien las palabras “*Bien lo ha hecho todo*” del versículo que hemos citado.

Ahora bien, en la ciencia médica tenemos, por tomar un ejemplo práctico, el médico de cabecera, quien para casos que van más allá de sus capacidades, refiere a un paciente ya sea a un cardiólogo, un urólogo, o un otorrinolaringólogo, según corresponda.

Ellos son especialistas, y se supone que dominan a fondo la especialidad en que se desenvuelven, pero, normalmente, esa sola, o en ciertos casos, una o dos más.

Jesucristo se diferencia de ellos en que fue un gran especialista en *absolutamente todo*. Discerniendo malos espíritus y expulsándolos, sanando a los enfermos, enseñando a la gente que se agolpaba para escucharlo, y a Sus discípulos de forma más particular e íntima, consolando a los tristes y enlutados, alimentando a las multitudes, aquietando el mar embravecido, hablando siempre con toda autoridad y propiedad, sin tener que disculparse nunca por algo dicho fuera de lugar, y un largo etcétera – en todo y por todo, se desempeñó a la perfección, como un especialista auténtico y maravilloso.

Ahora bien, a ninguno de nosotros, como hijos de Dios y miembros vivos del cuerpo de Cristo, Su iglesia, se nos han otorgado todos los dones y talentos necesarios, para operar en todas las áreas de la vasta gama del ministerio.

A todos se les ha dado por lo menos un don particular; a algunos puede ser que más de uno, varios o aún muchos, pero a ninguno la totalidad

De paso digamos que por esa razón hemos sido bautizados en un cuerpo, y nos necesitamos mutuamente,

como miembros los unos de los otros. Aquello que no tengamos los unos, lo tendrán otros, y viceversa, y así se ha de suplir cualquier carencia por medio de una labor conjunta, en la cual cada uno aporta según la habilidad, el don, o los dones con que cuenta.

Pero eso no disminuye nuestra responsabilidad de procurar ser verdaderos especialistas en aquello que se nos ha asignado, haciéndolo con nuestra mayor devoción, y con todo amor, sabiendo por sobre todas las cosas que lo hacemos para ÉL, que muy bien se merece que así sea.

La parte que nos ha tocado puede ser de notoriedad pública, o bien pequeña y humilde, pero el hecho de que la hacemos prioritariamente para ÉL, nos impone el deber y el desafío de buscar hacerlo con todo esmero - con lo mejor de nuestras fuerzas.

Ayudados por Su gracia, podremos así ser verdaderos especialistas, que buscan la excelencia en todo cuanto les toque hacer.

3) *“Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.”* (Juan 6: 12)

La siguiente pista que descubrimos, a la luz de este versículo, es que Jesús fue - y desde luego, sigue siendo - ***un gran economista.***

Nunca buscó el lujo innecesario; muy por el contrario, siempre fue muy austero en Su andar cotidiano. Como el economista que hemos descubierto, siempre evitó el desperdicio.

No sólo en lo de los panes que sobraron, sino en las oportunidades para hacer el bien, hablar la palabra en sazón, ayudar a quienes acudían a ÉL, etc., nunca malgastó ni desaprovechó nada.

Notemos también que, en Su trato personal con cada uno de nosotros, nunca deja de aprovechar cada alternativa, sea de prueba, sacrificio o sufrimiento, como de

éxito, progreso y victoria. A cada una se encarga de darle un destino útil y provechoso, ya sea para humillarnos, enderezarnos, enseñarnos, adiestrar y equiparnos, consolarnos, fortalecernos, o bien alertarnos.

En fin, si somos consecuentes con Él, no habrá nada de lo que vaya jalonando nuestra trayectoria, que no tenga un aprovechamiento sano y edificante.

Aprendamos, pues, a ser buenos economistas.

¿Cómo?

En el área de las finanzas y lo material, invirtamos en el banco celestial, que como ya hemos dicho en una obra anterior, paga la formidable tasa, no del 100% como equivocadamente piensan algunos, sino del 10.000%.

Pero aprendamos también a serlo no malgastando el tiempo mirando películas no edificantes, o enredándonos en tareas innecesarias o contraindicadas; desperdiçando ocasiones que se nos presentan para ayudar y alentar a otros, para alimentar nuestros espíritus con buena lectura, para buscar a solas y congregacionalmente el rostro del Señor en oración, buscando la voluntad de Dios en todo, y, en fin, sacando el mayor provecho posible de cada situación y coyuntura en que nos encontremos.

4) "...como había amado a los suyos que estaban en el mundo, lo amó hasta el fin." (Juan 13: 1b)

Este versículo nos sorprende con la siguiente pista de Jesús que descubrimos: la de ser *un extremista*.

Aquí lo vemos como un extremista del amor, que amó a los Suyos hasta *el fin*. Hasta el fin de Su tiempo aquí en la tierra, pero un fin que sigue y seguirá por toda la eternidad - es decir, un fin *¡sin fin!*

Pero fue un extremista en muchos más aspectos. En el de la santidad, por ejemplo, al abstenerse y guardarse de todo vestigio de pecado de la forma más absoluta y terminante.

Satanás puede haber intentado tentarlo, susurrando algo así:

“Tú, ¿cómo sabes que el pecado es malo, si nunca lo has probado? Pruébalo, aunque sea una sola vez, y si efectivamente compruebas que es malo, lo dejas.”

Pero nuestro amado Señor nunca se dejó seducir ni engañar. Ante celadas como esa, y muchas más, posiblemente más sutiles y engañosas, siempre demostró ser un muro invulnerable, manteniéndose en todo momento en la blancura de una santidad impecable.

También fue un extremista en el terreno de la humildad. Siendo el Unigénito Hijo de Dios, el resplandor de Su gloria y la imagen misma de Su sustancia (Hebreos 1:3) se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, humillándose y siendo obediente hasta la muerte - y la vergonzosa y dolorosísima muerte de cruz. (Filipenses 2:7-8)

Antes de eso, durante Su ministerio terrenal, estuvo entre los Suyos como un siervo, y en la muy conocida ocasión de Juan 13: 4-5, se quitó Su manto, se ciñó una toalla, y llenando un lebrillo de agua, se puso a lavar dos docenas de pies sucios y polvorientos.

En Mateo 11: 29 nos exhortó a que aprendamos de Él, que es manso y humilde de corazón, exhortación ésta que bien merece que se la abrace de lleno.

Asimismo fue un extremista de *la fe*, que no permitió nunca que la duda ni la incredulidad se anidase en Su alma.

Aun en las condiciones más extremas que nunca había enfrentado antes, sobre todo en el Calvario durante Su crucifixión, Su fe se mantuvo totalmente incólume.

En el terreno de hacer la voluntad del Padre también ostentó el mismo extremismo absoluto. En ninguna etapa y en ningún momento, llegó a ocurrírsele que ya había cumplido bastante, y que le vendría muy bien, para variar, dejar de hacerla por un rato, para dedicarse a otras cosas distintas.

Sin duda, podríamos seguir por un buen rato en esta línea, pero bástenos estos cinco puntos que hemos tomado, para poner de relieve la absoluta integridad y

entrega total de Su ser, para darse plenamente a todo lo digno, santo y noble.

Que esta pista de Su extremismo en cuanto al bien y la verdad, sirva para animarnos a dejar de lado la mediocridad, la tibieza, y todo lo que sea obediencia y servicio, pero a medias.

5) *"...de su boca salía una espada aguda de dos filos."*  
(Apocalipsis 1: 16)

Otra pista sorprendente: la de ser ¡un gran esgrimista!

¿Qué es un buen esgrimista?

Uno que haciendo uso hábil y eficaz de la espada o el sable, por una parte detiene y frustra las intenciones de su adversario, y por la otra, con estocadas rápidas y certeras consigue doblegarlo y vencerlo.

En este aspecto de la espada tenemos un símbolo muy marcado de la diferencia entre el Antiguo Testamento, que, como ya hemos dicho en varias ocasiones, nos habla a través de lo externo, de lo interno que se encuentra y trata en el Nuevo.

En el primero, según el régimen de entonces, la espada se empuñaba con la mano, mientras que en este último se la lleva en la boca.

¡Con cuánta destreza y perfección hizo uso Jesús de la espada en la tentación en el desierto!

Nada de entrar a dialogar y argumentar con el diablo, tratando de convencerlo que estaba equivocado; nada de presentarle posturas psicológicas, filosóficas o psiquiátricas para demostrarle su error.

Sabedor de que todo eso sería totalmente ineficaz, recurrió a lo que sabía que era Su carta de triunfo segura: la formidable e invencible espada de la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre.

Tras frustrar con ella los dos primeros ataques que nos cuenta el evangelio de Mateo, pasó a enfrentar el tercero, que estaba cargado de blasfemia y de ponzoña infernal.

Mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, Satanás le propuso dárselos todos, con tal de que postrado le adorase.

En esta tercera, antes de las dos palabras "*Escrito está*" con que replicó en las dos primeras, Jesús antepuso otras dos palabras cargadas de ira santa.

La propuesta suponía traicionar al Padre, con Quien estaba unido en la más sublime comunión desde la eternidad pasada, cuando quiera que haya sido su comienzo,

Podemos imaginar a Jesús pensando lo horrible y horroroso que sería eso: "Divorciarme de mi Padre amado, para unirme a ése, el sucio de los sucios, y el mentiroso máximo y padre de la mentira."

Lo habrá llenado de una santa indignación, de la cual brotaron las dos palabras iniciales "*Vete Satanás*" para agregar en seguida el "*Escrito está*" de las dos anteriores.

Fue la estocada magistral que hizo que Satanás se tuviese que retirar, lleno de rabia, y sin poder hacer la menor mella en nuestro admirable esgrimista.

Que esa espada de la palabra de Dios, multiforme y maravillosa, sea la fuerza rectora de nuestra vida, y que con ella podamos vencer en la guerra defensiva, y utilizarla a la vez ofensivamente para arrebatar almas de las garras del enemigo, bendiciendo y vivificándolas para la gloria de Dios.

Una breve reflexión final.

Verdad es que la palabra de Dios es una espada aguda de dos filos, pero debemos cuidarnos bien de no darle un uso carnal, que nos convierta en "carniceros espirituales" hiriendo con ella a troche y moche, ya sea desde el púlpito o en el trato personal con las almas o los hermanos.

Tratando de convencer a un no convertido, se puede caer tan fácilmente en el error de darle una y otra vez lo que a veces se llama "el bibliazo", rebatiéndolo y haciéndole ver

que está equivocado y que somos nosotros los que tenemos razón.

Con esta forma de proceder, muchas veces se ha hecho un grave daño a personas, que, con un trato más sabio y de más tacto, muy bien se las podría haber ganado para el Maestro.

Recordemos bien que la palabra de Dios es *la espada del Espíritu*, ¡no la nuestra! (Efesios 6: 17)

6) "...para que en todo tenga la preeminencia." (Colosense 1: 18b)

En el contexto de estas palabras, Pablo nos hace saber el agrado con que el Padre honra y exalta a Su Hijo Amado. (Ver también Filipenses 2: 9-11)

Así, la siguiente pista que descubrimos, que se desprende de lo consignado en el párrafo anterior, es la de ser el *gran protagonista*, o en realidad, *el protagonista máximo*.

Antes de avanzar más, vaya la aclaración de que en esto no hay nada de ese protagonismo carnal y engréido, que exhiben algunos que no andan en la humildad y mansedumbre propias del verdadero siervo del Señor.

El protagonismo de Jesucristo es uno muy bien ganado y harto merecido, por esa obra redentora tan maravillosa que consumó a favor nuestro. A medida que avanzamos en edad y madurez, vamos comprendiendo más cada vez cuánto le costó ese sacrificio supremo que hizo hace casi dos mil años.

En las condiciones dolorosas más extremas, tanto físicas como morales, se comportó con una entereza estupenda y admirable.

Quienes hayan visto la película sobre Su pasión y muerte, o bien quienes hayan leído las conclusiones de trabajos de investigación sobre el tema, realizados de forma exhaustiva y muy responsable, tendrán una buena idea de lo cruel y difícilísimo que fue todo aquello.

Por una parte, estaba la forma casi despiadada en que se azotaba a los malhechores, al punto que la sangre chorreaba de sus espaldas. Por la otra, los dolores indescriptibles, con sus terribles repercusiones sobre el cerebro, el corazón, las arterias y todo el organismo, mientras el crucificado pendía en alto, suspendido por los clavos que lo habían atravesado, e intentaba hacer un ligero movimiento, en busca de un alivio, siquiera momentáneo, del intensísimo dolor que estaba padeciendo.

El pensar que nuestro amado y admirable Jesús debió sufrir todo eso y mucho más, nos llena de tierna y temblorosa gratitud, y de un entrañable amor a Su persona. No olvidando, tampoco, que mientras estaba sufriendo tanto, en vez de quejarse o protestar, se preocupaba por orar por los soldados que lo estaban crucificando, por dar una gloriosa promesa al malhechor arrepentido, y porque Su madre tuviese el cuidado de Juan, el discípulo amado, dándole a éste la encomienda de que la tratase como a su propia madre.

Semejante abnegación, en medio del dolor inimaginable que estaba padeciendo, nos resulta asombroso, y casi increíble, sabiendo lo difícil que nos es a los seres humanos pensar en otros y preocuparnos por ellos, cuando estamos con un fuerte dolor de muelas, por ejemplo, o sufriendo intensamente de alguna otra forma.

En suma, la grandeza del bendito Crucificado va mucho más allá de lo que podemos comprender y describir.

Por todo ello, Él ocupa el lugar del protagonista máximo en nuestra vida, y es el foco principal de atención, siendo nuestro deseo sincero el de corresponderle con nuestro mejor amor, y nuestra devoción y servicio más esmerados.

Por cierto que se merece eso y mucho, mucho más, Que tú también le correspondas así, querido lector.

Así completamos la primera media docena de pistas, y las repetimos para no olvidarlas: *alpinista, especialista,*

*economista, extremista, esgrimista y máximo protagonista.*

Para iniciar la búsqueda de la otra media docena pasamos al capítulo siguiente.

# 11

## *El espíritu detectivesco. (2)*

**A**ntinuamos, pues, con la apasionante tarea de descubrir nuevas pistas de este personaje inigualable llamado Jesucristo de Nazaret.

7) "...oí detrás de mí una gran voz como de trompeta."  
(Apocalipsis 1: 10b)

Esto, en seguida, aunque de forma inesperada, nos hace verlo en el rol *de trompetista*.

No un trompetista que sincroniza con los demás músicos de una orquesta, sino uno muy distinto.

La voz divina se hace oír de muchas maneras, según la ocasión y las circunstancias lo requieran. A veces con el silbo apacible y delicado; otras, con tiernos acentos que son un dulce bálsamo y consuelo para el alma dolida y maltrecha; en otras, poniendo la llama celestial que enciende los corazones de santidad y amor; todavía en otras, la voz de Dios viene como un potente trueno, expresando la ira santa.

Y en otras, como voz de trompeta, cual reza en el versículo que hemos citado del Apocalipsis.

El servicio militar, cumplido por el autor hace unos 65 años en la lejana Argentina, le ha dejado muchos recuerdos.

Entre ellos, el de la trompeta, que con su toque de diana,

generalmente a las cinco de la mañana, le hacía despertar a él y a sus compañeros súbitamente, para iniciar una jornada de febril actividad dentro del cuartel.

Con todo, el toque de las siete de la tarde es el que más recuerda, y el que más se presta para el fin de ilustrar el tema que llevamos.

Poco después de las seis y media de la tarde, al terminar la cena, después de un día de intensas labores, se nos daba un rato de descanso y esparcimiento.

En el mismo algunos fumaban, otros cantaban, otros se contaban anécdotas y bromas, algunos leían la carta de la novia o de los padres, cuando, de repente, sonaba la trompeta con tono estridente que parecía atravesar el espacio.

La consigna era que, de inmediato, un soldado apercebido debía pronunciar una sola palabra, pero a toda voz y en tono marcial y vibrante: **¡B A N D E R A!**

Instantáneamente, todos tomaban la posición militar, haciendo sonar fuertemente los tacos de sus botines, que se daban uno con el otro. Al mismo tiempo, se tiraba el cigarrillo, la carta de la novia o los padres iba al bolsillo, y toda conversación o chiste cesaba bruscamente, mientras la mirada de todos y cada uno se centraba en la bandera, la enseña patria.

¡Qué analogía apropiada para la situación en que muchos cristianos viven hoy día!

Inmersos en tantas cosas terrenales, muchas de ellas ajenas al reino de Dios, necesitan ser despertados a la realidad de los valores celestiales y eternos. Y despertados de tal forma, que echen por la borda cuanto sea inútil, de poco o ningún provecho, y hasta indigno de que un hijo de Dios se ocupe en ello.

Y despertados también a la realidad ineludible de que tenemos una sola vida, o mejor dicho, lo que resta de ella, para servir al que tanto nos amó, y no presentarnos con las manos vacías y teniendo que avergonzarnos, al comparecer ante Su tribunal para rendir cuentas.

Que el Espíritu Santo haga sonar en el corazón y la conciencia de cada uno de nosotros, la voz como de trompeta de nuestro General en Jefe; y que suene con vibraciones de la mayor urgencia, impulsándonos a todos a dejar lo estéril y desaconsejable, para enfocarnos de lleno hacia la bandera y el estandarte del evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.

8) *“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.”* (Mateo 7: 13-14)

Esta afirmación tan tajante del Maestro, al igual que muchas otras de la misma índole, es tan alarmante, que no podemos menos que descubrir con clara evidencia otra pista, también para muchos totalmente inesperada: la de ser *Él un alarmista*.

Sabemos que hay los alarmistas que se afanan por provocar falsas alarmas, con el propósito de hacer cundir el temor, la confusión y aun el pánico.

Jesús no es uno de esos, por cierto, sino uno muy distinto, que busca alertarnos con sus fieles alarmas acerca de los muchos peligros que realmente nos acechan, a fin de que estemos bien apercebidos y vigilantes.

Uno de ellos es el muy corriente de pensar que, al final de cuentas, por ser un Dios de amor, Él no va a permitir que ninguno se pierda. O bien, que sólo se han de perder los que han sido verdaderos malhechores, y han cometido pecados o crímenes de la mayor gravedad.

Nuestra mente finita y nuestras buenas intenciones quisieran que así sea, pero sabemos que hay una sabiduría y una justicia que son más altas y mayores que las nuestras.

El haber sufrido tan indeciblemente nuestro Señor para poder ofrecernos perdón y vida eterna gratuitamente, hace que el no aceptar, sino rechazar oferta tan maravillosa, y

optar en cambio por el mundo y el pecado, constituya una ofensa y un desprecio muy graves.

Esto nos hace motivar a cuantos tenemos seres queridos, o personas allegadas que todavía no están en la fe, a orar con toda súplica para que alcancen el arrepentimiento y no acaben en la perdición.

En otra ocasión, Jesucristo dijo: “...*Nada hay encubierto que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse.*” (Mateo 10: 26)

Aunque pudiera parecer extraño, los adelantos tecnológicos han contribuido de un tiempo a esta parte a que esta predicción del Maestro alcance un cierto cumplimiento, aunque el mismo sólo sea parcial.

Citamos un par de ejemplos.

El primero es el de personajes políticos, que al formular declaraciones llevaban un pequeño micrófono prendido en la solapa y conectado a una grabadora. Terminadas sus declaraciones, hablando privadamente a algunos que les acompañaban, dijeron cosas impropias o fuera de lugar y contradictorias, sin reparar en que no se había desconectado el micrófono.

De esta manera, esas cosas quedaron grabadas y posteriormente los periodistas se han encargado de divulgarlas, lo cual les ha traído perjuicios a los políticos en cuestión, o bien los ha expuesto al ridículo.

Otro caso es el de quienes han sido alojados en recintos o habitaciones con pequeños micrófonos ocultos, a través de los cuales se han podido saber cosas muy confidenciales que se decían, sin saber que trascenderían al conocimiento general.

Tengamos en cuenta que lo que Jesús nos está presentando en el versículo citado va mucho más allá - no algunas palabras que se escapan inadvertidamente, sino absolutamente todo cuanto digamos o hagamos - lo bueno, pero también lo malo y lo vergonzoso - habrá de hacerse notorio y manifestarse plenamente.

Tomemos muy seriamente esta voz de alarma que nos da Jesús.

*“Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.”* (Mateo 12: 37)

Otra sentencia que nos debe motivar a una seria reflexión sobre nuestro hablar. Que no sea enjuiciatorio, ni condenatorio, torpe o de mal gusto, sino discreto, prudente, y edificante, y que refleje bondad y misericordia.

Recordemos que en la grabadora celestial, cada palabra que hablamos queda fielmente consignada, y de todas ellas tendremos que rendir cuentas.

¡Gracias, Alarmista Fiel! *Ayúdame a tenerlo bien presente siempre.*

No obstante, antes de seguir adelante, aquí cabe que repitamos una importante aclaración que ya hemos hecho anteriormente.

Si somos sinceros, creemos que nadie negará haber hablado más de una vez en el pasado fuera de lugar, y dicho cosas que no correspondían y de las cuales se ha tenido que arrepentir.

Sabemos que si se las hemos confesado al Señor, y pedido disculpas donde podamos haber ofendido a otros, Él ha sido misericordioso y nos ha perdonado, según las promesas de Su palabra.

Con todo, desea que vayamos madurando y cuidándonos de tener siempre un hablar sano, bondadoso y edificante. Si persistimos en reincidir en lo contrario, sería por otra parte una señal de que nuestro arrepentimiento y confesión no han sido del todo sinceros, y eso por supuesto nos acarrearía una grave responsabilidad ante Él.

*“Porque donde esté vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón.”* (Mateo 6: 21)

Éste es otro toque de atención que nos da nuestro fiel alarmista.

¿Dónde está nuestro tesoro?

¿En los bienes materiales que poseemos?

¿En la finca que uno se está haciendo construir? ¿En la ropa vistosa y de categoría que se ha ido acumulando a través del tiempo?

Todo esto, a su tiempo, será quemado y no quedará de ello nada más que cenizas - ¡y en ese lugar acabará nuestro corazón! ¡en el lugar del fuego y las cenizas!

Por cierto que se trata de una advertencia de peligro gravísimo, que nadie debe atreverse a desconsiderar o pasar por alto.

En aras de un sano equilibrio, en medio de la prosperidad del mundo occidental en que estamos, no sería propio que como hijos de Dios, viviésemos en la indigencia y la miseria. Corresponde que vivamos desahogada y decorosamente, merced a la sabia y fiel provisión de nuestro Padre celestial.

Sin embargo, debemos cuidarnos bien de que eso que es material y perecedero, de ninguna manera se convierta en algo que nos obsesione y apasione, al punto de convertirlo en un tesoro arraigado en el alma.

Eso nos colocaría en el lugar del grave peligro del cual nos advierte esta sentencia de Jesús.

Hemos tomado cuatro advertencias bajo este encabezamiento. Animamos al lector a que en su lectura cotidiana de la palabra, y en especial de los evangelios, subraye en su Biblia y tome muy en serio cada afirmación que encuentre que va en esta línea - la del fiel alarmista.

Ello redundará en su beneficio espiritual, y seguramente le evitará caer en la trampa de muchos peligros que le acechan.

9 y 10) "*Fuego vine a echar en la tierra.*" (Lucas 12: 49)

Pasamos a la pista siguiente. Para guardar uniformidad en nuestra nomenclatura, nos valemos de un recuerdo de

tiempos de nuestra niñez en la República Argentina, cuando las máquinas de ferrocarril todavía funcionaban a vapor.

En las mismas, iba el maquinista, encargado de conducirla, y el foguista(§) que tenía la misión de echar el carbón en la caldera y mantener el fuego al rojo vivo.

Nuestro bendito Señor - con toda reverencia, ¡como comodín sin igual! - se desempeña en esto en el doble rol que figura en el párrafo anterior, a saber, de *foguista* y a la vez de *maquinista*.

Para algunos esto sonará como algo infantil, o más bien reñido con la ortodoxia sobria a que están acostumbrados.

No obstante, las verdades que se desprenden de nuestra analogía son incuestionables y plenamente bíblicas. En efecto: el día de Pentecostés, habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, Jesucristo lo derramó sobre los ciento veinte discípulos reunidos en el aposento alto, echando sobre ellos la llama celestial, que los convirtió en una tremenda fuerza incendiaria.

A partir de aquella ocasión, lo ha seguido haciendo a través de la historia, encendiendo los corazones de los Suyos con ese fuego bendito, sagrado y santo.

Quien esto escribe es uno de los miles y millones de agraciados que han sido depositarios de semejante bendición. La primera vez que oyó el evangelio presentado con claridad, le llegó acompañado de varias ráfagas consecutivas de lo que llamaría una combinación de fuego y electricidad de alta tensión, que le atravesó el pecho y lo selló para Dios y Su voluntad para todo el resto de su vida.

Desde entonces ha conocido al Señor Jesús tanto como el *maquinista* que ha ido conduciendo su vida por los derroteros divinos soberanamente trazados, como el *foguista* que ha mantenido el fuego en su corazón ardiendo

---

(§) La Real Academia, por lo que sabemos, no convalida este vocablo, muy corriente en ese entonces en la República Argentina, consignando en vez fogonero. Por nuestra parte, lo empleamos, como queda dicho más arriba, para guardar uniformidad.

al rojo vivo hasta el día de hoy, unos 70 años más tarde, a contar desde aquel día, el 27 de Diciembre de 1942.

Aún antes de Pentecostés, en el camino a Emaús, Jesús hizo arder el corazón de Cleofás y su compañero, al declararles y explicarles cuanto decían las Escrituras acerca de Él.

Y a tantos y tantos de Sus muy favorecidos siervos, nos sigue haciendo arder el corazón con Su hablar incomparable hasta el día de hoy.

La forma en que lo hizo en aquella ocasión, narrada con amplios detalles en Lucas 24: 13-35, nos da la combinación ideal de la palabra eterna de Dios, comunicada con el fuego del Espíritu.

La palabra necesita el fuego para ser eficaz y llegar a lo más hondo del ser; por su parte, el fuego necesita la palabra a fin de no desviarse de la verdad divina y mantenerse totalmente en ella - en cierto modo, el complemento ideal del *foguista* y el *maquinista*.

Desde luego que por el fuego del Espíritu no se ha de entender ni gritos desahogados, ni pasiones desorbitadas, como algunos piensan equivocadamente. Siempre habrá un hablar sabio y prudente, pero quien tenga madurez y experiencia sabrá detectar la presencia del fuego divino en la voz del que habla.

Nos agrada sobremanera lo que se nos dice en Deuteronomio 5: 22 -

*“Estas palabras habló Jehová a toda vuestra congregación en el monte, de en medio del fuego, de la nube y de la oscuridad, a gran voz; y no añadió más. Y las escribió en dos tablas de piedra.”*

Contrariamente a lo que suele hacer, por ejemplo, un conferenciante, no las escribió primero, buscando retocarlas y pulirlas para luego pronunciarlas, generalmente leyéndolas.

En cambio, las pronunció primero, a gran voz, como hemos visto, y sin necesidad de agregar o retocar nada. Les habló *de en medio del fuego*, de tal manera que llevarsen

consigo la bendita llama celestial, Y recién después pasó a escribirlas, para que quedasen tal cual Él las había pronunciado, y no hubiese ninguna posibilidad de que fuesen alteradas o desvirtuadas.

Es exactamente lo que pasó en los albores de la creación, cuando pronunció las palabras creativas una tras otra, para después disponer que quedasen inscritas en lo que vino a ser el libro del Génesis.

Como siervo del Señor, el autor añade su modesto testimonio en cuanto a esto. Si bien en su trayectoria, sobre todo en forma reciente, como predicador se ha beneficiado de algunas cosas que ha escrito primero, la tónica general a través del tiempo ha sido a la inversa.

Es decir, que primero ha sido *la palabra hablada*, con la necesidad de que fuese también *la palabra vivida*, para así poder pasar posteriormente a *la palabra escrita*, con el debido respaldo y autoridad de ser algo que se ha vivido y se vive.

En suma, todo lo anterior nos da una rica y hermosa trama, en la que se entrelazan y complementan el fuego y la palabra, vistos a través del prisma de esta doble pista – la del *foguista* y el *maquinista*.

11) *“Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”* (Marcos 1: 14-15)

Esta cita es parte del pasaje del cual se predicó ese día de la conversión del autor, y por lo tanto le trae recuerdos muy gratos. Nos presenta la onceava pista: la del primer evangelista.

Posteriormente, muchos otros han sido levantados y muy usados por el Señor como evangelistas, pero Él fue el primero de todos.

Estamos tan acostumbrados al vocablo, que con frecuencia podemos perder el sentido o la apreciación de su verdadera riqueza.

Significa portador de gratas nuevas, o sea buenas

noticias. En esto va a contracorriente de la tónica imperante en los medios de comunicación e información, en los cuales predominan las malas noticias - crímenes, masacres, terremotos, inundaciones, crisis económicas, etc.

¡Cuán bendecidos hemos sido los Suyos de verdad, por venir Él a nuestras vidas, irrumpiendo en medio del mundo de malos augurios que nos rodeaba!

¡Y qué alentador y reconfortante nos ha sido, y sigue siendo, el glorioso mensaje del evangelio pleno que Él nos ha traído! Un verdadero bálsamo salutífero para nuestra alma, que se encontraba triste y maltrecha; una hermosa melodía, con armonía celestial, que alegró nuestro ser con el gozo inefable de la salvación, el perdón y la vida eterna.

Y todo - no nos cansamos de repetirlo - gracias a Él, Jesús, el gran anunciador de la mejor noticia que jamás ha habido para el ser humano.

Hoy mismo Él tiene buenas nuevas para todos y cada uno. Veamos unas pocas de ellas.

Esa carga tan pesada que han estado llevando algunos, la quiere aligerar.

*"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar."* (Mateo 11: 27)

Echa mano de Su gracia para que así sea.

Esa ansiedad que quiere robar a los hijos de Dios la paz, que es la porción que les pertenece - echadla sobre Él, amado hermano y hermana, que Él tiene cuidado de vosotros.

*"echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros."* (1ª. Pedro 5: 7)

Ese pecado que muchos no habéis podido vencer, no se enseñoreará más de vosotros, porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia Suya, que hace que lo imposible sea posible, y que haya en vosotros una fuerza no vuestra, sino de Él, que os libera de la esclavitud del pecado.

*"Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia."* (Romanos 6: 14)

¿Que en tu cuerpo tienes malestares y trastornos internos

que te molestan y a veces aun agobian?

Él te anuncia que como el Espíritu que lo resucitó a Él de los muertos mora en ti, vivificará tu cuerpo mortal, por ese mismo Espíritu.

*“Y si el Espíritu que aquél que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”* (Romanos 8: 11)

¿Qué eso se lo has pedido, y parece que no hay respuesta?

En ese caso es porque Él permite que así sea, pero se compromete a extenderte Su gracia, a fin de que lo puedas sobrellevar bien, y al mismo tiempo, sin que te creas que eres un San Pablo, que seas enriquecido en tu vida espiritual. (2ª. Corintios 12: 8-10)

¿Qué en la economía apenas si llegas a fin de mes?

Aprende de los filipenses, que aún en su estrechez daban al Señor con generosidad, y así pudieron convertirse en depositarios de la preciosa promesa y buena nueva:-

*“Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.”* (Filipenses 4:18-19)

¿Qué echas mucho de menos a un ser querido que se ha marchado a estar con Él? Regocíjate en gran manera, que a su tiempo lo volverás a ver, rejuvenecido, y le podrás dar un fortísimo abrazo – el de un reencuentro dichoso y feliz. (Ver 1ª. Tesalonicenses 4: 13-18)

En fin, que Jesucristo, el primer y más grande y maravilloso evangelista, tiene un cúmulo inagotable de buenas nuevas para todos y cada uno de los Suyos.

Así que, ***a recibirlas, apropiárselas y disfrutarlas.***

12) *“Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo; y comenzando a hundirse, dio voces diciendo: ¡Señor, sálvame!”*

*“Al momento, Jesús, extendiendo la mano asió de él.”* (Mateo 14: 30-31)

Al pasar ahora a la última pista, lo hacemos valiéndonos

del conocidísimo relato de Jesús andando sobre las aguas, y del fallido intento de hacer lo propio por parte de Pedro.

Nos abstenemos de criticar o enjuiciar a Pedro, pues, como hemos dicho ya en más de una ocasión, en lugar suyo ¿quién de nosotros se habría quedado impertérrito ante el mar embravecido y el rugir de las olas y el viento?

En cambio, lo que queremos destacar aquí es la admirable figura de Jesús, no sólo andando con toda calma sobre las olas, sino haciendo gala de otra más de sus excelentes virtudes: la de ser un maravilloso socorrista.

¡A cuántos hombres y mujeres necesitados y maltrechos de las más diversas maneras, o bien a punto de hundirse en la vida, se nos ha manifestado como eso que es - el gran socorrista.

Es el que siempre está de turno para tendernos Su mano fiel y amorosa. (Sabemos que a veces en las playas se nos advierte que no hay socorrista de turno.)

Tenemos presente el supuesto caso, algo risueño, de un hombre que no sabía nadar y cuya mujer se estaba ahogando, por lo cual acudió con urgencia, pero sin éxito, a cuatro señores de cuatro nacionalidades distintas que se estaban recreando en la playa.

El primero era un norteamericano que le exigía una suma de dólares para hacerlo y él no los tenía; el segundo era francés, y al saber que la mujer no era ni esbelta ni hermosa no quiso saber nada; el tercero fue un inglés que se negó a hacerlo, porque nunca la había conocido ni se la habían presentado; finalmente, un argentino, que contestó afirmativamente y con todo énfasis: ¡Cómo no! Mañana mismo.

Confiamos en que este toque humorístico no lesione ninguna susceptibilidad - sólo se trata de ilustrar cómo, muchas veces, se está dispuesto a socorrer a alguien, siempre y cuando con ello se logren ventajas o beneficios, o bien, que no incomode ni resulte inoportuno.

Retomando la seriedad y sobriedad, queremos

puntualizar que hay muchos pseudo socorristas, que, a veces con buena intención, y otras sin ella, ofrecen sus servicios, pretendiendo tener la clave para socorrernos.

La palabra de Dios nos tiende un salvavidas eficaz y totalmente satisfactorio:-

*“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”*(Hebreos 4: 16)

Hay un trono que no se llama el propiciatorio, como el del tabernáculo y del templo, sino *el trono de la gracia*, situado en el cielo, pero al alcance de quien quiera de veras desee allegarse a él. Puede hacerlo confiadamente, pues, sentado a la diestra del Padre, allí se encuentra Jesucristo, que entre muchos otros atributos tiene el de ser *la gracia personificada*.

Tiene, además, tal plenitud de gracia, que de Él podemos tomar todos, gracia sobre gracia. (Juan 1: 16)

Esa gracia, amén de sus muchas otras proyecciones, tiene la muy valiosa de servir para el *oportuno socorro* - nunca para un mañana que será demasiado tarde; tampoco exigiéndonos una suma de dinero en pago, ni que reunamos condiciones de estética o alto rango social. Ni siquiera objetará que no somos conocidos ni hemos sido presentados, porque, muy por el contrario, nos conoce desde la matriz y aún antes, y hasta nos tiene contados los cabellos de nuestra cabeza.

Socorrista admirable, desinteresado y noble, que nos ama de verdad, y que siempre está en total disponibilidad para todo el que se le acerque con sinceridad, humildad y fe.

Esto constituye, en verdad, nada menos que un seguro contra todo riesgo, y sin prima - gratuito y ¡sin letra chica!

.Bien podemos cerrar con las palabras de Deuteronomio 33: 29

*“Bienaventurado tú, oh Israel”*

*“¿Quién como tú, pueblo salvo por Jehová, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo?”*

Así, hemos llegado al fin que nos propusimos, de descubrir en nuestra labor detectivesca la docena redonda de pistas.

Recapitulamos, agregando a las seis enumeradas al fin del capítulo anterior, la media docena correspondiente a éste: *trompetista, alarmista, foguista, maquinista, evangelista y socorrista*.

Repetimos aquí ahora lo que pusimos en un libro anterior, al acercarnos al fin del mismo. Como en aquella ocasión, volvemos a transcribir el genial soneto Violante, de Lope de Vega, cuya gracia y notable precisión, siempre han sido de nuestro sumo agrado.

Un soneto me manda a hacer Violante,  
¡Que en mi vida me he visto en tal aprieto!  
Catorce versos dicen que es soneto,  
Burla, burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,  
Mas ya estoy en la mitad de otro cuarteto,  
Y si me hallo en el primer terceto,  
No hay cosa en los cuartetos que me espante.

En el primer terceto voy entrando,  
Y aun presumo que entré con pie derecho,  
Pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,  
Que estoy en los trece versos acabando;  
Contad si son catorce ¡y está hecho!

Seguimos sin contar con nada que se asemeje ni remotamente al genio de Lope de Vega. No obstante, haciéndonos eco de sus palabras finales, de la manera más prosaica, pero no sin una buena dosis de íntima satisfacción, concluimos diciendo:

**Contad las doce pistas ¡y está hecho!**

# 12

## *Los terremotos de Dios.*

Por supuesto que no nos referimos a los movimientos sísmicos comúnmente llamados terremotos, sino a esas situaciones en que, por Su obrar poderoso, el Señor hace estremecer y temblar, ya sea un lugar, o bien a una persona o un grupo de personas.

Aquéllos generalmente causan grandes estragos, demoliendo viviendas y a menudo cobrando muchas víctimas. Estos últimos persiguen un fin divinamente determinado, que por lo general trae bendición, desbloqueando situaciones, abriendo puertas cerradas, e incluso a menudo trayendo liberación, o bien comunicando poder espiritual a siervos y siervas.

Iremos tomando algunos de los muchos casos que se presentan en las Escrituras, procurando extraer conclusiones que resulten instructivas y a la vez provechosas.

### ***Israel en el Sináí.-***

*"...y todo el monte se estremecía en gran manera" (Éxodo 19: 18b)*

*"Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos." (Éxodo 20: 18)*

Aquí el pueblo de Israel se encuentra en la víspera de la promulgación de la ley mosaica, la cual Pablo nos hace

saber en Gálatas 3: 24 que *“ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo.”*

El Señor desplegó en aquella ocasión algo de Su poder temible y terrible, con las manifestaciones que se consignan en el versículo citado. Las mismas fueron tan potentes e impresionantes, que el pueblo reaccionó temblando, situándose a lo lejos y pidiéndole a Moisés que él hiciese de interlocutor, ya que un gran temor les había sobrecogido.

Fue entonces que Moisés les respondió diciendo:

*“No temáis; porque para probaros vino Dios, y para que su temor esté delante de vosotros, **para que no pequéis.**”* (Éxodo 20: 20)

Esto constituye un grado elemental en el trato de Dios con Su pueblo. Sabiendo que eran tan proclives al pecado, les hace sentir el impacto aplastante y terrible de Su inmenso poder, con el fin de que no lo cometan, y queden así atrapados en él, para su gran desdicha, ruina y perdición.

Como decimos, se trata de un grado muy elemental, pero muy necesario en el comienzo de lo que les ha de resultar un largo camino.

Aun en el trato con nosotros, Sus hijos, en la época del nuevo y mejor pacto en que estamos, a veces el Señor se ve obligado a inculcarnos un verdadero temor, reverente y obediente, valiéndose, no precisamente de manifestaciones portentosas de Su poder, sino del castigo y el escarmiento.

Éstos, con ser punitivos, persiguen un fin todavía más importante – el de ser correctivos, para llevarnos a un nivel más alto. (Ver Hebreos 12: 5-11)

### **David.-**

*“Temblad y no pequéis. Meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama y callad.”* (Salmo 4: 4.)

En este salmo de David el sentido es algo distinto. La versión del rey Santiago hace pensar en un temor y temblor reverencial, ante la majestad y grandeza de Dios.

El resto del versículo nos lleva a reflexionar quedamente

en las vigiliias de la noche, con silencio y recogimiento reverentes, y un sano temor del Señor, el cual, como reza en Proverbios 1: 7, es el principio de la sabiduría.

### *Isaías.-*

En nuestro capítulo cuarto, sobre la gran visión de Isaías, ya vimos como los quiciales de las puertas se estremecieron ante las potentes voces de los serafines, que proclamaban el uno al otro la santidad y la gloria de Dios.

*Jeremías*, por su parte, azorado y consternado al ver la falsía e hipocresía gravísimas de los falsos profetas, se encontraba con que su corazón estaba quebrantado dentro de sí y todos sus huesos temblaban "...delante de Jehová, y delante de sus santas palabras." (Jeremías 23: 9)

*Ezequiel*, a su vez, nos da cuenta de lo sucedido en el valle de los huesos secos, consignando que tras profetizar él, como le había sido mandado, "...hubo un ruido...y he aquí **un temblor** y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso." (Ezequiel 37: 7)

Es importante notar el efecto positivo de este temblor, que fue creativo, si vale, y no destructivo.

Nos presenta también la verdad de cada hueso con su correspondiente hueso. Además de ser un hueso sano y bien formado, debe estar ubicado en su debido lugar.

A menudo hemos señalado que podemos tener, por ejemplo, un hueso perfecto perteneciente al tobillo, pero si lo colocamos, también por ejemplo, junto al fémur o cualquier otro hueso que no corresponda, siempre habrá una fuerte fricción, amén de otras dificultades.

Alegóricamente, esto nos habla de que en el Cuerpo de Cristo tenemos que estar colocados en el debido lugar, que no es uno librado a nuestro arbitrio, gusto o agrado personal

*"Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo como él quiso." (1ª. Corintios 12: 18)*

**Daniel**, como auténtico siervo de Dios, también supo muy bien lo que es temblar delante del Eterno.

*“Mientras hablaba esto conmigo, me puse en pie temblando.”*  
(Daniel 10: 11b)

No sólo eso, sino que también, como resultado de su vida y testimonio, el rey Darío de Media dispuso:

*“De parte mía es puesta esta ordenanza: Que en todo el dominio de mi reino todos **teman y tiemblen** ante la presencia del Dios de Daniel; porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, y su reino no será jamás destruido, y su dominio perdurará hasta el fin.”* (Daniel 6: 26)

Antes de proseguir, debemos puntualizar que somos muy conscientes de la gran diferencia entre un temblar producido por el Espíritu de Dios, y el que a veces se trata de provocar con las fuerzas propias.

Esto suele ocurrir con personas que han conocido o sabido de ocasiones pasadas, en que, al manifestarse la presencia divina, hombres y mujeres temblaban y se estremecían.

Al tratar de provocarlo ellos mismos, han caído en el error de confundir causa y efecto, y las derivaciones de eso nunca podrán ser favorables ni realmente provechosas.

### ***Elías en Horeb. el monte de Dios.-***

Aunque ya comentamos en la primera parte de esta obra esta trascendental experiencia de Elías, no podemos menos que agregar algunas reflexiones relacionadas con el tema del terremoto que estamos tratando.

No deja de ser significativo, que en el mismo preciso lugar en que Moisés recibió su llamamiento, al hablarle el Señor de en medio de la zarza que ardía en fuego, unos buenos siglos después Elías iba a tener la asombrosa y sorprendente experiencia que se nos relata en 1ª. Reyes 19: (8-18)

El punto culminante de la misma fue el silbo apacible y delicado, por medio del cual el Señor le dio la triple carta de

triunfo, en la gran lucha de ese entonces contra el oscuro y terrible culto de Baal.

No obstante, ese silbo apacible y delicado fue precedido por tres manifestaciones portentosas de la omnipotencia de Dios, a saber, un grande y poderoso viento, un terremoto y un fuego.

Las mismas eran indispensables para solventar el cumplimiento de lo dicho y prometido por el silbo apacible y delicado.

### *En el Nuevo Testamento.-*

Estas tres manifestaciones, unos buenos siglos más tarde, también aparecieron en el Nuevo Testamento. Pasamos ahora a hacer una ilación con las mismas.

Llama la atención el hecho de que, aunque con matices distintos, como decimos, las tres acaecieron en los albores de la iglesia primitiva.

El día de Pentecostés se dieron dos de ellas: el viento recio que llenó toda la casa, y las lenguas repartidas, como de fuego, que se asentaron sobre cada uno de los discípulos.

En cuanto al terremoto, recién apareció en Los Hechos 4: 31:-

*“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló.”*

Curiosamente, de las dos primeras no se nos da cuenta de que hayan vuelto a presentarse de la misma manera, si bien esto no descarta por completo que lo hayan sido.

En cambio, la tercera – el terremoto – vuelve a aparecer en varias ocasiones. Notemos los efectos causados por cada una de ellas.

### *Los discípulos perseguidos y amenazados.-*

Ésta es la que corresponde a la cita de Los Hechos 4: 31, que figura más arriba. La primera consecuencia fue que todos fueron llenos del Espíritu, y hablaban con denuedo la palabra de Dios, a pesar de las amenazas y la prohibición de

hacerlo, impuesta por los gobernantes, ancianos y escribas.

Asimismo, hubo un fuerte efecto unificador, de tal manera que la multitud, que constaba de varios miles, era de un corazón y un alma.

Además de esto, tuvo la virtud de infundir una maravillosa solidaridad práctica: *“Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.”* (4: 32)

Sobre todo, hizo que los apóstoles fueran investidos de gran poder y autoridad para dar testimonio de la resurrección de Jesucristo. Esto era algo de capital importancia: que se supiese sin la menor duda que Su crucifixión no había sido el fin, sino un trampolín, desde el cual había irrumpido en gloriosa y triunfal novedad de vida.

Como broche de oro, *“abundante gracia era sobre todos ellos.”* (4: 33) Algo sin duda indispensable para que una multitud tan grande conviviese tan de cerca.

Como vemos, un cúmulo de bendiciones de inestimable valor.

### ***La conversión de Saulo de Tarso.-***

La siguiente la tenemos en Los Hechos 9, cuando al entonces llamado Saulo de Tarso, Jesucristo se le reveló con la luz fulminante de un fogonazo celestial.

*“...cayendo en tierra... temblando y temeroso.”*

La conversión de Saulo la tratamos a fondo en nuestro libro anterior *“Volviendo a las Fuentes Primitivas.”*

Aquí la miramos brevemente, desde la perspectiva de este capítulo, sobre los terremotos de Dios.

El Señor tenía propósitos muy importantes para la vida de él. Lo iba a utilizar para llevar al arrepentimiento, a muchas almas endurecidas por el pecado y el mal en general.

Por lo tanto, ese poder divino que operaría poderosamente en las vidas de tantos y tantos bajo su ministerio de proclamar el evangelio pleno de las

inescrutables riquezas de Cristo, era necesario que operase primeramente en él, y con mucha potencia.

Si bien no había cometido pecados de la índole de atracos, asesinatos y otros crímenes graves, su alma estaba cargada de un odio infernal hacia los santos del Señor, que iba acompañado de su voz aprobatoria cuando se les quitaba la vida por negarse a renegar de la fe.

Para demoler y desterrar todo eso de su ser, el Señor se valió de lo que muy bien podríamos llamar un tratamiento shock - el de esa luz poderosísima que lo deslumbró totalmente, e hizo que cayera en tierra temblando y temeroso, como ya hemos visto.

Los tres días siguientes, tras ayunar y orar intensamente delante del Señor, pasó a ser un hombre profunda y temblorosamente arrepentido. Todavía tenía mucho que aprender y mucho que desaprender, pero el fundamento ya estaba sólidamente puesto en su vida para constituirlo en el hombre idóneo para esa gran tarea que le aguardaba, y que ya hemos definido - la de ser el vaso a través del cual muchos pecadores endurecidos iban a ser quebrantados, temblando delante de Dios con profundo arrepentimiento.

Por supuesto que ésa no iba a ser su única tarea, ni mucho menos, pero sí una muy importante entre muchas otras, y la que se relaciona con el tema en que estamos.

Para vislumbrar en algo cómo se desarrolló ese objetivo del Señor pasamos ahora a un caso muy puntual que lo ilustra y ejemplifica acabadamente.

### ***Pablo y Silas apresados en Filipos.-***

*“Entonces sobrevino de repente un gran terremoto.”*

Este relato, que se encuentra en Los Hechos 16: 19-40, además de ser apasionante, nos presenta, tanto en forma viva y práctica, como figurativamente, una serie de resultados del gran terremoto que tuvo lugar. Ninguno de ellos consistió en estragos o daños materiales; como veremos, todos fueron buenos y benéficos.

*“de tal manera que los cimientos de la cárcel se sacudían.”* (16: 26)

Simbólicamente, vislumbramos aquí esa cárcel que el enemigo de las almas logra construir en la vida de quienes no andan en plena obediencia, sino en la carne.

Notemos que el detonante del terremoto fue que Pablo y Silas, aun padeciendo una cruel persecución y un encarcelamiento totalmente injusto, oraban y cantaban himnos a Dios. Significativamente, leemos *“y los presos los oían”*

Esas oraciones y alabanzas, brotadas de dos varones impregnados del Espíritu Santo, reverberaban en los corazones de los presos, e inmediatamente después se desencadenó el gran terremoto que sacudió los cimientos de la cárcel.

Cuando presos bajo un pesado yugo de servidumbre oyen ese hablar ungido y poderoso, necesariamente quedan profundamente impactados, y comienza una gran revolución en sus vidas.

*“Y al instante se abrieron todas las puertas.”*

Las puertas cerradas nos hacen pensar en situaciones de bloqueo persistente, callejones sin salida, y problemas que parecen insolubles.

Pero la revolución que trae el terremoto se pone en marcha, y todas esas puertas cerradas ahora se abren de par en par, como preanuncio de una muy ansiada libertad que se avecina.

*“Y las cadenas de todos se soltaron.”*

Los terremotos de Dios no son para causar daños ni estragos, sino para traer libertad a los cautivos. Cadenas que los han afligido y aun atormentado, quizá por años, ahora se sueltan, y de su interior brota un tremendo suspiro de alivio al quedar por fin liberados.

Cuando el apóstol Pedro estaba encarcelado por Herodes y el ángel del Señor vino en su auxilio, sucedió lo mismo

que en Filipos. Aun cuando estaba entre dos soldados y sujeto con dos cadenas, y los guardias delante de la puerta custodiaban la cárcel, de nada valió:- las cadenas se soltaron, la puerta de hierro que daba a la ciudad se abrió por sí misma, y Pedro recobró asombrosamente su libertad. (Los Hechos 12: 6-11)

En la sinagoga de Nazaret, Jesús leyó la predicción de Isaías 61: 1-2, que comenzaba a cumplirse al entrar Él en Su ministerio terrenal, ungido para ello por el Espíritu del Señor.

Esa predicción incluía, entre muchas otras cosas, *“pregonar libertad a los cautivos”* y *“a poner en libertad a los oprimidos.”* (Lucas 4: 18)

Tenemos en todo esto una rica trama, en la que se combinan la cárcel literal que les tocó experimentar a Pedro, Pablo y Silas, y posteriormente a muchos más, y la espiritual, en que han estado aprisionadas tantas almas a lo largo de toda la historia.

*“Despertando el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada y se iba a matar, pensando que los presos habían huido.” “Mas Pablo clamó a gran voz, diciendo: No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí.”* (16: 27-28)

Ahora el relato se centra en el carcelero y los efectos poderosos del terremoto sobre su alma.

Habiendo recibido el mandato de que guardase a Pablo y Silas con seguridad, los metió en el calabozo de más adentro y les aseguró los pies en el cepo.

Habrà pensado que serían delincuentes muy peligrosos, y seguramente que no habrá prestado atención a sus heridas que sangraban. La necesidad de cuidar que no se escapase ningún preso, so pena de ser decapitado, hacía que obrase con una actitud muy severa, desprovista de toda compasión y lástima.

Pero ahora el terremoto empieza a hacer sentir sus efectos sobre él. Despertando de su sueño, y advirtiéndolo

que todas las puertas estaban abiertas de par en par, piensa que todos los presos se habían escapado, lo que para él habría sido el fin del mundo.

Es muchas veces a esto lo que lo tiene que llevar a uno el Señor, sobre todo si su corazón está endurecido, como sin duda lo estaba el del carcelero.

Pero en esa medianoche oscura, cuando todo parecía perdido para él, la voz de Pablo, clara y potente, resuena en todo el ámbito de la cárcel.

*“No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí.”*

Es la voz que trae esperanza en el momento supremo, en que parece, como decimos, que todo está perdido.

¡A cuántos de Sus hijos y Sus siervos el Señor los ha tenido que hacer pasar por algo similar o parecido! La oscura noche en que la suerte parece irremisiblemente echada, con una ruina o un infortunio inminente, transformada en un nuevo y dichoso amanecer, por el hablar bendito que viene de lo alto, trayendo luz, liberación y una nueva y firme esperanza.

Citamos un par de estrofas de un himno de antaño, tal vez no conocido por el lector.

Dios obra por senderos misteriosos,  
Las maravillas que el mortal contempla;  
Sus plantas se deslizan por los mares,  
Y atraviesan el espacio en la tormenta.

Nuevo valor cobrad, medrosos santos,  
Esas oscuras nubes que os aterran,  
Derramarán, al fin, de compasión preñadas,  
Bendición sin fin al alma vuestra.

*“Él entonces, pidiendo luz, se precipitó adentro, y temblando, se postró a los pies de Pablo y Silas.”(16: 29)*

Vemos ahora con más claridad el impacto del terremoto. El hombre que seguramente era duro como un roble, ahora se postra a los pies de los dos siervos de Dios *temblando*.

En esto tenemos de manera latente el principio de reproducción que señalamos anteriormente. El mismo Pablo, que como Saulo de Tarso unos años atrás, en el camino a Damasco había caído en tierra *temblando* y *temeroso*, ahora ve al carcelero, postrado a sus pies y *temblando* también, así como él lo había hecho.

Ese temblar no era algo normal y corriente, como quien tiembla de miedo o pánico, ante un cataclismo, por ejemplo. Se trataba de algo mucho mayor y profundo.

*“Y sacándolos, les dijo: Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?”* (16: 30)

En esa situación tan crítica ¿qué fue lo que lo impulsó a ir precisamente a Pablo y a Silas?

El terremoto, por provenir del Señor mismo, le hizo entender que esos dos, que por ser supuestamente unos delincuentes se le había encargado que los guardase con seguridad, eran en realidad los siervos de Dios que podían socorrerlo en medio de lo que estaba aconteciendo - por cierto que ninguno de los demás presos, ni los magistrados, ni autoridades de la ciudad.

Por sobre todas las cosas, el terremoto divino le hizo entender que había algo urgente y prioritario que necesitaba solucionar por encima de todo lo demás: la salvación de su alma.

Sin oír una predicación, ni que se le hiciese un llamado a que tomase una decisión, espontáneamente, aunque sin duda impactado por el porte y la presencia de Pablo y Silas, hace la pregunta más importante de todas: *“¿Qué debo hacer para ser salvo?”*

La respuesta que Pablo y Silas le dieron fue inmediata y clarísima; fue la misma que nos da todo el Nuevo Testamento: creer de todo corazón en el Señor Jesucristo.

Cabe preguntarnos: ¿por qué no antepusieron el otro requisito que aparece en el resto de las Escrituras - el de arrepentirse?

Por la sencilla razón de que el carcelero, a todas luces había pasado a ser un hombre profundamente arrepentido, postrado a los pies de ellos, temblando, y preguntando con tanta urgencia qué debía hacer para ser salvo.

El agregado que le hicieron “tú y tu casa,” nos da una pauta de la fe y la visión que tenían estos dos varones de las proyecciones mucho mayores que vislumbraban. Sabían que ese terremoto iba a tener grandes y maravillosas derivaciones, más allá de los límites de la cárcel en que se encontraban.

Antes de proseguir, una breve digresión para amenizar. El autor conoce al renombrado evangelista internacional Luis Palau desde hace muchos años, pues se convirtió en la iglesia en que el padre, su homónimo, compartía el liderazgo con otro siervo del Señor.

Luisito, como se lo llamaba entonces, tendría escasamente unos ocho años de edad, y solía asistir a la escuela dominical.

Predicando una vez su padre, precisamente sobre este pasaje de Los Hechos 16, el autor, que entonces sólo llevaba unos meses de convertido, recuerda oírle decir en medio de su predicación, con una sonrisa en los labios:

“A algunos, parece que les hace falta que venga un terremoto para que se conviertan” (j)

Volviendo a donde estábamos antes, debemos notar lo que dice el versículo 32:-

*“Y le hablaron la palabra del Señor a él y a todos los que estaban en su casa.”*

Evidentemente, era necesario agregar mucho más a las breves, aunque básicas y fundamentales palabras que ya le habían hablado.

Así lo hicieron, y el resultado se echa de ver con toda evidencia por el versículo siguiente:-

*“Y él, tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las heridas; y en seguida se bautizó él con todos los suyos.”*

Esto denota una transformación interior muy profunda. El carcelero tiene ahora un corazón tierno y lleno de bondad, que expresa su gran arrepentimiento, y al mismo tiempo su cariño hacia los dos siervos del Señor, que habían sido cruel e injustamente azotados.

Ya no son para él presos que tenía que cuidar con seguridad para que no se escapasen, sino hermanos entrañables en la nueva fe que ha nacido en su corazón.

El hecho de que no sólo él, sino todos los suyos, se bautizaron esa misma noche, nos da una idea de la forma en que la verdad gloriosa del evangelio había penetrado en sus almas.

Relacionamos esto con el recuerdo de que el mismo Pablo - entonces todavía Saulo de Tarso - no quiso comer ni beber sin antes bautizarse. (Los Hechos 9: 18-19)

Esto nos habla de la necesidad de la obediencia, pero además, de la urgencia prioritaria que se le daba; - debía ser sin demora y anteponiéndola a todo lo demás.

Debemos destinar unos párrafos al hecho de que en la iglesia primitiva el bautismo se administraba, prácticamente, de inmediato después de la conversión. Por citar, entre otros, dos ejemplos solamente, vemos que esto sucedió el día de Pentecostés (Los Hechos 2: 38 y 41), y en el caso de Felipe y el eunuco etíope (8: 35-39)

Comentándolo en una obra anterior, dijimos que, por una parte, sin duda las conversiones de aquel entonces eran muy radicales. Por la otra, en muchos casos el dar testimonio público de la fe cristiana, exponía a la persecución a quienes lo hacían.

Con todo, tenemos como una excepción digna de tenerse en cuenta, el caso de Simón el mago, en Samaria. Se nos dice que *"También creyó Simón mismo, y habiéndose bautizado, estaba siempre con Felipe..."* (8: 13) Sin embargo, como sabemos, bien pronto quedó demostrado que su conversión no había sido auténtica.

Agregamos también en nuestro comentario una observación práctica, basada en la experiencia. Hemos sabido de casos de uno o más siervos del Señor, que con el ánimo de proceder según el orden del Nuevo Testamento, han bautizado a personas inmediatamente después de que hicieron profesión de fe.

Lamentablemente, los resultados han sido desfavorables, y los supuestos nuevos convertidos no han dado posteriormente muestras de serlo de verdad.

Aun cuando no concuerda con lo acaecido en tiempos de la iglesia primitiva, debemos decir que en la actualidad lo que mejores resultados da es verificar con el tiempo - que no necesariamente tiene que ser muy largo, - que se vean *"frutos dignos de arrepentimiento"*, repitiendo la frase tan trillada, pronunciada por vez primera por Juan el Bautista. (Lucas 3: 8)

Aconsejando a un nuevo convertido, intimando con él hasta donde sea posible, o discipulándolo, como se suele decir, pueda dar una buena idea de si procede o no bautizarlo.

Debemos tener muy en cuenta que quien se embarca en el bautismo sin haber experimentado una verdadera conversión, difícilmente la alcance más tarde.

Asimismo, en un sentido, al bautizarlo sin que sea un verdadero renacido, se le está haciendo un daño, poniéndolo sobre una base falsa, y al mismo tiempo, convalidándolo, como si todo estuviera bien.

*"Y llevándolos a su casa, les puso la mesa; y se regocijó con toda su casa de haber creído a Dios."* (16: 34)

Un digno y hermoso broche de oro. Esa mesa, anteriormente habría sido muy distinta. Lo más probable es que no hubieran muchas sonrisas ni alegría; tal vez, todo lo contrario. Pero ahora, la venida del Señor a sus corazones lo ha cambiado todo, y no sólo él, sino todos los suyos, se regocijan, tal vez como nunca antes lo habían hecho.

No temamos el terremoto divino, del cual nos hemos

estado ocupando; es en sí una fuerza potente y revolucionaria, pero cuando completa su curso, nos lleva a un final dichoso y feliz.

*“Aún una vez, y conmové no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las incommovibles.”*

*“Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia.”* (Hebreos 12: 26-28)

Éste es un pasaje importante, que de alguna manera, pone la puntada final sobre el tema.

Está basado en Hageo 2: 6-7 y 21-22, sobresaliendo las palabras *“Y haré temblar a todas las naciones”* que aparecen en el versículo 7.

Ésta es una predicción que estamos viendo cumplirse de forma muy evidente. La situación porque atraviesa el mundo hoy día es crítica y sumamente grave.

La crisis financiera actual tiene ramificaciones y repercusiones globales, siendo casi imposible evitar que una nación no sea afectada por ella, dadas las condiciones de casi total interdependencia en que ahora se desenvuelve la economía.

El terrorismo se sigue haciendo sentir, a menudo con masacres deplorables, resultando muy difícil controlarlo, ya que puede estallar prácticamente en cualquier lugar, y cuando menos se lo espere.

A esto hay que sumar el crimen, el secuestro con demanda de rescate, las guerrillas, el caos y la anarquía que afloran por doquier, y la violencia en manifestaciones públicas de protesta, en las cuales se incendian coches y tiendas importantes, y se roba y destroza cuanto se pueda a derecha e izquierda. En muchas ciudades, la policía y demás autoridades no pueden contra tanto desorden y delincuencia.

En otro orden, tenemos el flagelo de nuevas

enfermedades que aparecen en muchas partes, cobrando un gran número de víctimas. La ciencia médica ha logrado algún progreso contra el cáncer, a base de mucho trabajo encomiable de investigación; no obstante, a partir de las últimas décadas nos encontramos con el sida, que como un aluvión incontenible está afectando a millones y millones.

Y por supuesto, tenemos los cataclismos y grandes desastres que afectan a nuestro planeta, tales como inundaciones, sequías prolongadas, terremotos y huracanes, todos los cuales, a los hijos de Dios, nos dicen a las claras que la segunda venida del Señor Jesucristo no puede estar muy lejos.

Aunque el panorama general es bastante sombrío, debemos cobrar nuevas fuerzas y optimismo por la promesa brotada de los mismos labios de nuestro Señor Jesucristo:

*“Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.”* (Lucas 21: 28)

Nuestro reino no es de este mundo, sino un reino incommovible, celestial y eterno. Aun cuando nuestro Dios nos protege, guía y bendice grandemente en nuestra peregrinación terrenal, nuestra mayor esperanza está en el siglo futuro, en el cual nos aguardan bendiciones y dichas mucho mayores, e imperecederas.

Hasta tanto el Señor no venga en Su segunda venida, o nos llame antes a Su presencia, vivamos delante de Él cada día en un espíritu servicial de amor, obediencia y tierna devoción.

Y busquemos Su rostro, con el deseo de que Él se siga manifestando en nuestras vidas, ya sea a través del silbo apacible y delicado, de la voz tierna y entrañable, del trueno, del fuego, o aún del terremoto.

Sea cual fuere, con tal de que venga verdaderamente de Él, nos hará mejores hijos e hijas, y más aptos para servirle en esta vida y en la venidera. Amén.

# 13

## *Una cosa.*

**E**n este capítulo vamos a tomar cinco ocasiones, de las muchas en que aparecen en las Escrituras estas dos sencillas y breves palabras: una cosa.

1) *“Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.”* (Juan 9: 25b)

Éstas fueron palabras dirigidas a los fariseos por el ciego al cual Jesús abrió los ojos, según consta en el relato que nos da Juan en el capítulo 9.

Un poco más tarde en el mismo pasaje, en el versículo 32, también les dijo:

*“Desde el principio no se ha oído decir que uno abriese los ojos a uno que nació ciego.”*

De estas palabras sacamos la conclusión de que, en su estado de ceguera, él había pedido a alguien que buscara en las Escrituras, a ver si figuraba algún caso de un ciego que recibiese la vista.

Después de recorrer todas las Escrituras con que se contaba entonces, le habrán dado una respuesta negativa:

*“Lo siento mucho; hay casos de leprosos sanados, tres de muertos resucitados, pero ninguno de un ciego de nacimiento que recibiese la vista.”*

Eso sería suficiente para desanimarlo totalmente, quitándole toda esperanza, y estaría en ese estado de

absoluto desánimo cuando Jesús se le acercó, para hacer para él lo que nunca antes se había hecho en el mundo.

Fue sin duda un milagro maravilloso, nunca visto antes, y esto ponía a los fariseos en una situación de responsabilidad gravísima ante Dios, según brota de las palabras del mismo Jesús en Juan 15: 24:-

*“Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre.”*

Hacia el final del relato, Jesús afirmó:

*“Para juicio he venido yo a este mundo, para que los que no ven, vean, y los que ven sean cegados.”* (9: 39)

Es una sentencia profunda. Desgranarla a fondo llevaría mucho tiempo.

Bástenos decir que en ella, Jesús subrayó el hecho de que hay la ceguera natural, y también la espiritual,

En cuanto a la primera, en un plano muy básico, digamos que debemos estarle muy agradecidos al Dios Creador por darnos el maravilloso don de la vista, y por supuesto que debemos saber cuidarla y atesorarla.

Al mismo tiempo, cabe reconocer otra vez el milagro grandioso que hizo Jesús al abrirle los ojos a un ciego de nacimiento – algo que, como ya dijimos, no se había visto nunca antes.

Pero debemos también señalar la gran importancia de tener la vista espiritual, que sólo se recibe cuando uno renace de verdad por el Espíritu.

Jesús le dijo a Nicodemo en la memorable ocasión que se nos narra en Juan 3:

*“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios.”* (3: 3)

Se podrán ver todas las maravillas de este mundo – los panoramas más hermosos y pintorescos, y los edificios más destacados de las grandes ciudades – en fin, todo lo que nos rodea, bueno y malo.

Sin embargo, en cuanto a las cosas celestiales, imperecederas y eternas del reino de Dios, uno es y seguirá siendo un ciego total, hasta tanto no experimente ese maravilloso milagro de renacer por el Santo Espíritu de Dios.

Los que hemos tenido la dicha de experimentarlo, podemos decir con absoluta certeza, haciéndonos eco de las palabras del ciego de Juan 9, "**Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo.**"

Sabemos de dónde hemos venido y a dónde vamos; sabemos de Quién somos, y que del mundo ya no somos.

Ese ver y ese saber provienen del hecho de que Jesús, con Su muerte expiatoria, ha quitado de nuestras vidas el pecado, el cual, en verdad, es lo que enceguece al ser humano.

*"Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque **las tinieblas le han cegado los ojos.**"* (1<sup>a</sup>. Juan 2: 11)

¿Puedes tú también, querido lector, decir de ti mismo con toda confianza, que habiendo sido ciego, ahora ves, porque has renacido del Espíritu?

2) *"...pero sólo **una cosa** es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada."* (Lucas 10: 42)

Este versículo es parte del pasaje en que se nos narra la ocasión en que Marta recibió en su casa a Jesús, con el loable fin de honrarlo y agasajarlo.

Como está sumamente trillado, nos abstendremos de comentarlo en detalle. Solamente señalamos la necesidad de saber que hay los momentos y las ocasiones en que hay que saber dejar de lado todo lo cotidiano y terrenal, para centrarnos totalmente en lo espiritual y celestial.

En el caso del relato, eso era sentarse a los pies de Jesús, para escuchar y asimilar las palabras de vida, luz y verdad que brotaban de Sus labios benditos.

Eso Jesús lo calificó, diciendo que lo que había hecho María era escoger la buena parte - la **una cosa** necesaria por encima de todas las demás.

Y agregó a ello una preciosa promesa. Al decir “*la cual no le será quitada*” dio claramente a entender que quien de su libre voluntad, sin ser presionado ni obligado por ninguno, lo elige a Él en su vida, tendrá asegurada una gran dicha. Esa buena parte que ha elegido, no le será quitada por nada ni nadie – será suya por toda la eternidad.

Esto que acabamos de poner, por su gran sencillez y por ser tan elemental y tan sabido, puede mirárselo con una actitud de ¿Y quién no lo sabe? Eso es de jardín de infantes, lechecita espiritual.

Lo importante, como hemos recalcado muchas veces, es experimentar y disfrutar los beneficios de una verdad espiritual, no meramente comprenderla y saberla a nivel mental.

Nos tememos que muchos que la saben y comprenden, quedan, sin embargo, atrapados como María en muchas cosas que los afanan y turban, y sin darse cuenta de ello, dejan de elegir la buena y mejor parte, para su grave perjuicio y desdicha.

Que tú no seas uno de ellos, amado lector, ni tú, cara lectora.

3) “*Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: **Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz.***” (Marcos 10: 21)

Estas palabras que le dijo Jesús al joven rico brotaron de un amor sincero y real hacia él. Fueron palabras que le hicieron una propuesta que él rechazó, para irse entristecido.

Era como si en la balanza de su vida había dos platillos. En el uno estaba la persona sumamente interesante y atrayente de Jesús, y en el otro sus muchas posesiones y riquezas.

Lamentablemente, en su estimación la segunda pesaba más que la primera, y como ya dijimos, se marchó entristecido, conservando su propio tesoro, pero perdiendo

el de muchísimo más valor que Jesús ponía a su alcance.

Algo que surge claramente en los relatos de los evangelios es que a cada persona que se acercó a Jesús, el Maestro le habló de distinta forma, adecuada y apropiada según sus circunstancias personales y la naturaleza de su motivación o necesidad.

Esto lo comprobamos fácilmente, tomando, por ejemplo, los cuatro primeros capítulos de San Juan. En el primero vemos que, entre otros, le habló a Natanael; en el segundo, a la virgen María, en el tercero a Nicodemo y en el cuarto a la mujer samaritana.

No les dijo lo mismo a todos, sino que por el contrario, según el caso, a cada uno le exhortó o aconsejó de manera bien diferente. Y lo hizo entonces, y lo sigue haciendo de esa forma hasta el presente, pues nos conoce muy bien a cada uno, y sabe con absoluta certeza qué es lo más indicado para cada uno.

Las primeras cuatro palabras de lo que le dijo al joven rico las hemos subrayado, porque en realidad son un abanico muy grande que se puede abrir de par en par, para cubrir un espectro muy amplio de posibilidades.

El autor no recuerda si esto que sigue, ya lo ha puesto o no en alguna obra anterior, pero como le viene a la mente, no vacila en hacerlo, confiando que en caso afirmativo, cualquier lector que lo recuerde sepa disculpar la repetición.

Hace poco más de cinco años, en Julio de 2006, estaba comprometido para predicar un domingo a la tarde en una iglesia de habla hispana en Londres. Faltando unas semanas uno de los directivos de la iglesia lo llamó por teléfono, pidiéndole que por favor postergase su visita.

Al inquirir sobre el por qué, se le dijo:

“Usted sabe, hermano, que ese día se juega la final del campeonato mundial de fútbol, y como muchos no estarán, no quisiéramos que venga cuando la iglesia esté medio vacía.”

A cada uno de esos hermanos que no iban a asistir a la reunión debido a ese evento particular, creemos que Jesucristo le diría:

*"Una cosa te falta: ¡amarme a mí más que al fútbol!"*

No obstante, ese consejo o exhortación no tendría ninguna aplicación para quienes no tienen interés en el fútbol. Para ellos esas cuatro palabras – *Una cosa te falta* – deberían ir seguidas por algo diferente, dentro de una enorme gama de posibilidades.

Enumeramos una docena de ellas, animando al lector a que identifique cuál le parece la, o las, más indicadas para sí mismo.

### ***Una cosa te falta:***

Dedicarle más tiempo a la oración que los pocos minutos que le destinas a diario.

Observar una mucho mayor prudencia en tu hablar.

Tener bien presente que en todo momento, por ser un hijo de Dios, me representas a mí, tu Salvador y Maestro.

Guardarte de malgastar el tiempo en cosas inútiles o de poco provecho.

Ser menos propenso a ver los fallos y defectos de los demás.

Ser más propenso a darte cuenta de tus propios fallos, y disponerte a corregirlos.

Ser generoso en sembrar, recordando que quien siembra escasamente, escasamente cosechará.

Conservarte puro, liberándote de cosas contaminantes que has estado consintiendo en tu vida.

Darle a las Sagradas Escrituras ese primer lugar que deben tener en tu lectura.

Quitar de tu biblioteca libros indignos de ser leídos por un verdadero hijo de Dios.

Reducir sensiblemente el tiempo que le das innecesariamente a la televisión y al Internet, limitando ese tiempo para cosas realmente útiles y edificantes.

Buscar a diario servirme en la plena voluntad de Dios, y no dejar que las semanas y los meses transcurran sin que lo hagas de verdad.

No temamos abrirnos al Señor plenamente, para que Él nos pueda indicar la próxima cosa que nos falta.

Tengamos bien presente que él siempre nos habla con amor y para nuestro más alto bien. Lo que nos diga que hace falta quitar, será porque es algo perjudicial para nuestra alma; lo que nos diga que hace falta añadir, seguramente que será algo provechoso y para bendición nuestra.

*“Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo.”* (Salmo 27: 4)

Éstas son palabras del rey David, que nos revelan el precioso espíritu que lo animaba. Como monarca de Israel, debemos comprender que con toda seguridad tenía una agenda muy apretada, con un buen número de entrevistas con gente que acudía a él en busca de consejo o ayuda; compromisos de los más variados, en los cuales se requería su presencia ineludiblemente; problemas de todo orden, etcétera.

Sin embargo, para él había algo de lo cual no podía ni quería prescindir en absoluto: pasar un buen rato en el templo del Señor cada día, con un doble fin, a saber, *contemplar la hermosura del Señor, e inquirir en su templo.*

Esto nos muestra la forma en que él valoraba al Señor, viendo en Él un encanto sin par que había prendado su alma. Era un deleite diario el suyo, algo tan caro para él, que no se lo quería perder ningún día de su vida.

Naturalmente que esa hermosura que Él veía en el Señor no era estética. Lo que realmente le deleitaba y fascinaba, era la gracia, la gran bondad y misericordia, la sabiduría, la gloria, la dignidad y el honor, la majestad y la grandeza, y tantas otras virtudes y atributos del Eterno Yo Soy.

El contraste entre toda esa belleza moral y espiritual, y lo que él veía a diario a su alrededor - egoísmo, avaricia, celos, maldad de todo orden, ansiedad y tensiones, etcétera - sería totalmente abismal.

Por lo tanto, ese rato diario con el Señor, que seguramente no sería muy breve, era como un refugio y un bálsamo que le permitía reponer las fuerzas, y recrearse como en un oasis, disfrutando en cierto modo de anticipos de las dichas del siglo venidero.

Pero también suponía *inquirir en su templo*. Para tantos problemas y situaciones difíciles con que sin duda se encontraría a diario, necesitaba el consejo divino, la inspiración y la guía de su Señor, para saber cómo actuar en cada caso.

Bien podemos imaginarlo salir extasiado en su interior por tanta belleza y encanto, y al mismo tiempo, gozoso de tener la respuesta divina precisa para las cosas delicadas o engorrosas que tenía que enfrentar.

Es el lugar donde no sólo él, sino muchos otros siervos de Dios hemos tenido que cobijarnos a lo largo de toda una vida.

El lugar donde se aprende el verdadero amor - donde la santidad blanquísima y purísima de lo celestial, nos invade e imprime su sello inconfundible en el alma - donde se aprende la paciencia, el saber esperar queda y confiadamente en Él - donde se sanan y cicatrizan las heridas, se reponen las energías perdidas, y se recobran la visión y la ilusión que se habían desdibujado u opacado.

Esperamos que esto encienda en cada lector un deseo ardiente de acudir, imprescindiblemente y a diario, a ese refugio y oasis tan bendito y maravilloso.

El medio ambiente en que uno se desenvuelve hoy día, conspira abiertamente contra todo eso, presentando exigencias de toda índole, tendientes todas a que este ideal tan precioso no se pueda cristalizar.

El mismo David se encontraría con ese problema, pero notemos que después de su petición al Señor agregó las palabras *ésta buscaré*.

Esa una cosa tan cara y prioritaria para él, no sólo se la había pedido al Señor, sino que se disponía a buscarla con todo ahínco.

Aquí tenemos una clave muy importante. Muchos le piden al Señor que les ayude a cultivar la oración y una relación más personal e íntima con Él, pero no lo acompañan con una búsqueda sincera, dejando de lado cosas innecesarias. Insensiblemente se dejan enredar y atrapar por lo terrenal, de tal forma que sus deseos y peticiones no se concretan.

Hace falta una auténtica fuerza de voluntad para dejar lo innecesario. Cuando no se la tiene, tristemente la razón debe ser, casi siempre, que esas cosas que en realidad son innecesarias, ocupan un lugar demasiado importante y eclipsan el rostro y la hermosura del Señor.

¿Qué respuesta hay en tu alma, amado lector, en cuanto a esta una cosa de David que hemos estado comentando?

El autor recuerda los días de su juventud, cuando oía cosas sagradas, o entonaba junto con otros alguno de esos himnos inmortales que llegan tan profundamente.

El efecto que surtía era motivarlo a que se aislase en su habitación, para derramar su alma ante el Señor, entregarle toda su vida, y pedirle que lo llenase de Dios, de Su gracia y amor, y de tantas cosas más, santas, sagradas y sublimes.

Que una semilla de todo esto se anide en el corazón de cada lector, y germine y crezca satisfactoria y felizmente.

*“...una cosa hago; olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”* (Filipenses 3: 13-14)

En la vida cristiana hay que saber recordar y hay que saber olvidar.

Recordar las misericordias del Señor, Sus promesas firmes y fieles – sobre todo en los momentos de pruebas y dificultades; – recordar que como hijos de Dios y hermanos del Señor Jesús, debemos procurar siempre proyectar una imagen acorde con semejante honor. En fin, recordar muchas cosas que son edificantes y positivas, y que nos fortalecen y entonan para seguir la marcha ascendente.

Pero también debemos saber olvidar. Tenemos el caso de José, el amado hijo de Jacob, que por trece años, desde los diecisiete de edad hasta los treinta, padeció una serie de pruebas e injusticias muy amargas.

Posteriormente, tras haber sido liberado y honrado grandemente por Faraón, al nacerle su primer hijo, le puso por nombre Manasés, que significa el que hace olvidar. Al hacerlo dijo: *“Dios me ha hecho olvidar todo mi trabajo, y toda la casa de mi padre. (Génesis 41: 51)*

A veces se puede ser propenso a recordar cosas malas del pasado, lo cual siempre trae malas consecuencias. Si se persiste en ello, uno terminará por ser un amargado.

José supo olvidar y no dejarse sumergir en malos recuerdos. Más tarde incluso demostró ver las cosas, retrospectivamente, con una visión aún más madura y elevada.

*“Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros.” (Génesis 45: 5)*

En esto, descubrió el importante principio que siglos más tarde el mismo Pablo enunció en Romanos 8: 28, a saber, *“que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.”*

Él – Pablo – tenía recuerdos pasados que podrían ser muy desagradables, como la feroz oposición de Alejandro el calderero (2<sup>a</sup>. Timoteo 4: 14-15); la forma en que Demas lo había desamparado, amando este mundo, y se había marchado a Tesalónica, (2<sup>a</sup>. Timoteo 4: 10) y sin duda, muchísimos más.

Desde luego, también tenía recuerdos muy preciosos de cómo el Señor se le había revelado y cambiado fundamentalmente su destino, usándolo maravillosamente como un verdadero grande entre los grandes.

No obstante, la experiencia y la madurez que fue alcanzando, le hicieron ver que lo más sabio no era centrarse en recordar y rememorar ni lo uno ni lo otro.

Por el contrario, que había algo mejor y mucho más positivo: dejarlo todo atrás, y extenderse con todas sus fuerzas y su máximo amor y empeño, para que se concretase en su vida la meta más alta, el premio de haber logrado la plena cristalización de cuanto tenía el Señor asignado para Él en Sus eternos propósitos.

Aun cuando, con toda razón, nos sentiremos todos muy, pero muy pequeños, en comparación con semejante coloso, bien podemos y debemos hacernos eco de lo que él hacía.

Que por la gracia de Dios, aprovechemos el tiempo y las oportunidades, y con plena obediencia, mucha humildad y firme devoción, dejando atrás el pasado, nos extendamos hacia delante, para alcanzar el más alto bien que el Señor tiene reservado para cada uno de nosotros.

*“Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.”* (1ª. Juan 2: 28)

Sería por cierto triste que esta exhortación quedase desatendida por alguno, y terminase en el triste fin que nos da la parte final del versículo.

Con la más firme resolución, cerciorémonos de que nada de esto nos acontezca.

Concluimos el capítulo con una breve recapitulación de los cinco puntos principales:

***Una cosa sé – una cosa es necesaria – una cosa te falta – una cosa le he pedido al Señor y una cosa hago.-***

Todo muy sencillo, pero de la máxima importancia.



# 14

*El cielo antes y después de la venida de Cristo  
al mundo. (Apocalipsis, capítulos 4 y 5)*

**E**n la exposición o proclamación de la palabra, los siervos del Señor muchas veces decimos que el Cristo que anunciamos no es un Cristo histórico.

Con esto queremos decir que no es un personaje del pasado, que pasó a la historia, y no tiene ninguna relevancia en la actualidad.

Eso es verdad, pero también es verdad que Jesucristo es un personaje histórico, en el sentido de que vivió, murió y resucitó, todo ello ampliamente atestiguado por la historia.

Como sabemos, los historiadores, con raras excepciones, en general son personas agnósticas o escépticas, o bien abiertamente ateas.

No obstante, en la clasificación de la historia por etapas, si bien se distinguen varios grupos, tales como historia antigua, moderna, contemporánea, o historia de un país en particular, etc., los historiadores se han puesto de acuerdo en algo fundamental.

Han dividido la historia en dos partes claramente determinadas: antes de Cristo y después de Cristo. Con esto, tácita pero muy puntualmente, están reconociendo la total veracidad de Su venida al mundo, y el gran impacto que la misma ha tenido sobre nuestro planeta.

Al mismo tiempo, los creyentes renacidos tenemos algo que responde claramente a esta división. En efecto: la pequeña historia de la vida de cada uno de nosotros consta de las dos mismas partes: antes de venir Cristo a nuestro pequeño mundo, y después de haberlo hecho.

Todo esto con un detalle más. Conocemos el adagio *nunca segundas partes fueron buenas*. Pues en nuestro caso queda totalmente contradicho, ya que ¡la segunda parte nos ha resultado inmensamente mejor que la primera!

Otro punto adicional. Recordamos lo que nos contó un siervo del Señor en la Argentina hace muchos años, a poco de habernos convertido.

Nos dijo que al testificar sobre el mensaje del evangelio, y la salvación en Cristo Jesús a una persona inconversa, ésta le contestó con mucha incredulidad, diciendo que no creía en nada de eso, ni que haya vivido ese tal Jesucristo.

Con mucho ingenio, el siervo del Señor le preguntó cuál era la fecha que figuraba en el periódico de ese día. La respuesta fue darle esa fecha. No recordamos con precisión cuál era, pero a los efectos de nuestro relato la podemos fijar en Octubre 24 de 1943.

Seguidamente el siervo le preguntó: ¿1943 años desde qué evento?

Dando muestra de crasa ignorancia, el inconverso le contestó: “Desde que empezó el mundo” (!) a lo cual el siervo le explicó que no era así, sino que esa fecha databa desde la venida de Cristo al mundo, como algo bien sabido e incuestionable, que cualquiera lo sabe.

Sí, hasta los mismos periódicos, y los medios de comunicación en general, y cada vez que alguien pone la fecha en una carta, aunque sea un ateo rabioso y furioso, todos están atestiguando lo que nosotros, por nuestra parte, sabemos que fue un hecho histórico absolutamente verídico y totalmente comprobado.

Ahora entramos en materia al pasar a los dos capítulos del Apocalipsis citados en el título, que nos servirán de inspiración para extraer reflexiones y comentarios, los cuales confiamos que han de ser de edificación y provecho.

*“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de éstas.”* (Apocalipsis 4: 1)

Leyendo las epístolas de San Juan, nos encontramos con el espíritu pausado y sobrio de un hombre fogueado y avezado, firmemente arraigado en las verdades cardinales de la vida cristiana. Esas verdades las reitera con claridad y firmeza en sus epístolas, sobre todo en la primera, con el ánimo de fundamentar sólidamente a aquéllos a quienes escribía.

En este libro de Apocalipsis, a su avanzada y venerable edad de posiblemente más de noventa años, lo vemos pasar a una dimensión muy distinta. Quien leyera los dos – el Apocalipsis y las epístolas – sin saber el nombre del autor, pensaría que se trata de dos personas diferentes - tan grande es el contraste.

El versículo citado lo muestra mirando y viendo una puerta abierta en el cielo. Esto, dicho sea de paso, en contraste con lo que ya señalamos en un capítulo de la primera parte de esta obra, en el sentido de que en el Antiguo Testamento se habla de abrir las ventanas de los cielos. (Malaquías 3: 10) Aquí, de la puerta abierta, con lo mucho que ello nos hace pensar.

En seguida Juan oye una voz como de trompeta, que le indica que suba, que se le han de mostrar cosas muy importantes que han de suceder.

*“Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado.”* (4: 2)

Aquí se presentan, ordenada y escalonadamente, por lo menos tres cosas muy significativas y provechosas.

Se oye la voz que viene de lo alto, de una forma u otra, y por cierto sin que necesariamente sea como de trompeta, ni mucho menos.

Esa voz nos quiere llevar más alto, aunque no a alturas de altanería o de grandeza egocéntrica, sino de madurez y conocimiento del Señor y Sus insondables caminos.

De inmediato estamos en el Espíritu, y eso nos hace ver todo desde una perspectiva muy distinta: la celestial.

Con anterioridad, tal vez se estaban viendo los problemas que parecen insolubles, o se estaba muy consciente de la malicia de Satanás y sus secuaces, haciendo de las suyas y causando estragos por doquier.

Pero ahora se ve un trono, firmísimamente establecido en el cielo, y sobre el mismo Uno sentado. Es el eterno Anciano de Días, que no se inmuta, no se altera, ni nada lo toma por sorpresa o desprevenido.

Aunque es invisible, todos los demás seres de las legiones celestiales están muy conscientes de Su presencia, y de Su señorío, dominio y control absoluto.

¡Cómo necesitamos esas tres cosas: la voz que nos hace subir por encima de todo lo banal, terrenal y carnal, y que nos lleva a estar de veras en el Espíritu, y a ver el Trono establecido.!

Cuando se está auténticamente en el Espíritu, no con los ojos naturales, sino con los de la fe y del espíritu de uno mismo, se ve ese trono de la majestad en las alturas, con el Eterno Padre sentado, y con el Cordero a Su lado.

Éste es un ejemplo muy vívido y real que nos hace ver la enorme virtud de lo que antecede. Como ya se ha dicho, se sube a lo alto, desde donde la visión y la perspectiva son muy distintas.

Cabe ilustrar aquí con lo que sucede cuando un avión levanta vuelo. Antes de eso, por la ley de la gravedad está estacionado en el aeropuerto, pero al ponerse en funcionamiento sus potentes motores, comienza a operar algo más poderoso, que supera a la ley de la gravedad y lo

eleva hasta llegar a un cielo despejado, con el sol brillando en plenitud.

Las nubes que se veían estando en tierra, a menudo grises o muy oscuras, todavía subsisten, pero con dos grandes diferencias. Ahora están debajo de nosotros, no encima, y - por lo menos ésta es la experiencia del autor - desde arriba generalmente se las ve muy blancas, no grises y oscuras.

Huelga decir que esa blancura nos habla de que representan meras pruebas temporales, con el fin de purificar e irrigar nuestras vidas.

Otro punto de interés es el que brota de las palabras de Esteban "*Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.*" (Los Hechos 7: 56)

En el original griego el sentido literal es *está en pie*. Esto echa de ver que el Señor Jesús, que al ascender se había sentado a la diestra de la majestad en las alturas (ver Hebreos 1: 3, etc.) en esta ocasión especial se pone en pie.

Lo hace para rendir un cálido y amoroso tributo a Su primer mártir, quien está a punto de ofrendar su vida en sacrificio vivo.

Volviendo al hilo, a continuación en el texto se nos da una descripción del trono celestial y del que está sentado sobre él, descripción ésta que nos habla de la grandeza, majestad y gloria que reflejan, valiéndose de la comparación con piedras preciosas y el arco iris.

Aun cuando aquí se lo describe de esa forma particular, nos hace pensar en el Anciano de días de Daniel 7: 9, que luce las canas dignísimas de Su eterna ancianidad.

Lo decimos por lo que sigue:

*"Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas."* (4: 4)

El Eterno Anciano de días se hace rodear por veinticuatro dignísimos ancianos, que ostentan una

dignidad derivada de Él mismo, tanto por las ropas blancas que visten, como por las coronas de oro en sus cabezas.

Es una prueba de la forma en que Dios valora la ancianidad alcanzada en el camino de la justicia.

*“Corona de honra es la vejez que se halla en el camino de justicia.”* (Proverbios 16: 31)

Tampoco es el único caso, por cierto, pues en Números 11:16, en una encrucijada crucial para Moisés, como respuesta a su gran clamor, el Señor le dijo:

*“Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo.”*

Esta cierta predilección por los ancianos no es algo que queremos presentar como una postura rígida, máxime teniendo en cuenta que ¡por nuestra avanzada edad podríamos estar pecando de parcialidad!

Como contraste, hemos de puntualizar que Jesús eligió como Sus primeros apóstoles a hombre jóvenes, a fin de formarlos para la importante labor que les tenía asignada.

El autor también fue llamado por el Señor cuando joven, muy joven, pero desde entonces ha tenido que andar un largo camino de aprendizaje para llegar a su ancianidad actual.

En fin - que tanto lo uno como lo otro, tiene su importancia y su lugar particular en la carrera cristiana.

*“Y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios.”*

Alguno ha tomado esto al pie de la letra, entendiendo que se trata literalmente de siete Espíritus de Dios. Hasta hemos oído que, en base a ello, y al versículo 6 del capítulo 5, alguien propugnaba que el ser divino constaba de nueve, a saber, Padre, Hijo y los siete Espíritus de Dios.

Creemos que la interpretación más razonable y lógica está en comprender que el número siete representa en las Escrituras algo perfecto y completo,

Así, tomando como referencia Isaías 11: 2 tenemos el siete en uno, a saber: *“Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová;*

(1) *espíritu de sabiduría* (2) *y de inteligencia* (3) *espíritu de consejo* (4) *y de poder*, (5) *espíritu de conocimiento* (6) *y de temor de Jehová.*" (7)

*"Junto al trono y alrededor del trono, cuatro seres vivientes."*(Apocalipsis 4: 6 b)

Como vemos, en la visión también se nos dice que había cuatro seres vivientes, que creemos que responden, por la descripción que se nos da de ellos, a los querubines de Ezequiel 1:5 y 10:20.

La semejanza de ellos algunos la relacionan a cada uno de los cuatro evangelios: el León, rey de la selva, a Mateo, (Jesucristo, Rey de los judíos), el becerro o buey, Cuyo espíritu de siervo sobresale en Marcos; el hombre, el Hijo del Hombre que encontramos en Lucas, y el águila, el Eterno Hijo de Dios, en relación con la gran águila de Deuteronomio 32: 11 y Apocalipsis 12: 14.

Hemos puesto esto solamente como algo de interés, y no como una postura propia, dado que nos parece algo rebuscado.

Contando los personajes que se mencionan, tenemos entonces en total treinta: El que estaba sentado en el trono, los siete espíritus con los cuales se representa al Espíritu de Dios, los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes,

No estamos afirmando que en el cielo sólo había treinta, sino que es el número a que se llega por lo que nos dice el pasaje. Esto nos sirve a los fines de la comparación que estamos trazando.

Es decir, que nos encontramos con un cielo de solemne honra y adoración al que está sentado en el trono y vive para siempre; un cielo con treinta personajes y del que no se nos dice que en él haya música ni melodía, y en el cual, lo que más impacta, es la proclamación de la gran santidad - ¡SANTO! ¡SANTO! ¡SANTO! - del Dios poderoso, el que era, es y ha de venir.

*El cielo después de la venida de Cristo.-* (Apocalipsis 5)

Al comenzar el capítulo 5 vemos que hay en el cielo, por así decirlo, una situación de bloqueo.

El que estaba sentado en el trono, tenía en su mano derecha un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.

Evidentemente, el mismo revestía la mayor importancia, y un ángel fuerte pregonaba a gran voz: “¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?” (5: 2)

La respuesta a esta pregunta fue totalmente negativa: ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, había alguien digno de abrir el libro, y ni siquiera de mirarlo.

Esto dio lugar a algo sorprendente, de lo cual no tenemos ninguna constancia en las Escrituras de que haya acaecido anteriormente: un ser humano - un hombre - llorando y llorando a raudales.

¿Por qué lloraba?

Porque intuía que en ese libro y sus siete sellos había cosas de fundamental importancia que tenían que suceder, y no había forma de enterarse de ellas.

Bien podemos imaginarnos a los ángeles, ancianos y seres vivientes asombrados por eso que estaba aconteciendo. Allí abajo, en la tierra, eso era, y sigue siendo actualmente, algo muy común y corriente - hombres y mujeres llorando por sus aflicciones, dolores y quejas de toda índole.

Pero en las alturas celestiales era algo increíble, que nunca habían presenciado antes.

Sin embargo, ese llorar a raudales de un hombre - el venerable anciano y apóstol Juan - fue lo que dio lugar a que se desbloquease esa situación tan particular.

En efecto: uno de los veinticuatro ancianos, seguramente que motivado por una mirada o un gesto del que estaba sentado en el trono, se le acerca para darle la gratísima y maravillosa nueva:

*“No llores. He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos.” (5: 5)*

En seguida aparece en el escenario la figura de este gran vencedor, descrito como *“un Cordero, como inmolido, que tenía siete cuernos y siete ojos, los cuales son los siete Espíritus de Dios enviados por toda la tierra.” (5: 6)*

Llama la atención que se nos diga que este gran vencedor estuviese en medio del trono, en medio de los cuatro seres vivientes y en medio de los ancianos.

Dando rienda suelta a nuestra mente, que a veces es algo ocurrente, en nuestra prédica oral a veces lo hemos planteado así:

*“Imaginemos a vuestro pastor. Si se os dijese que está en medio de la plataforma, ante el púlpito, pero también en medio de los cantores y músicos agrupados en el ala izquierda, y además en medio de la congregación, ¿no diríais: Aclarémonos, por favor, en cuál de los tres lugares está?”*

Casi huelga decir que en el contexto de la visión en que estamos, la interpretación cristalina y lógica es que **el Cordero se encuentra en medio de todo.**

Y esto no es ni más ni menos que la plena voluntad del Padre en cuanto a Su amado Hijo, el Cordero inmolido:

¡Que Él esté en medio de toda nuestra vida y todo nuestro mundo!

Eso es lo que produjo el desbloqueo de la situación en aquella ocasión, y lo que lo vuelve a producir en cada situación semejante o parecida porque atraviesan Sus redimidos.

Casi diríamos que, no siempre, pero muy a menudo, ése es también el orden preciso en que se desenvuelven las cosas.

Primeramente el statu quo de algo que parece insoluble, y a raíz de lo cual se vierten lágrimas, derramando el alma con súplicas y rogativas intensas y profundas.

Como resultado, el Cordero con los siete cuernos y los siete ojos del siete en uno - el Espíritu del Dios viviente - toma cartas en el asunto y aparece en medio de todo, para transformarlo y bendecirlo como Él sólo sabe hacerlo.

¡Loado sea Dios por cada vez que Sus santos hemos podido vivir semejante dichosa y feliz experiencia!

A continuación, y tras aparecer en escena el Cordero, se produce una transformación maravillosa y gloriosa en las esferas celestiales.

*"Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero; todos tenían arpas y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos; y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra." (5: 8-10)*

El cielo se llena ahora de melodía y de canción, que reflejan el inmenso reconocimiento y una profunda gratitud para con el bendito Cordero inmolado. Al precio de su preciosísima sangre hay ahora redención plena, y además el enorme privilegio de pasar a ser reyes y sacerdotes y de compartir un digno y glorioso reinado sobre la tierra.

Como si esto fuera poco, nos encontramos ahora con que ese cielo, del cual antes sólo se habían consignado treinta personajes, ahora está totalmente repleto, colmado de millones y millones de ángeles, y de la gran multitud, la cual nadie puede contar, de los redimidos *"de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas que están delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas."* (7: 9)

Como vemos, un cielo asombrosamente transformado, saturado de música y canción nueva, brotada de tanta gracia y tanta gloria. Y el escaso número de treinta multiplicado hasta alcanzar cifras incontables, al punto que todo está completamente lleno, absolutamente repleto, y

por así decirlo, no queda un solo hueco.

En ese escenario tan glorioso y bienaventurado, no cabe sino un gran tema que lo abarca todo, y que al mismo tiempo excluye todo otro tema: alabanza y gratitud sin par, y las loas más sinceras y profundas al que está sentado en el trono, y al Cordero.

De ellos y sólo ellos, procede tanto bien, tanta dicha, tanta honra y tanta gracia; y acorde con ello, todo y todos – en el cielo, la tierra y debajo de la tierra – lo reconocen y lo proclaman a viva voz, y de la forma más sentida y cumplida.

Sólo cabe preguntar, en cuanto a tanta maravilla, si el lector está plenamente seguro de que él será uno de los privilegiadísimos que integrarán ese coro multitudinario.

Si le cupiese alguna duda al respecto, no vacile en ponerse a cuentas de inmediato con el que está sentado en el trono y con el Cordero.

Así se evitará la irreparable desdicha de quedar excluido, y podrá unirse a la gozosa y bienaventurada multitud de los redimidos.

¿Cómo ponerse a cuentas?

Lo explicamos brevemente, recordando que al oír el evangelio por primera vez, nos fue de tanta ayuda que quien predicaba se preocupase por explicarlo con toda claridad.

Con corazón contrito y humillado, póstrese ante el Padre de gloria sentado en el trono y el Cordero. Arrepentido sinceramente por cada falta y pecado, dígame que cree de todo corazón en la muerte del Cordero en el Calvario y Su resurrección al tercer día, y que le recibe plenamente como su Salvador y el Señor de su vida.

Ésa es la única forma – el único camino – prescrito con toda claridad en la santa palabra de Dios. Usted puede comprobarlo hoy mismo, para su dicha y bienaventuranza eterna. Amén.



# 15

## *El amor Supremo de Cristo. (1)*

**T**al como lo anticipamos hacia el final de la primera parte, nos disponemos ahora a tratar el muy conocido pasaje de Juan 21:15-19, que nos narra el diálogo entre Jesús y Pedro después de haber cenado los discípulos, tras la pesca milagrosa relatada en la primera parte del capítulo.

Es desde luego uno de los pasajes más ricos en verdades profundas y, a la vez, realmente preciosas.

Son de nuestra propia cosecha, pero no descartamos que algunas de ellas ya puedan haber sido dichas por otros, ya sea oralmente o por escrito, aunque sin que, por nuestra parte, tengamos conocimiento de ello.

Uno de los primeros puntos es que Pedro estaba sumamente herido por esas tres ocasiones en que, llevado por su temor del hombre, negó al Señor a Quien tanto amaba, incluso con juramento y maldición según la versión de San Mateo.

Fueron heridas cargadas del odio del enemigo, quien - como recordaremos por lo que consta en Lucas 22:31 - había pedido que se le permitiese zarandearlo a él y a los demás, pensando que así los arruinaría y dejaría totalmente fuera de combate, por así decirlo.

Resulta de la lógica más elemental que el único contraveneno eficaz contra el odio diabólico es el insondable amor divino. De ahí pues que, en cada una de

esas tres preguntas que Jesús le hace a Pedro, aparece como clave el verbo amar, como reflejo fiel del verdadero y maravilloso amor que Jesús seguía sintiendo por él.

Dando algo de rienda suelta a la imaginación, visualizamos que cada pregunta de Jesús llevaba un fuerte contenido de ese amor, el cual iba dirigido a cada una de las tres heridas – como si con una jeringa invisible, inyectase en cada ocasión una dosis superconcentrada de ese amor, asegurando así una terapia integral y total.

Pero ahora pasamos a la parte más sustanciosa del pasaje – la consideración del diálogo en sí.

Para comprenderlo mejor es necesario explicar que, si bien nuestra versión castellana en todos los casos usa las mismas palabras *me amas*, o bien *te amo*, en el original griego no es así.

En efecto: por una parte, en sus tres respuestas Pedro usa la palabra *filos*, mientras que Jesús en sus dos primeras preguntas emplea *agapos/agapon*, mientras que en la tercera cambia diciendo *filos*, al igual que Pedro.

Es importante que se entienda bien el significado de ambas palabras en el griego.

*Filos* nos habla de un amor basado en las emociones del corazón por un sentido de admiración y cariño hacia una persona.

*Agapos/agapon* por su parte denota un amor que brota de los dictados de la conciencia, y que busca siempre el más alto bien del que se ama, aun prescindiendo de las emociones, cuando para ello se tenga que experimentar dolor o sufrimiento.

Esto le da al diálogo una proyección mucho más enriquecedora y profunda de lo que generalmente se piensa.

Para ilustrarlo, imaginemos un sencillo diagrama con tres escalas o niveles, teniendo en cuenta las tres preguntas del Maestro.

1) *Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro,*

*Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?*

Ésta la situamos en el nivel más alto: – el 3. Podríamos colegir que Jesús, habiéndose sentido muy decepcionado en Su alma por la triple negación de Pedro, esperaba de él una reacción favorable. Lo cierto es que con esta pregunta – con el verbo *agapon*, lo recordamos- le presenta ese primer nivel, el más alto, de amarlo a Él más que cualquiera de los demás discípulos.

Pedro, tal vez en parte por sentirse incapaz de semejante cosa a la luz de su lamentable fracaso anterior, le contestó: *“Sí Señor, tú sabes que te amo (filos)”*

2) De ahí pasó Jesús a la segunda pregunta:

*“Volvió a decirle la segunda vez, Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”* empleando otra vez el verbo *agapon*.

Vemos que aquí Jesús desciende un nivel, al 2, Es decir que, como ya empezamos a ver, las tres preguntas que parecen a primera vista la misma, en realidad son distintas una de otra.

Pedro respondió: *“Sí, Señor; tú sabes que te amo”* otra vez con el verbo *filos*. Tras lo cual Jesús pasó a la tercera.

3) *“Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?”* pero con la importante diferencia que esta vez usa *filos* en lugar de *agapon*.

Es decir que Jesús desciende ahora al nivel 1, el más bajo de nuestro diagrama imaginario, que es donde Pedro se encontraba.

*“Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? Y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.”* todavía usando el mismo verbo *filos*.

Era, quizá, como si le dijese: *“Señor, yo sé que me estás hablando de algo mucho más grande y elevado, pero aquí estoy totalmente atascado e imposibilitado de alcanzarlo.”*

Fue aquí donde Jesús irrumpió con algo sorprendente:

*“De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras.”*

*“Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: Sígueme.”*

No dijimos sorprendente más arriba en el sentido de la profecía en sí, que es muy conocida, sino por otra razón, que resulta realmente maravillosa.

Ahora vemos como Jesús paso a paso desciende del nivel 3 al 2, y del 2 al 1, para situarse en ese lugar tan elemental en que se encontraba Pedro. Y de ahí pasa en seguida a hablarle de un nivel mucho más alto todavía que el 3 - lo llamamos el nivel 4 - que lo iba a llevar a él a ese lugar de culminar su vida como un héroe de verdad, para lucir la dignísima corona de mártir por toda la eternidad.

Notemos que no iba a llegar a ese lugar tan alto por sus propios medios, fortaleza o fuerza de voluntad: “te ceñirá otro, y te llevará...”

Ése que lo iba a ceñir y llevar no era otro que el Espíritu Santo, que aun en su vejez, faltándole el vigor y la energía de su juventud, iba a hacer que ese imposible se hiciese una hermosa y gloriosa realidad.

Confiamos que el lector haya podido seguirnos en todo esto, valorando ese inmenso amor de Cristo, que desciende al lugar tan rudimentario en que nos encontramos, para de ahí espolearnos a algo mucho mejor y más digno que Él tiene como meta para nosotros.

Pero avanzando un poco más, hemos de saber que esta pregunta que le hizo a Pedro - *¿Me amas?*- también nos la ha de hacer a los Suyos en más de una ocasión.

Recordamos una ocasión en la cual, después de compartir todo lo antedicho en una de las muchas iglesias que solemos visitar, una mujer se puso en pie, en respuesta

al llamado general que hicimos a escalar posiciones más altas, diciendo:

“Yo me siento en el nivel 0,00 pero igual quiero responder.”

Lo cual nos llevó a ejemplificar cómo pueden desenvolverse las cosas. Tomamos inicialmente a un hermano en nivel 0,1 que un buen día, siendo el de la oración de la iglesia, se dispone a no asistir, pues se encuentra desganado, y se dispone a distraerse un poco mirando un programa de televisión.

Imprevistamente, parece que oye como si Jesús le hablase:

“Remigio, hijo de Pereza, ¿Me amas?”

Esas palabras, y sobre todo esa pregunta, llegan con increíble suavidad, pero ¡cómo penetran hasta lo más hondo!

Remigio, profundamente conmovido, cambia de plan, desiste de ver ese programa, y se dispone en cambio a acompañar a sus hermanos en la labor vital de la oración e intercesión.

Ahora pasamos a un nivel un poco más alto, el nivel 0,2 por así decir.

Esta vez se trata de una hermana que ha sido muy suelta de lengua, y los ancianos de la iglesia han tenido que llamarle la atención, y hacerle prometer que no ha de reincidir hablando indebidamente, visto el daño que ha hecho en el pasado.

Por un buen tiempo cumple su promesa, pero ahora acaba de ver algo muy incoherente en algunos hermanos, y está a punto de estallar e ir a cantárselas claras.

En ese momento se oye otra vez la pregunta del Maestro, que todo lo sabe y todo lo ve.

“Filomena, hija de San Locuaz, ¿Me amas?”

A pesar de la suavidad de esas palabras, ¡cómo llegan a tocarla en su corazón!

Prorrumpe en lágrimas incontenibles, y luego responde:

“Sí, Señor, tú sabes que te amo, y por amor de ti callaré, y sólo te hablaré a Ti y al Padre, pidiendo que bendigáis y deis gracia a esos hermanos para que puedan enmendar sus conductas.”

Nos detenemos aquí, esperando que las verdades que nos presenta todo esto queden bien comprendidas.

No importa el nivel en que estemos – amado lector – tengamos oídos para oír esa persistente pregunta del Maestro, y como prueba de nuestro amor a Él, dispongámonos, por la virtud del Espíritu Santo, a escalar posiciones para alcanzar el más alto propósito Suyo para nuestras vidas.

### *El amor que nos desarma.-*

Para poner fin a este capítulo pasamos a ocuparnos del amor supremo de Cristo desde otra perspectiva, fijada por el subtítulo.

Tenemos la más absoluta convicción de que, mientras sigamos siendo seres finitos y falibles que no han llegado aún a la perfección del más allá, nunca comprenderemos en su inmensa magnitud la indescriptible agonía de la vía dolorosa, que se extendió desde el Getsemaní, hasta el momento final en que el amado Señor Jesús depuso su vida clamando a gran voz “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*”

Para tratar de comprenderlo mejor usamos un sencillo ejemplo imaginario.

Tenemos aquí delante de nosotros un hermano que se llama Jacinto – por ejemplo – que es una excelente persona y muy capaz para aconsejar y consolar a personas necesitadas.

Lamentablemente, Jacinto padece de un fuerte dolor de muelas.

Si le venimos con la noticia de que hay alguien que desea verlo para que lo aconseje, ore por él y pase un buen rato a

su lado a fin de fortalecerlo en la fe, ¿cuál sería la reacción de Jacinto?

Creemos que lo más razonable es pensar que sería la misma que tendríamos cualquiera de nosotros, es decir:

“Por favor, ¿no te das cuenta que este dolor de muelas me está haciendo ver las estrellas? Por favor déjame tranquilo - no estoy para ver ni aconsejar a nadie.”

Si alguno siente que podría tener una mejor reacción ¡nuestras felicitaciones!

Pero ahora pasamos a la forma en que Jesucristo padeció y cuál fue su comportamiento en ese largo túnel del Getsemaní hasta el momento de Su muerte.

Estudios responsables nos hacen saber que los crucificados eran azotados con azotes de tres cuerdas con un trozo de metal en la punta de cada una de ellas, así que ya tenemos el cuadro cruento y cruel de la sangre chorreándole por toda la espalda y un dolor intensísimo.

Previamente, tenemos también el tremendo dolor emocional y físico de ser escupido, escarnecido, y recibir puñetazos y bofetadas sobre Su rostro santo.

Al llegar al momento de la crucifixión, los clavos atraviesan Sus manos y Sus pies, otra vez con indescriptible dolor, y de ahí pasa a estar levantado en alto en esa cruz, reducido a la total impotencia y casi inmóvil.

También por los mismos estudios responsables a que hemos aludido, sabemos que el menor movimiento para buscar el alivio momentáneo de un cambio de posición, provocaría unos shocks fortísimos en el cerebro, el corazón, las arterias y todo el sistema nervioso.

No creemos estar exagerando para nada - por el contrario, estimamos que lo padecido por Él, tanto física, como emocional y espiritualmente va mucho más allá de lo que acabamos de tratar de describir.

Y lo sorprendente, que nos deja asombrados, es el comportamiento Suyos de principio a fin. Ya en el camino al

Calvario se da vuelta para decir a las mujeres llorosas que lo seguían *“No lloréis por mí.”*

Ante el ser atravesado en Sus manos y pies por los clavos, ninguna recriminación, amenaza ni cosa semejante, sino *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”*

Más tarde, al malhechor arrepentido le dice *“De cierto, te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”*

Después de esto, fijando la mirada en la que fue Su madre, le dice, señalando al discípulo amado, *“Mujer, he ahí tu hijo”*, y dirigiéndose a éste *“He ahí tu madre”* como diciéndole *“Cuidala como si fuera tu propia madre, protegiéndola siempre y encargándote de que no le falte nada.”*

En medio de tanto dolor, tanta agonía, ni una sola queja o protesta, ni siquiera una mención o alusión al indescriptible sufrimiento que estaba padeciendo. Casi diríamos que por su comportamiento y su hablar se daba a entender que a Él no le estaba pasando nada - que estaba bien - y su única preocupación era por el bien de los demás, a quien buscaba ayudar hasta el último momento de Su vida.

Semejante cosa nos resulta un verdadero imposible; una agonía infinitamente superior a cualquier dolor intenso que podamos experimentar y como si todo estuviera bien -¡ningún dolor, sin problema de Su parte!

Sólo la gracia, grandeza y gloria incomparable del maravilloso Jesús pudo lograr semejante imposible.

Lo que nos lleva a nosotros - y creemos que debería ser a todo hijo de Dios, a menos que se tenga un corazón muy duro y frío como el mármol - a sentirnos completamente desarmados, capitulando y rindiéndonos del todo a Sus pies. Renunciando a la vida cómoda y regalada, al egoísmo, egocentrismo, y todo lo demás, decididos a buscar, con la ayuda y virtud del Espíritu Santo, emular en la pequeña medida que nos sea posible, tamaña e insondable demostración de amor.

Hemos puesto esto al final del capítulo presente, pero sentimos que debemos hacer algo muy inusual - repetirlo textualmente al final del último capítulo, como culminación de lo que hemos podido presentar del supremo amor de Cristo.



# 16

## *El amor supremo de Cristo. (2)*

*“...para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cual sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.” (Efesios 3: 17-19)*

**E**n nuestro séptimo libro, “Volviendo a las Fuentes Primitivas”, dedicamos un capítulo a la consideración de la grandiosa y sublime oración de Pablo, de la cual hemos citado lo que antecede.

En este capítulo volvemos a tratar el mismo tema, pero desde una perspectiva distinta y totalmente inusual.

Veremos primeramente aspectos de la trayectoria de cuatro personajes del Antiguo Testamento, muy diferentes uno del otro, pero con una misma cosa en común: los cuatro, en medio de fuertes pruebas y tribulaciones, le pidieron al Señor que les quitase la vida, y, ¡desde luego! los cuatro recibieron una respuesta rotundamente negativa.

### *Jonás, el profeta ultra patriota.-*

*“Ahora, pues, oh Jehová, te ruego que me quites la vida; porque mejor me es la muerte que la vida.” (Jonás 4: 3)*

La historia de Jonás es muy conocida. Algunos escépticos la desestiman, no creyendo que haya estado en el

vientre de un gran pez durante tres días y tres noches, y sobrevivido.

Para nosotros, el hecho de que Dios lo ha puesto en la palabra, y asimismo que Jesucristo lo convalidó categóricamente, nos basta y sobra para aceptarlo como totalmente verídico.

Hay algo que nos llama poderosamente la atención, en cuanto a su negativa a ir a Nínive en primera instancia, y recién obedecer cuando el Señor se lo ordenó por segunda vez.

Como sabemos, su mensaje trajo el más sincero y profundo arrepentimiento. No obstante, nos atrevemos a afirmar que, de haber ido a darlo la primera vez, no habría surtido ese efecto.

¿Por qué?

Hay un principio espiritual muy importante, que no siempre se comprende bien. Es el de la necesidad de que el mensaje que uno lleva lo haya vivido o experimentado previamente, es decir, que haya operado debidamente en primer lugar en su propia vida.

De haber ido la primera vez, sus palabras habrían sido las de un profeta obediente, pero más bien de mala gana, y sin haber pasado por el proceso del arrepentimiento. Esto habría hecho que su mensaje resultase inoperante..

En cambio, el severo trato que el Señor tuvo con él al negarse a obedecer e intentar huir de Su presencia, produjo en él el más profundo arrepentimiento, tras lo cual fue a proclamar ese mensaje como un verdadero arrepentido.

Eso era precisamente lo que el Señor necesitaba - un hombre verdaderamente arrepentido, para poder llevar al arrepentimiento a esa gran ciudad.

Más o menos al promediar el siglo veinte se desencadenó en lo que era entonces Rwanda, en el suroeste del África, un fuerte despertamiento espiritual, con manifestaciones de hondo arrepentimiento y confesión de pecado.

Recordamos oír que un siervo de Dios – creemos que de Gran Bretaña – visitó el lugar y tuvo alguna participación en el ministerio de la palabra.

Los fieles que le escucharon, sin rechazar o desconsiderar su predicación, señalaron, no obstante, que su voz no era la de un hombre verdaderamente quebrantado y arrepentido.

Al oírse testimonios de personas de entre ellos que habían experimentado el arrepentimiento, distinguían en el tono de la voz un algo indefinible, pero muy real, que daba clara evidencia de ello. Al oír a este siervo visitante, en contraste, no detectaban lo mismo.

Como un dato adicional interesante, recordamos que se nos contó que en las reuniones de ese despertamiento, era muy habitual que hubiera un buen número de testimonios personales.

Cada vez que oían uno que estimaban bueno y edificante – de hecho, no todos lo eran – pronunciaban las palabras de su dialecto tuku tenderesa, en señal de beneplácito aprobatorio.

Retomando el hilo, a Jonás no le gustó nada que el Señor perdonase a Nínive y *“se apesadumbró en extremo y se enojó. Y oró a Jehová y dijo: Ahora, oh Jehová, ¿no es esto lo que yo decía estando aún en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis, porque sabía yo que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal.”* (4: 1-2)

Reconocemos que en Jonás había por lo menos una virtud: sabía y conocía que el Señor es un Dios de grande misericordia y compasión.

Por otro lado, vemos su fuerte espíritu nacionalista y patriota, que le hacía ver con malos ojos que Dios perdonase a Nínive, capital del reino de los asirios, que eran un pueblo enemigo de Israel.

Además, el versículo 5 del cuarto capítulo en su parte final nos dijo que se cobijó bajo la sombra de la enramada

que se había hecho *“hasta ver qué acontecería en la ciudad.”*

Esto nos da a entender que aún abrigaba la esperanza de que Nínive fuera destruida. Privaba en su ánimo un profundo desagrado de que no pasase nada, después que él había proclamado por toda la ciudad que en cuarenta días sería destruida.

¿Por qué?

Porque su imagen de profeta le preocupaba en grado sumo, y no le gustaba nada el papelón de que el juicio que había preanunciado no se cumpliera.

Todo esto nos habla de la necesidad no sólo de conocer y proclamar la misericordia de Dios, sino también de preocuparnos porque se vea y honre la imagen de Cristo – no la nuestra.

En resumidas cuentas, un profeta bastante singular, que en la coyuntura crucial pidió la muerte, pero que le fue denegada.

*Moisés.-*

Tomamos ahora un siervo de mucho más calibre, el distinguidísimo Moisés.

*“No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía. Y si así lo haces conmigo, yo te ruego que me des muerte, si he hallado gracia en tus ojos; y que yo no vea mi mal.”* (Números 11: 14-15)

El ruego de Moisés que el Señor le quitase la vida es desde luego más comprensible. La rebeldía reiterada de Israel era una carga agobiadora, muy difícil de sobrellevar, aun para el más capaz y entero.

No obstante, la máxima de Pablo, tanto veces citada, de que a los que a Dios aman todas las cosas les ayudan para bien, también tiene aplicación en este caso.

Dios es absolutamente soberano, y todo cuanto acontece en la vida de Sus hijos o siervos fieles, está permitido por Él. Cuando se trata de una prueba o dificultad, sea grande o

pequeña, Él pone a disposición de los Suyos la gracia necesaria para soportarla airosamente.

En semejantes casos, la muerte es una escapatoria carnal para no enfrentar la prueba, y buscarla significa querer escaparse de lo que Dios soberanamente ha permitido.

El Señor no accedió al pedido de Moisés, pero con gran misericordia dispuso una medida que iba a aliviar la pesada carga.

Le mandó escoger setenta varones de los que él sabía que eran ancianos, para poner sus manos sobre ellos, con el fin de que el Espíritu que moraba y operaba en él se posase en ellos también.

De esta manera, los problemas normales serían resueltos por ellos, mientras que los más graves y delicados los trataría él.

Notemos que anteriormente, Moisés, aconsejado por su suegro Jetro, hizo algo parecido, nombrando varones de bien para ser jefes de decenas y de centenas para tratar los asuntos menores.

Había sin embargo dos diferencias sustanciales, y ese primer intento evidentemente no dio resultados satisfactorios.

La primera diferencia fue que ese consejo de Jetro daba cabida a un número elevado de varones, que podría ser de mayor o menor edad, con tal de que fuesen dignos y honrados. A lo largo de la historia, el camino de Dios siempre ha sido a través de varones que se sabe que son ancianos, es decir, avezados y probados.

La segunda es que con poner sus manos Moisés sobre ellos, hubo una transmisión o comunicación del Espíritu que reposaba sobre él, factor éste de fundamental importancia.

Esto es mucho más que mera historia del pasado de Israel. Es útil y práctico, y digno de tenerse en cuenta.

En definitiva, del caso de Moisés aprendemos, al igual

que de todos los demás, que no debemos tratar de escapar del problema por el cual Dios ha permitido que atravesemos

En cambio, debemos buscar Su gracia y Su remedio. Si enfrentamos la situación con resignación y entereza, saldremos airosos y seguramente muy enriquecidos.

### **Job.-**

*“¡Quién me diera que viniese mi petición, y que me otorgase Dios lo que anhelo, y que agradara a Dios quebrantarme; que soltara su mano, y **acabara conmigo!**” (Job 6: 8-9)*

El padecimiento de Job, tanto físico como mental y emocional, fue muy grande. Por lo tanto, ninguno de nosotros en su sano juicio se atrevería a reprocharle que desease la muerte con tanto anhelo.

Su caso fue muy especial – uno de esos que sucede muy rara vez. Su conducta recta y muy temerosa de Dios, había hecho que el favor divino reposase sobre él y todo lo que era suyo.

Sin embargo, el Señor se propuso bendecirlo, ennoblecerlo y enriquecerlo aun más, pero haciéndolo pasar primeramente por un verdadero horno de fuego.

De esta manera, logró además que brotasen del relato de su experiencia, verdades importantes sobre el tema del sufrimiento, y el enigma que muchas veces presenta. No creemos equivocarnos al afirmar que estas verdades del libro de Job, no se encuentran con la misma precisión y profundidad en ninguna otra parte de las Sagradas Escrituras.

### **Su autojustificación.-**

*“Hasta que muera, no quitaré de mí mi integridad. Mi justicia tengo asida y no la cederé.” (27: 5-6)*

Sus amigos Elifaz, Bildad y Sofar vinieron con el supuesto fin de consolarlo, mas, ¡Ay! ¡Qué mal lo hicieron!

En vez de compadecerse de él por el gran dolor que le

aquejaba día y noche, interpretaban su situación con sus propios razonamientos de lógica, pero que estaban totalmente desprovistos de la inspiración divina.

Así, llegaron a la conclusión de que para que le pasase todo eso, él necesariamente tenía que haberse dado al mal en gran manera. En otras palabras, que se trataba de un castigo debido a su propia maldad.

Como esto era totalmente falso, no hacía más que agravar su gran dolor, y movido por una buena dosis de amor propio- muy comprensible, por cierto - pronunció una extensa y categórica afirmación de su integridad, de la cual, más arriba, hemos citado sólo una parte.

Humanamente hablando, no podemos menos que otorgarle la razón, pues lo que sus amigos decían era tanto cruel como falso.

No obstante, delante de Dios, el Juez Supremo, ninguno puede afirmar *“Mi justicia tengo asida, y no la cederé.”*

Interrumpiendo brevemente el hilo, puntualizamos aquí el caso maravilloso y único de nuestro amado Señor Jesús, el que nunca conoció pecado. Sacado de la ciudad a la vista de todos como si hubiese sido un malvado delincuente, en ningún momento hizo ostentación de amor propio, protestando y quejándose por el trato injusto y cruel que se le estaba dando; antes bien, *“como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció y no abrió su boca.”* (Isaías 53: 7b)

En la condición injusta y dolorosa en que se encontraba, Job hizo lo que haríamos todos en una situación semejante, dando expresión a su amor propio.

Sin extendernos demasiado, agregamos que al tomar la palabra, el Señor a partir del capítulo 38, con una serie de preguntas y afirmaciones en que se contrastaba la grandeza imponente y aplastante de Dios, con la pequeñez insignificante de Job, propinó un golpe de gracia demoledor a su autojustificación. Esto hizo que exclamara:

*“De oídos te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza.”* (42: 5-6)

Allí, por así decirlo, murió Job, para pasar a resucitar y ser una nueva creación de Dios, agraciada y enriquecida en mucho mayor grado que en un principio.

Pero notemos el punto preciso en que su dolor y tribulación fueron quitados, pues encierra algo muy digno de consignarse.

*“Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos.” (42: 10)*

La ira de Dios se había encendido contra sus tres amigos, por cuanto no habían hablado de Él con rectitud, como lo había hecho Job.

En todas sus disertaciones, a partir de la primera en el capítulo 3, debido a su gran dolor y angustia, todo giraba en torno a él y el estado miserable en que se encontraba.

Vemos que vez tras vez emplea los pronombres personales y relativos, y los adjetivos demostrativos de primera persona, singular - yo - mí - mi - me - que se repiten una y otra vez.

Pero ahora acuden a él sus tres amigos, enviados por el Señor, a fin de que él ore a favor de ellos y sean perdonados.

En ese punto, él deja de lado su dolor y miseria, y se preocupa por el bien de ellos, orando a su favor. *Es en ese punto que el Señor quita su aflicción y queda liberado.*

Un principio importante: muchas veces, cuando en medio de pruebas, presiones y tensiones, no hacemos más que afligirnos y ensimismarnos en todo ello, el Señor nos envía un necesitado de una forma u otra, para que le socorramos.

Al hacerlo, dejamos de pensar en nosotros mismos y las desdichas que nos agobian, e imperceptiblemente sucede un hermoso milagro: al darnos a la necesidad ajena y no a la nuestra, pasamos a experimentar una feliz liberación, al levantarse por completo la carga que tanto nos abrumaba.

Aprendamos de estas cosas, y tengámoslas bien presentes, que por cierto son muy provechosas.

### ***Elías tisbita.-***

*"...y deseando morir, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres." (1ª. Reyes 19: 4)*

Otro gran siervo, que en una encrucijada muy penosa busca la escapatoria de la muerte. Su súplica, al igual que las otras tres anteriores, le es denegada rotundamente.

Por el contrario, se le dice: ***"Levántate y come, porque largo camino te resta."*** (19: 7)

No sólo el largo camino de cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios, sino el de unos buenos años de ministerio que todavía debía cumplir.

¡A cuántos siervos de Dios, de una forma no igual, sino parecida, nos ha sucedido algo de esta índole!

En medio de presiones y dificultades de toda clase, hemos querido claudicar, no necesariamente pidiendo la muerte, sino pensando y diciendo: *"Hasta aquí he llegado, pero ¡basta! No doy un paso más; ya he hecho bastante, y padecido más de la cuenta."*

Y la respuesta recibida, al igual que la de Elías, ha sido "largo camino te resta." Ese largo camino ha sido el de varias décadas, salpicadas también con contrariedades y problemas, pero, felizmente, fecunda en logros provechosos y realizaciones muy satisfactorias.

La conclusión a que se ha llegado después de todo ello ha sido: "Cuán sabia la mano divina que tan acertadamente actuó, y cuán bendita la gracia que no permitió que me quedase a mitad de camino!"

¡Cuánto más pobre habría quedado, si esa coyuntura tan difícil hubiese marcado el fin de mi trayectoria!

Pasado un buen tiempo, se rumorea entre los hijos de los profetas que Elías ha de ser arrebatado en un torbellino, y llevado directamente ante la presencia del Señor.

De cómo exactamente surgió esta predicción no podemos saber a ciencia cierta.

Lo cierto es que era vox populi entre ellos, y llegado el mismo día de su cumplimiento se lo sabía y se lo daba por seguro e inminente, según se desprende del relato de 2ª. Reyes capítulo 2.

En el mismo consta que sus vestidos y su manto quedaron atrás y fueron recogidos por Eliseo, al separarlos uno de otro un carro de fuego con caballos de fuego. El torbellino alzó a Elías, y mientras ascendía, con toda seguridad que se sentiría honrado y privilegiado en grado superlativo.

Por cierto que en esa ascensión directa, sin pasar por la muerte, había por lo menos tres grandes distinciones.

La primera fue la de llegar a ser, junto con Enoc, el único ser humano que pasó al más allá sin morir.

La segunda, la de representar, también al igual que Enoc, un anticipo del glorioso arrebatamiento de la iglesia, al volver el Señor Jesús por ella.

Y la tercera, la de reflexionar que, de habersele concedido la petición de años atrás de morir, su cuerpo estaría ahora sepultado y descomponiéndose en un ataúd, mientras que ahora nada de eso le acontecía, sino que, con gran deleite, iba ascendiendo dichosamente hacia las alturas celestes.

Repetimos lo dicho por Pablo en Romanos 8: 26.

*"...pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos."*

Pedimos pensando que nuestra petición es lo mejor para nosotros, pero, no pocas veces, se nos deniega, porque en lugar de ello, Dios tiene preparado algo mucho mejor.

Así le aconteció a Elías, y así nos ha acontecido a muchos de Sus siervos en bastantes ocasiones, lo cual nos llena de regocijo, alabanza y tierna gratitud.

Continuamos en el capítulo siguiente.

# 17

## *El amor supremo de Cristo. (3)*

**S**eguramente que a más de un lector le parecerá extraño que, al tratar este tema del amor supremo de Cristo, hemos dedicado todo el capítulo anterior a otros personajes, prácticamente sin referirnos a Él.

Con todo, al llegar a la culminación de éste, verá una muy significativa, y más que eso, estupenda relación de contraste, que realzará en sumo grado la comprensión de ese amor.

Por cierto que al autor, ella le ha ayudado a verlo en una magnitud muchísimo mayor.

Antes de pasar a desarrollarlo, citamos tres pasajes claves que aportan sustancialmente sobre el tema.

*“Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y angustiarse en gran manera.”*

*“Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, **hasta la muerte**; quedaos aquí y velad conmigo.”*

*“Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.” (Mateo 26: 37-39)*

*“Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.” (Lucas 22: 43-44)*

*“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas*

*con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.” (Hebreos 5: 7)*

Algo que en cierta forma nos presentaba un interrogante en el pasado, era el hecho de que Jesús, sabiendo muy bien de antemano todo lo que debía padecer, le pidiese al Padre en ese punto álgido del Getsemaní, que si fuera posible, esa copa pasase de Él y no tuviera que beberla.

Eso casi representaba dar un paso atrás en un punto culminante.

Sin embargo, las palabras que hemos subrayado en la primera cita – *hasta la muerte* – nos ayudan a comprender la verdad de lo que estaba aconteciendo.

La carga inmensa – física, moral y espiritualmente, era tal que Su vida estaba al borde de la muerte.

Para mayor abundamiento, acotemos que los seres humanos a veces podemos ser exagerados. Tal vez teniendo un fuerte dolor de cabeza, uno podría afirmar: “Tengo un dolor de cabeza que me muelo,” o algo así por el estilo.

Nada de eso había en Jesús, de quien huelga decir que no era ningún exagerado. Si bien Su salud era perfecta, la carga recaía sobre Sus hombros en esa hora crucial era tan aplastante – tan demoledora – que Su vida corría serio peligro.

La culpabilidad de cuanto pecado y maldad había cometido todo el género humano a través de la historia., recaía sobre Sus hombros santos. De ahí Sus palabras, al afirmar que Su alma estaba entristecida y angustiada hasta la misma muerte.

De haber sucedido eso, todo el programa de redención del género humano, que era el propósito principal de Su venida al mundo, se habría frustrado totalmente, por Su muerte prematura.

Es decir que, al pedir que esa copa pasase de Él, lo estaba haciendo porque veía que de otro modo le acarrearía la

muerte, con el consiguiente resultado del fracaso ya consignado.

Como ya hemos puntualizado en casos anteriores, en situaciones extremas semejantes a ésta, estando nuestras vidas total e incondicionalmente en las manos de Dios, todo cuanto nos acontece está permitido por Él.

Y lo que hace al oír nuestro clamor, nuestro grito de socorro, por así decirlo, no es cambiar nuestras circunstancias quitando el problema, la dificultad o la fuerte prueba, sino extendernos Su gracia.

Una gracia que fluye de muchas formas distintas, pero que siempre es suficiente para sobrellevar airoosamente la carga, por más pesada que sea.

En este caso particular del Maestro bendito en el Getsemaní, la forma en que lo hizo fue enviando un ángel para fortalecerle.

La forma en que Lucas lo narra es muy descriptiva, y a la vez nos ayuda a comprender mejor la extrema intensidad de lo que estaba pasando Jesús.

Sus palabras nos hacen pensar en Él en medio de un esfuerzo casi sobrehumano, con todos los músculos, nervios y tendones de Su organismo estirados a un máximo absoluto, al punto de agonizar en un esfuerzo supremo. Al mismo tiempo, Su mente concentrada total y absolutamente, y el latir de Su corazón posiblemente alcanzando muchas pulsaciones más de lo normal.

Como resultado de todo esto, grandes gotas de sudor, como de sangre, chorreando de Su frente y cayendo en tierra, como testimonio de un derramarse por entero en aquello que estaba suplicando.

¿Pero qué era lo que estaba pidiendo con tanto fervor y semejante agonía?

La tercera cita, extraída de Hebreos 5, nos da la respuesta.

Creemos que este versículo debe necesariamente

referirse a este punto cumbre, acaecido en el Getsemaní.

Por cierto que no puede de ninguna manera relacionarse con las horas en que estuvo crucificado en el Calvario. Por otra parte, ninguno de los cuatro evangelios contiene otro punto en Su trayectoria, en que se encontrase en una situación extrema como ésta.

Es decir, como pusimos más arriba, que todo apunta de la forma más convincente a que el versículo en cuestión se refiere al Getsemaní, en lo que venimos comentando.

Y la respuesta a la gran pregunta de qué era lo que estaba pidiendo con tanta intensidad y en tamaña agonía es la siguiente:

No lo que pidieron Jonás, Moisés, Job, Elías, y seguramente muchos otros en trances muy difíciles, sino todo lo contrario.

Con temor reverencial, con gran clamor y lágrimas, en una agonía indescriptible de quien estaba al borde de la muerte, suplicó con toda la fuerza y voluntad de Su ser:

*“Padre, quiero vivir”* (lo reiteramos, en total contraste con todos los demás en situaciones análogas)

Con todo, debemos seguir ahora, preguntándonos ¿con qué fin lo pedía y suplicaba?

¿Para disfrutar de un rato de descanso y alivio, para reponer las fuerzas y recuperarse?

Nada de eso. Pedía vivir y no morir, sabiendo muy bien que era para enfrentarse a muy poco con algo mucho peor que le esperaba. El ser apresado, abofeteado, recibir trompazos y ser cruelmente azotado, al punto de que de su espalda chorreasen la sangre y el suero, mientras que con la burla más cruel y siniestra, festejaban verlo vestido con ropa de púrpura y coronada Su sien de espinas.

Y todavía faltaba salir a la vista de todos, condenado como un criminal y reo digno de muerte; ser levantado en alto, con el mínimo de ropa, como un espectro pálido de dolor y angustia indecible, y todo lo demás que va muchísimo más allá de lo que puede abarcar nuestra mente

finita, en esas horas en que estuvo pendiendo en la cruz, saturadas de sufrimiento moral, espiritual y físico, y que habrían parecido interminables.

Recordamos haber compartido esto oralmente, en una reunión en la ciudad de Liverpool hace unos tres o cuatro años. Una persona muy tocada por la exposición de la palabra, nos expresó la forma en que había sentido la presencia divina y el impacto que había recibido en su interior.

Sin embargo, al comentar el tema, pudimos advertir que con su mente no había comprendido bien la verdad clave y central que presentamos.

Por ello, se la tuvimos que repetir más explícitamente, después de lo cual la entendió debidamente.

Aun con el riesgo de sonar repetitivos, sobre todo para aquellos con muy buena capacidad de comprensión, nos permitimos reiterar lo principal y más destacado.

Nos encontramos con un Jesús que padecía en el Getsemaní más allá de lo que podemos comprender, estando al borde la muerte.

En lugar de buscar el alivio y la salida de la muerte – como no sólo los cuatro personajes del Antiguo Testamento, sino también seguramente todos nosotros sin una gracia sobrenatural de lo alto – *suplicó y clamó con lo máximo de Su ser y de Sus fuerzas, que pudiera seguir viviendo.*

Y eso, para poder enfrentarse en seguida con algo muchísimo mayor y peor.

¿Por qué?

Porque sabía que de otra forma no habría perdón, ni vida eterna, ni cielo para ninguno de nosotros. Y el cielo sin nosotros para Él era impensable – tal era y es la medida inconmensurable con que nos amaba y nos sigue amando.

Incomparable Jesús, que nos deja atónitos ante tanta nobleza, tanto abismo insondable, y tanta altura inescrutable de ese amor – el cuádridimensional que Pablo describe como el amor que excede a todo conocimiento.

Al recibir esta revelación, de rodillas ante su lecho y con la Biblia abierta ante sí, el autor experimentó un mover poderosísimo del Espíritu Santo sobre su ser entero. Era como si olas gigantescas lo cubrían y arrollaban, una tras otra, y se sentía inmerso en el océano infinito de ese amor, absolutamente quebrantado, absorto y maravillado.

Desde entonces puede decir que ama al Señor Jesucristo mucho más. Y además, que ahora su visión del amor se ha ampliado y enriquecido. Multifacético como es, con los deleites del tierno cariño, la alegría de compartir los goces, y el consuelo de compartir las penas con otros que uno ama, tiene sin embargo, una cima más alta, que sobrepasa a todas las demás.

Cuando sin ningún deleite, a costa de dolor y sacrificio, no sabiendo nada de segundas intenciones o ventajas o beneficios, se da de lleno para el bien de aquél al cual se ama – si, eso es el amor en su manifestación más elevada y sublime.

Mi oración final es que algo de ese impacto inolvidable que experimentó en aquella ocasión, le alcance también a cada amado lector. Ello le hará comenzar a sentir en alguna medida, lo que Pablo escribe al final de su estupenda oración, con la que comenzamos el capítulo anterior:

*“Para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.”*

Así, hemos llegado al final de éste décimoséptimo capítulo, con el cual hemos querido poner el broche de oro del amor cuadridimensional de Cristo – amor incomparable y sin igual, eterno, insondable y maravilloso.

Que ese amor tan inmenso nos motive profundamente, a fin de desterrar el ogro del egoísmo y la vida fácil, regalada y comodona,

Busquemos sumergirnos cada día en ese amor, obedeciéndolo en todo, con humildad pero con firmeza, para dejar que nos conduzca a todo cuanto la voluntad

divina tiene asignado para nosotros - nada más, pero nada menos.

De esta forma, seremos verdaderos hijos del amor, y podremos presentar un pequeño pero fiel reflejo aquí en la tierra de lo que es Él, el gran Dios de amor.

### *El amor que nos desarma.-*

Para poner fin a nuestra obra, según lo anticipado repetimos ahora toda la parte que pusimos al final del capítulo 15, al ocuparnos del amor supremo de Cristo desde otra perspectiva, fijada por el subtítulo.

Tenemos la más absoluta convicción de que, mientras sigamos siendo seres finitos y falibles que no han llegado aún a la perfección del más allá, nunca comprenderemos en su inmensa magnitud la indescriptible agonía de la vía dolorosa, que se extendió desde el Getsemaní, hasta el momento final en que el amado Señor Jesús depuso su vida clamando a gran voz *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.”*

Para tratar de comprenderlo mejor usamos un sencillo ejemplo imaginario.

Tenemos aquí delante de nosotros un hermano que se llama Jacinto - por ejemplo - que es una excelente persona y muy capaz para aconsejar y consolar a personas necesitadas.

Lamentablemente, Jacinto padece de un fuerte dolor de muelas.

Si le venimos con la noticia de que hay alguien que desea verlo para que lo aconseje, ore por él y pase un buen rato a su lado a fin de fortalecerlo en la fe, ¿cuál sería la reacción de Jacinto?

Creemos que lo más razonable es pensar que sería la misma que tendríamos cualquiera de nosotros, es decir:

*“Por favor, ¿no te das cuenta que este dolor de muelas me está haciendo ver las estrellas? Por favor déjame tranquilo - no estoy para ver ni aconsejar a nadie.”*

Si alguno siente que podría tener una mejor reacción ¡nuestras felicitaciones!

Pero ahora pasamos a la forma en que Jesucristo padeció y cuál fue su comportamiento en ese largo túnel del Getsemaní hasta el momento de Su muerte.

Estudios responsables nos hacen saber que los crucificados eran azotados con azotes de tres cuerdas con un trozo de metal en la punta de cada una de ellas, así que ya tenemos el cuadro cruento y cruel de la sangre chorreándole por toda la espalda y un dolor intensísimo.

Previamente, tenemos también el tremendo dolor emocional y físico de ser escupido, escarnecido, y recibir puñetazos y bofetadas sobre Su rostro santo.

Al llegar al momento de la crucifixión, los clavos atraviesan Sus manos y Sus pies, otra vez con indescriptible dolor, y de ahí pasa a estar levantado en alto en esa cruz, reducido a la total impotencia y casi inmóvil.

También por los mismos estudios responsables a que hemos aludido, sabemos que el menor movimiento para buscar el alivio momentáneo de un cambio de posición, provocaría unos shocks fortísimos en el cerebro, el corazón, las arterias y todo el sistema nervioso.

No creemos estar exagerando para nada - por el contrario, estimamos que lo padecido por ÉL, tanto física, como emocional y espiritualmente va mucho más allá de lo que acabamos de tratar de describir.

Y lo sorprendente, que nos deja asombrados, es el comportamiento Suyo de principio a fin. Ya en el camino al Calvario se da vuelta para decir a las mujeres llorosas que lo seguían *“No lloréis por mí.”*

Ante el ser atravesado en Sus manos y pies por los clavos, ninguna recriminación, amenaza ni cosa semejante, sino *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.”*

Más tarde, al malhechor arrepentido le dice *“De cierto, te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”*

Después de esto, fijando la mirada en la que fue Su madre, le dice, señalando al discípulo amado, "*Mujer, he ahí tu hijo*", y dirigiéndose a éste "*He ahí tu madre*" como diciéndole "*Cuídala como si fuera tu propia madre, protegiéndola siempre y encargándote de que no le falte nada.*"

En medio de tanto dolor, tanta agonía, ni una sola queja o protesta, ni siquiera una mención, o alusión al indescriptible sufrimiento que estaba padeciendo. Casi diríamos que por Su comportamiento y Su hablar se daba a entender que a Él no le estaba pasando nada – que estaba bien – y su única preocupación era por el bien de los demás, a quien buscaba ayudar hasta el último momento de Su vida.

Semejante cosa nos resulta un verdadero imposible; una agonía infinitamente superior a cualquier dolor intenso que podamos experimentar, y como si todo estuviera bien – ¡ningún dolor, sin problema de Su parte!

Sólo la gracia, grandeza y gloria incomparable del maravilloso Jesús pudo lograr semejante imposible.

Lo que nos lleva a nosotros – y creemos que debería ser a todo hijo de Dios, a menos que se tenga un corazón muy duro y frío como el mármol – a sentirnos completamente desarmados, capitulando y rindiéndonos del todo a Sus pies. Renunciando a la vida cómoda y regalada, al egoísmo, egocentrismo, y todo lo demás, decididos a buscar, con la ayuda y virtud del Espíritu Santo, emular en la pequeña medida que nos sea posible, *tamaño e insondable demostración de amor*





*Impreso en Sevilla, España*  
*Febrero, 2012*  
*Eben Ezer Artes Gráficas*  
*[www.imprentaebenezzer.com](http://www.imprentaebenezzer.com)*